

Lorena Fuentes

DES
EN
CUEN
TROS



*Una historia de amor,
dos verdades de un desamor.*

Desencuentros

*Una historia de amor,
dos verdades de un desamor.*

Lorena Fuentes

Desencuentros

Lorena Fuentes

Todos los derechos reservados

© Lorena Fuentes, 2019

® SafeCreative Código de registro: 1903130250484

Edición y Revisión: Cecilia Pérez

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer Fotografía de tapa: Adobe stock Beautiful young woman with a trendy blonde hairstyle, head and shoulders portrait on a grey studio background, por: © alexandrumusuc. Shirtless young man, © Andrey Kiselev. Blonde man with muscular back, © olly Primera edición: marzo 2019

ISBN: 9781090396846

Sello: Independently published Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Tabla de Contenido

Dedicatoria:

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

Epílogo.

Agradecimientos

Otros títulos

Dedicatoria

*A la Miranda real, aunque tu historia no es ni parecida a esta, sin embargo merecías un final
feliz con el amor de tu vida.
A todas las mujeres que tienen a un Daniel en su vida.
A Jessica Sánchez Gudiño.*

*El amor puede darte paz, pero si no sientes,
si no hay nada, no es amor, es cariño.*

Lorena Fuentes

Prólogo

Y tenía un amor que era todo menos perfecto, pero era el amor de mi vida. Él era un hombre guapo sacado como de una revista, muy guapo, Daniel era un hombre normal en todo los sentidos, sin embargo, te podía hechizar con su exterior y al mismo tiempo destruir con su interior, a pesar de que yo lo sabía, estaba convencida de que me hacía feliz todos los días y para mí eso era lo único que importaba, puesto que a su lado podía reír, llorar y hasta soñar que podíamos construir juntos un futuro.

Sucede que en las relaciones siempre hay personas que entregan un poco más y esa fui yo, ya que por más que él quiso, mientras lo amaba con locura, lo cierto es que Daniel solo me quería y es triste. Esa es la realidad que vivimos muchas personas, solo que algunos nos damos cuenta a tiempo de que ese amor se vuelve un círculo vicioso y, que la vida no es de color rosa como nos lo hacen creer, que todas las historias de amor no tienen un final feliz. Archivamos los recuerdos como fotografías y nos vamos con la maleta llena de un corazón roto e ilusiones desechas.

El tiempo se desdibuja y las personas se van perdiendo, mientras tanto, yo me fui muy lejos poniendo hasta un continente de por medio, ya que no estaba preparada para volver a verlo, y más sabiendo que estaba con otra. ¡Maldito círculo de amigos y Facebook! Con sus famosas etiquetas que no te permiten olvidar, así metas todo hasta los recuerdos en la maleta. En fin, viajé conociendo y ayudando a quienes lo necesitaban, estuve en África como médico voluntario en Médicos Sin Fronteras, estuve observando de cerca las injusticias de este planeta, de esa tierra bendita y al mismo tiempo maldita por Dios, creo que hasta me volví un poco filosófica en el proceso, ya que cuando vives el dolor de otras personas, llega el momento en el que crees que debes cambiar.

La vida una noche puso a Aiden en mi camino y fue entonces que creí que podía enamorarme de nuevo, ¿saben? Sentí mariposas volar en mi estómago, que mis manos sudaban cuando se acercaba y por un momento efímero, me olvidé de Daniel. Entregué todo por el todo en aquella relación, solo que en mi mente comenzaron las comparaciones y bueno, que mi exnovio antes de venirme me marcó; sí, me marcó como suya follándome. Creo que entre él y yo era la única forma de estar bien, follar a lo bestia con miles de orgasmos que me llevaban al mismo nirvana.

Un día, mi mejor amiga me dijo que lo había hecho para joderme la vida,

él sabía que lo amaba y cuando intentara otra relación no podría, ¿qué razón tenía Joana!

¿Qué podía hacer yo?

Porque estaba empeñada a creer que él era el amor de mi vida. Te advierto que llegará el momento quieras o no aceptarlo, en el que solo te enamoras una sola vez, y esa es para siempre. Ese era mi problema, cuanto más besaba a Aiden mis labios más suplicaban los besos de Daniel, mi piel rogaba sus caricias y bueno mis amaneceres eran distintos en los brazos de otro hombre.

Con el paso de los años dejé de saber de él, al mismo tiempo que no me preguntaba sobre un futuro incierto, volví a Seattle, a la ciudad que me había visto nacer, crecer y ahora me vería triunfar como la mejor cirujana pediátrica. Iba de la mano de Aiden, que me había seguido y era lo normal después de dos años compartiendo tanto, lo nuestro era amor o era más bien la costumbre de estar juntos y así era más fácil para dos.

¿Les dije mi nombre?

Les estoy contando mi historia, pero no me he presentado y sé que soy mal educada, miles de disculpas. Mi nombre es Miranda Evans Clark, sin embargo en el ámbito laboral solo uso Clark, tengo la edad en la cual mi abuela repetía que me iba dejar el tren y es que nunca pensé en tener hijos, tengo treinta y dos años, también creo poseer la madurez suficiente para enfrentar todo lo que me viene a mi vida.

Recuerdo estar comiendo un pretzel en el ferri de camino al hospital cuando lo vi, aquellos ojos marrones que muchas veces me miraron de una manera especial se sorprendieron al verme. Habían pasado cinco años, él ya no tenía treinta y dos, sabía que había cumplido treinta y siete, sin embargo, cuando nuestras miradas se cruzaron viajé en el tiempo y recordé su aroma, sus besos, sus labios, sus caricias... No podía mentir y ocultar que los recuerdos me hicieron sentir que ese amor seguía vivo dentro de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó Aiden.

Solo pude cabecear asintiendo y por unos segundos perdí la calma que había encontrado, sabía que algo así podía suceder, aunque no tan rápido y al ver su mirada pude darme cuenta de que no me había olvidado. Los flashes hablaron con un mar de felicidad que se desgastó de tanto forzarlo, tuve que cerrar los ojos y girarme para no verlo en todo el viaje.

Sabía lo que significaba y que volvería, sé que regresaría para desarmar mi mundo y hacer de él un desastre, como si fuera un huracán. Y les juro que

quisiera poder borrarlo para siempre de mi vida, poder desdibujar su rostro y olvidar todo lo que significó Daniel.

Esto es obra del bendito destino o una casualidad, solo que ahora comienza un nuevo capítulo de este amor que terminó en una cama despidiéndose, y sin pensar que se volverían a ver.

La vida me pone a prueba

—¿Te sientes nerviosa? —me pregunta con voz dulce Aiden.

—Un poco —contesto, mientras me quito el cinturón de seguridad, este es mi primer día como titular en Seattle Children's Hospital.

—Todo irá bien, ya lo verás —me asegura, depositando un beso en mis labios.

—Gracias.

Me bajo del auto y me despido con un gesto, observo cuando arranca pensando que soy muy afortunada por tener a un hombre como Aiden en mi vida. Ajusto mi abrigo cuando las primeras gotas de lluvia comienzan a caer presagiando un día gris, muy habitual en Seattle, sin embargo, mi corazón anhela el calor de África y todo lo que encontré allí. Entro al hospital con la mente puesta en demostrar mis habilidades, sonrío a la secretaria de la doctora Alessandra Bianco, ella solo dibuja una mueca y me indica que en pocos minutos seré recibida, porque está reunida con el director de una de las fundaciones que da fondos al hospital.

Los nervios no me dejan quedarme quieta en un solo sitio y, mi corazón late deprisa por las ganas que tengo de estar en contacto con los niños. Siempre quise ayudar a las personas, por eso cuando decidí estudiar medicina elegí la especialidad de pediatría, ya que ellos a pesar de todas las adversidades que pueden estar pasando, siempre tendrán una sonrisa para regalarte, no hay nada más reconfortante que la sonrisa de un niño. Lo aprendí en el paso por países como Etiopía, cuando niños que no tienen nadan son capaces de pagarte con un sonrisa que te desarmará, a pesar de todas las carencias son capaces de ser felices con tan poco.

La puerta al fin se abre y subo la mirada para encontrarme con unos ojos de color café que me abrasan, sé muy bien cómo son capaces de quemarme con tan solo una mirada. Respiro hondo al darme cuenta de que una vez más el destino me pone frente a frente con él. La doctora Alessandra se apresura a saludarme y trago el nudo que se me ha formado en la garganta, me levanto y esbozo la mejor de mis sonrisas.

—Doctora Clark, bienvenida —me dice con una sonrisa—. Disculpe el tiempo que estuvo en espera.

—No se preocupe, doctora Bianco —contesto y le doy un apretón de mano.

Ella se hace a un lado para darme una vista perfecta de Daniel que nos observa con semblante serio, toma mi brazo y me insta a acercarme.

—Daniel, quiero presentarte a la nueva jefa del área de pediatría, la doctora Miranda Clark —le anuncia con orgullo—. Ella fue jefa durante más de cinco años en Médicos Sin Fronteras.

—Miranda, cuanto tiempo —comenta con voz cauta.

—Daniel —susurro y asiento cabeceando con nerviosismo.

Miro mi reloj nerviosa cuando la doctora nos observa con asombro, él sonrío cuando nuestras miradas se vuelven a cruzar.

—¿Se conocen? —pregunta sorprendida. Voy a responder pero Daniel se apresura.

—Miranda es una gran amiga de años, no la veía desde que se fue a África.

—Sí, nos conocimos cuando era residente —agrego yo.

Cierro los ojos y por un segundo creo el tiempo se ha detenido, que puedo recordar su aroma a *Armani Code* y sentir cómo sus manos recorrían mi cuerpo. Creo que mis mejillas se encienden, lo que hace que él solo acentúe su sonrisa.

—Pues ahora sí puedes estar seguro de que tu dinero estará en buenas manos —le asegura la doctora Bianco.

—De eso no me cabe ninguna duda. —Sonríe tan arrebatadoramente que percibo la imperiosa necesidad de salir corriendo—. ¿Me dejarías cinco minutos a solas con Miranda? —le pregunta a la doctora Bianco, y se apresura agregar—: Prometo no entretenerla durante mucho tiempo.

—Claro, Miranda estará dentro preparando tu contrato.

Presa del pánico solo me limito a asentir cabeceando, él espera con impaciencia que ella se retire y para mi mala suerte llama a su secretaria. Trato de respirar para serenarme.

—Miranda... —pronuncia mi nombre y me lleva a recuerdos que creí olvidados.

—No, Daniel, no —susurro con voz rota—, no quiero estar cerca de ti.

Doy un paso decidida a irme y acabar con este mal rato, pero me detiene y en mi piel puedo apreciar el mismo magnetismo que hace años.

—Estás hermosa, eras tú, eras tú —repite sin poder creerlo—. Eras tú en el ferri.

—Sí, era yo —respondo.

—Has vuelto.

«Debí quedarme en África», pienso.

—Y me tengo que ir. —Me zafó de su agarre y camino apresurada.

—Te recuerdo cada día, no he podido olvidarte —confiesa y me detengo—. Aún me duele tanto aquella despedida que tú forzaste entre los dos.

—Estoy comprometida —le informo, pensando que eso puede ahuyentarlo.

—Eso nunca me ha detenido —afirma ajustando su americana y se queda mirándome con el desafío pintado en sus ojos—. Nos veremos pronto, Mir.

Se aleja y su promesa hace que me preocupe, sin embargo me recompongo para entrar a la oficina de la jefa del hospital. Ella me da la bienvenida y me entrega una bata con mi nombre bordado, por unos minutos me olvido de que acabo de encontrarme con el único ser que es capaz de destrozar mi vida como un huracán.

Me presenta a todos mis colegas y me lleva a la planta de cirugía, me explica paso por paso las reglas y los procedimientos del hospital. Me asegura que cuando solicité la plaza estaban decididos a escoger a un cirujano que provenía desde Nueva York, sin embargo, mi currículum y las recomendaciones que traía eran suficientes para saber que era la indicaba para el puesto.

—Gracias —comento bastante impresionada por la tecnología punta que tiene el sitio, luego de trabajar prácticamente con las manos en mi anterior trabajo, esto es el paso perfecto para lograr mis sueños—. Espero estar a la altura de las expectativas.

—Seguro, además hace rato caíste como del cielo —declara sonriendo—. Wimmer estaba bastante reacio a invertir en el área de neonatología.

—Ah...

—Que ustedes se conozcan puede resultar de ayuda, le estaba hablando sobre ti antes de salir de la oficina.

—¿Ah sí?

—Cuando dije tu apellido mencionó que le era conocido, ya veo porqué —dice y vuelve a sonreír—. Espero que te interese este proyecto.

—¿De qué trata? —le pregunto.

Ella me explica que el área de neonatología es para el hospital una de las más importantes, ya que muchos niños no logran sobrevivir las primeras horas de vida. Más allá de un simple capricho quiere demostrar los milagros de la ciencia, cómo un pequeño con apenas seis meses de gestación puede sobrevivir con los cuidados y tratamientos adecuados. La vehemencia con la

cual me describe cada parte del proyecto es contagiosa, yo misma fui testigo de la muerte de algunos neonatos.

—Cuentas conmigo —le aseguro.

—Estoy segura que Daniel querrá trabajar codo a codo contigo —me expresa emocionada.

Palidezco, sin embargo trato de sonreír, porque la vida no me puede poner esta prueba, más cuando estoy al fin tratando de asentarme con Aiden aquí, en la misma ciudad en la cual surgió y terminó todo, sabía que podía encontrármelo, aunque no tan rápido. Logro escaparme un momento al baño y con manos temblorosas tecleo un mensaje a mi mejor amiga Joana.

Miranda: SOS; bebidas esta noche. Problema grave.

Joana: ¿SOS? ¿¿En serio, Mir?? Vale, nos vemos en el lugar de siempre.

Paso el día poniéndome al corriente sobre todo lo administrativo del hospital, como jefa del área de cirugía adulta debo tener en cuenta los presupuestos trimestrales y anuales con los que contamos, así como cuantos trabajos probono podemos aceptar. Suspiro, pues la parte burocrática puede ser lo más aburrido cuando no estás acostumbrado a ella.

Cuando Joana llega al restaurante he comenzado mi copa de vino blanco, mi amiga roba las miradas a su alrededor. Nos conocemos desde que tengo memoria, realmente desde el jardín de infancia y no nos hemos separado a pesar de que estuve fuera cinco años, siempre nos veíamos en algún lugar cuando tenía vacaciones.

—Estás preciosa —me dice a modo de saludo cuando se sienta.

—Creo que la que robó miradas fuiste tú —replico alzando una ceja, y ella suelta una carcajada. Lleva un conjunto de pantalón en color negro, con una camisa clásica anudada al cuello de color rojo, sus labios resaltan con el mismo color de su camisa. Rubia con los ojos de color gris, casi plata, es capaz de romper corazones con solo una mirada.

—Estoy sencillita —me asegura—. Ahora cuéntame cuál es el problema.

—Siempre directa al grano —contesto, mientras ella le hace una seña al camarero para que le traiga una copa de lo que estoy tomando—. Daniel.

—¿Qué? —inquire asombrada y se apresura a decir—: Esto necesita más que una copa de vino.

—Lo sé, pero no puedo llegar ebria a casa.

—¿En dónde te lo encontraste? —me interroga preocupada, y yo suelto un

suspiro cansada.

—En el hospital —susurro.

—¡No puedo creerlo! Te juro que lo he visto en más de una ocasión, pero desde aquel día no lo he vuelto a hablar con él, para mí tanto él como Mandy son ceros a la izquierda.

—¿Te acuerdas de todo?

Joana chasquea su lengua contra el paladar y toma mi mano, no hablo de la despedida sino del día en que todo terminó. Quién me iba a decir que esto ocurriría luego de tanto tiempo, recuerdos que pueden llegar a atormentarme y quitarme la poca paz que poseo; ella sabe que Daniel es capaz de derrumbar mi mundo si se lo propone.

—Estás con Aiden, recuerda que es lo mejor que te ha pasado —comenta con voz nerviosa—, no vayas a cometer una locura.

—Le informé que estaba comprometida. —Me río nerviosa—. Y me respondió que nunca lo ha detenido eso.

—Peter —murmura Joana.

Peter fue mi primer novio, soportó la distancia cuando viajé a estudiar a Harvard. También los primeros meses de residencia, hasta que conocí a Daniel en el cumpleaños de su hermana Amanda.

—Nada lo detuvo hasta conseguirme y fueron los años más felices, pero también mi propio infierno, no puedo creer que viví el cielo y el infierno con la misma persona.

—Eras un capricho más en su vida. —Los ojos de mi amiga se oscurecen—. Daniel siempre está acostumbrado a obtener lo que quiere, siempre has sido un desafío, por más que lo amabas tuviste el valor de alejarte.

—Él fue quien me dejó, ¿recuerdas? Me dejó la noche que entré a hurtadillas a su casa y me rompió el corazón.

—Claro que lo sé, maldigo ese día y todo lo que vino. —Joana toma mi mano—. No vayas a dañar tu futuro por él, recuerda que regresar a Seattle fue una decisión que te llevó mucho tiempo tomar.

—Lo sé, nunca tuve la intención de volver.

—Por eso amo a Aiden, porque fue capaz de convencerte a ser feliz. —Sonríe—. Daniel solo es un recuerdo del pasado, que no te atormente.

—No quiero seguir ahogándome en su adiós, ya no más —le aseguro.

—Entonces amiga, aquí solo brindaremos por la nueva jefa de cirugía pediátrica —me anuncia, cuando ponen su copa y llenan la mía.

Brindamos y conversamos sobre todo lo que tengo planeado en estos

primeros meses, siempre fui organizada y bastante pragmática al decidir sobre mi vida, hasta que conocí a Daniel, aunque no quiero profundizar en ello. Ya existe un abismo inmenso al cual no pienso saltar de nuevo, Joana tiene razón al decir que soy afortunada al tener a Aiden.

Nos despedimos con la promesa de vernos el fin de semana, llego a la casa que renté para estos meses de transición. Tenemos planes de comprar una cuando nos casemos, parece mentira que luego de dos años de relación al fin acepté la propuesta de mi prometido, sí, no se equivocan al pensar que Aiden prácticamente me pidió matrimonio en los primeros meses de relación. Tuvo valentía al declararme su amor por mí, solo que en aquel momento no estaba lista para otra aventura.

Me quito los zapatos de tacón y siento que me estoy liberando, miro mi reloj y me doy cuenta que son las diez menos cuarto de la noche. Reviso mi móvil y encuentro un mensaje de él.

Aiden: Cariño, emergencia tengo que hacer un bypass coronario^{III}. Te amo.

Miranda: Te amo, te espero en casa.

Subo a la habitación, me doy una ducha y me acuesto pensando en todas las promesas que le hice a Aiden, por él fui capaz de desprenderme de todo lo que me llenaba de ira y que me lastimaba. Por eso estoy segura, que lo que me invade en este momento no es más que un miedo inmenso por aquella despedida gris, porque cuando hui no fui capaz de cerrar ese capítulo de mi vida, que me había hecho creer que había fracasado.

Me duermo pensando en que mañana es mi segundo día en el hospital, que quizás pueda escaparme de la parte burocrática y tomar de nuevo el escalpelo.

*Ecós del Pasado**Daniel Wimmer*

Todos los años que han transcurrido y no he podido olvidarla, creo que es una de esas maldiciones que no sabes cuándo va a acabar, cinco años de mala suerte en el amor y en mi vida entera desde que ella decidió irse.

Un matrimonio.

Un divorcio.

Cero hijos.

Mis padres estarían decepcionados del hombre en el que me he convertido, dejé todo lo que amaba para ser lo que se esperaba de mí. Tenía dieciocho malditos años cuando ellos tuvieron aquel accidente, Mandy apenas tenía trece y a mí me tocó asumir su custodia, los negocios y una vida para la que no estaba preparado, sin embargo, era lo que debía hacer y lo hice.

Recuerdo que autoricé a mi pequeña hermana para que hiciera su fiesta de cumpleaños en casa, no importó, pues solo cumplimos veintiuno una sola vez en toda nuestra vida y eso a ella la emocionaba, creo que más que sus dulces dieciséis, pero aquella noche me enamoré a primera vista de la mujer más hermosa del mundo.

¿Idioteces?

Un hombre hecho y derecho de veintiséis años enamorado de una chiquilla de veintiuno, le sacaba cinco años y tenía una vida hecha, mientras de que ella apenas iba a construir la suya, sin embargo eso no me detuvo para perseguirla, enamorarla y hacerla mía. Sí, digamos que con Miranda fui del tipo troglodita, el típico hombre de cromañón.

Ella mía, yo suyo, mía, mía.

Me pertenecía.

Ahora le pertenece a otro.

Sus padres se asustaron la primera vez que fui a por ella, exactamente la tarde siguiente que la besé en mi habitación y que descubrí que era la mejor amiga de Mandy, ya en aquel momento sabía que no había vuelta atrás y que la amaría hasta que diera mi último aliento. Era mayor que su hija y además lleva el sello en la frente de chico malo, de esos que rompen enaguas cada vez que pueden y dejan corazones rotos. No obstante, luego de asegurarles de que era lo que ellos deseaban, me dieron el beneplácito de verla y llevarla a una cita.

Miranda se negó con excusas de un novio, realmente me importaba un carajo que ella estuviera en relación de manitas sudadas con algún idiota en Harvard, aquello solo haría que obtenerla fuera más satisfactorio. Estaba decidido, la convencí y aquel café me demostró que no estaba equivocado, que ella era la mujer con la cual compartiría el resto de mi vida.

Recuerdo exactamente las veces que salimos, fueron trescientas, también las ochocientas veces que tomé el avión para pasar las noches con ella en Boston, y las infinidades de veces que le hice el amor hasta que no pudimos más.

Miranda era mía. Miranda era más. Miranda era mi mundo y nada más podía importar.

Y ahora se preguntarán porque les hablo de ella, no podía creerlo cuando me crucé en el ferri con su mirada. Fue verla y tener que respirar profundo, calmarme para no correr a reclamarla y arrebatársela de los brazos del idiota con el cual estaba. Fue un golpe bastante atinado para volver al pasado y darme cuenta de que había sido un perdedor, la había dejado ir y pensé que el amor que ella sentía sería suficiente para que volviera, aunque no fue así.

Casarme con Heather fue una de las peores decisiones de mi vida. Ella solo amaba mi dinero y yo nada más veía en ella un desahogo, a todo el dolor que me causaba haber perdido a Miranda. Dos años duró aquel acuerdo comercial, lo digo de esa manera, porque me costó una suma de cinco ceros que firmara el maldito divorcio.

Creo que simplemente no volveré a enamorarme, si hubiese sabido que aquella vez sería la última que la tendría en mis brazos, quizás las cosas serían distintas en este momento.

—Ya veo que la viste —me comenta Mandy.

—La encontré cuando salía de la oficina de la doctora Bianco — respondí. Mandy suspira.

—Me han dicho que va a casarse. —Y ese chismorreó de hospital solo hace que me enerve.

—Eso está por verse —le contesto, mientras cocino nuestra cena.

Mi hermana y yo cenamos dos veces por semana en casa. Ella ahora vive con su pareja y yo en un ático en el centro. Creo que la separación de Miranda no solo me hizo perderla a mí, sino que también Amanda perdió a una amiga.

—No vayas a cometer una estupidez —me pide—. Ya no es una cría a la que puedes manipular y estoy segura que lo que tuvieron ya se terminó por completo hace tiempo.

—No lo creo —le aseguro.

—Daniel —me increpa.

—Amanda, no puedes pedirme que me olvide de la única mujer que he amado. —Aprieto con fuerza la espátula ocultando mi rabia—. Ella no pudo olvidarme, no creo que todo lo que sentíamos se esfumara, no puedo, no lo acepto.

—Daniel... —Y la voz de mi hermana está llena de empatía—. Ella es el amor de tu vida, lo entiendo, sin embargo tienes que comprender que se fue e hizo su vida.

Dejo todo y giro un poco la perilla de la estufa para que las pechugas de pollo se cocinen a fuego lento. Me doy vuelta para mirar a mi hermanita. Dios, no puedo creer que en este momento ella sea la que se comporte como la madura.

—No quiero perderla —confieso—. No puedo perderla de nuevo.

—Debiste decirle te quiero cuando era el momento preciso y quizás, la historia sería diferente.

—¡Mandy!

—Lo siento, pero me toca abrirte los ojos y dejarte claro, que fuiste un cobarde y que todo esto es tu culpa. —Exhala cansada—. Te apoyaré en todo lo que quieras, aunque Daniel comprende que no puedes pretender que deje todo por ti de nuevo.

—Lo sé, no obstante tengo la esperanza de que me recuerde como lo hago yo.

—¿Y si no funciona?

—Me quedaré en mi infierno, porque simplemente no hay otra mujer que pueda hacerme sentir todo eso. Miranda fue siempre más, no lo vi mientras estaba a su lado y ahora vivo con los ecos del pasado atormentándome.

—¿Tanto la amas?

—Sí, me lastima todo esto y he esperado tres años pensando que su regreso sería algo más fácil, que quizás podríamos arreglar todo.

—A veces creo que no te entiendo —resopla.

—Cariño, no soy de piedra y me duele quererla como la quiero.

—Pero la dejaste ir, eso no es amor —replica. Y ahí está el reproche que reprime cada vez que puede, sé que mi hermana está de mi lado, pero la

solidaridad femenina es un poco más.

—¿Sabes? Mirarla es doloroso, porque me duele la manera en la que hace como si no me recordara, como si olvidó todos los momentos juntos. Me bastó una sola conversación para darme cuenta de que recuperarla va a ser una tarea difícil.

—Lo siento —susurra.

—No es tu culpa, todo esto es consecuencia de mis actos y la idiotez más grande que pude cometer. Pensé que le demostraba que la amaba y resulta que era importante decir esas dos palabras, estaba seguro de que nunca me abandonaría y lo hizo cuando menos lo pensaba.

—Debiste ir tras ella —me recrimina Mandy.

—Le hice el amor justo la noche antes de irse y aun así me dejó.

—Follar no soluciona las cosas, Daniel...

—Lo sé, pero era la manera de decirle que la amaba y que no quería que se fuera de mi lado. —Me giro para seguir cocinando—. No quiero seguir hablando de esto.

—No vayas hacer una locura y piensa antes de actuar, tienes treinta y siete años, ¡joder! No eres un crío y Miranda tampoco, tienes que apartarte si ella te lo pide.

—No puedo.

—Pero Daniel... —protesta mi hermana.

—No puedo, necesito una segunda oportunidad con Miranda —declaro y apago la comida—. Entiendo que los dos sufrimos, sin embargo estoy dispuesto a entregarle mi alma y aprender a amarla, besarla, acariciarla, a confiar y sobre todo a olvidar el pasado.

—Hermano... —musita.

—Estoy seguro que puedo hacerla feliz, construir una vida nueva con ella y no puedo rendirme.

Mandy se acerca y me abraza tan fuerte que me siento vulnerable, si alguien vivió mi infierno después de Miranda fue ella. Mi pequeña hermana estuvo las noches de borracheras, los momentos de dolor y los días de rabia. Solo puedo ser feliz con ella, con Miranda y estoy dispuesto a todo por recuperarla.

3

Frustración

Llego al hospital luego de desayunar junto a Aiden, que se quedó descansando pues tuvo una larga guardia. Tomó una plaza en otro hospital, pero esperemos que pronto pueda estar conmigo. Me pongo el mono de cirugía y subo al área de hospitalización a escuchar los partes médicos, los residentes nerviosos van presentándome a los pacientes hasta que llegamos al cuarto de una niña, que llora desesperada en los brazos de su madre.

Yo me acerco y sonrío a la señora que me observa con el semblante bastante preocupado, la niña al verme se asusta y saco el estetoscopio que tiene un osito, se lo muestro y ella deja de llorar. La reviso ante la atenta mirada de los estudiantes, padres y residentes. Al tocar su abdomen no siento masas, sin embargo me doy cuenta que hace una mueca de dolor cuando la toco cerca del epigastrio.

—Ahora sí deseo escuchar la historia de la paciente —les pido con voz serena, mientras le aprieto cariñosa la nariz a la pequeña.

—Se trata de un paciente femenino de seis años, sin antecedentes médicos de importancia, que ingresó hace quince días presentando dolor abdominal agudo e intenso, más múltiples episodios de vómitos.

—¿Cuál fue el diagnóstico? —pregunto centrándome en Alice la residente encargada del caso.

—Se le diagnostica pancreatitis aguda severa con colección peripancreática —me informa. Alzo la ceja extrañada de que no le hicieran seguimiento al caso.

—Prosigue —le ordeno cuando se calla.

—Reingresó anoche con dolor abdominal postprandial^[2], se le realizaron los exámenes y estudios de imágenes, en dónde se detectó un pseudoquiste pancreático^[3] en el TAC^[4] de abdomen. También se realizó el examen físico en el que no se encontró algún signo de masa palpable, sin embargo, manifestó un dolor leve en el epigastrio.

Asiento.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto a la nena.

—Lizzie —musita asustada.

—Lizzie, yo me llamo Miranda, sé que tienes miedo, pero te prometo que todo será un mal rato. —Sonrío—. Este es Teddy —digo señalándole al oso

—. Teddy me ha acompañado desde hace mucho tiempo y me ha ayudado con los niños en África. ¿Sabes dónde está África?

—No —contesta con los ojos en el oso.

—África es un lugar hermoso, aunque allá los niños no tienen la misma suerte que tú y no tienen juguetes o agua limpia que beber, por eso se enferman y yo los curaba con ayuda de Teddy.

—¿Me va a doler? —solloza y me siento a su lado.

—Prometo que haré lo imposible para que no te duela. —Sonrío—. ¿Confías en mí?

Lizzie asiente y aprieta su nariz de nuevo, salgo de la habitación y les ordeno ver los estudios de la pequeña. Efectivamente el TAC en los diferentes cortes me muestra la ubicación exacta del pseudoquistes. Me levanto y llamo a los padres de Lizzie.

—Soy Miranda Clark, jefa de cirugía pediátrica —me presento segura, para infundirles confianza—. Lizzie como escucharon tienen un pseudoquistes pancreático, que es una colección del jugo pancreático rico en enzimas, ocasionado por la ruptura de los conductos pancreáticos como resultado de una inflamación.

—¿Por qué no le hicieron esos exámenes la primera vez? —me pregunta el padre molesto.

—Las colecciones se forman cercanas al episodio agudo de pancreatitis, normalmente se resuelven de manera espontánea, pero un porcentaje menor al diez por ciento puede persistir por más de tres semanas, desarrollando una cápsula y formar un pseudoquistes del páncreas.

—¡Oh, Dios mío! —solloza la madre.

—Ya que el cuadro de náuseas y vómitos han persistido, hicieron muy bien en acudir de nuevo.

—¿Qué harán? —inquire el padre.

—Lizzie será sometida a una endoscopia, les prometo que luego de esto su hija retomará su vida habitual.

—¿Cuáles son los riesgos?

—Ninguno —les aseguro.

En un arrebato la madre me abraza y yo correspondo, acostumbrada a esto me despido con la promesa de que Lizzie estará bien. Me preparo para la endoscopia en compañía de Alice, cuando la niña llega juego con ella hasta que el sedante la duerme por completo. A medida que voy haciendo la intervención, le explico a mi residente sobre los pseudoquistes y sus

modalidades de drenaje.

—El drenaje interno presenta dos modalidades: el no quirúrgico y el quirúrgico. Una de las opciones en el drenaje no quirúrgico la representa el que se realiza en forma endoscópica, que es esta. En este momento estoy comunicando el pseudoquiste del páncreas con el estómago a través de una gastrostomía^[5] de uno a dos centímetros de promedio. —Ella asiente—. Los reportes de éxito son del sesenta por ciento, la mayoría de las fallas en este procedimiento se asociaron al grosor de la pared menor a un centímetro, a la localización del pseudoquiste en la cola del páncreas y a pseudoquistes asociados a pancreatitis necrotizante.

—Doctora Clark, ¿cuánto tiempo tendrá la endoprótesis^[6]? —me pregunta Alice.

—Me alegro que preguntaras —contesto, mientras continúo con el procedimiento—. Las endoprótesis son removidas después de un período de dos semanas. El drenaje transpapilar endoscópico tiene éxito cuando hay comunicación del pseudoquiste del páncreas con el conducto pancreático, como es el caso de Lizzie.

—¿La tasa de éxito es mayor en pacientes pediátricos?

—El manejo conservador en pacientes pediátricos ha sido documentado, como primera instancia, con tratamiento médico, usando octreótido^[7] para la resolución o disminución del tamaño de los pseudoquistes y posteriormente utilizando un procedimiento de drenaje.

—¿Por qué no procedió quirúrgicamente?

—El manejo del pseudoquiste pancreático es muy variado y debe ser individualizado en cada caso —replico—. Lizzie tendrá una evaluación dentro de seis meses, pero verás que con el drenaje no tendrá episodios recurrentes de pancreatitis.

—Debe ser todo un cambio poder hacer procedimientos como este con toda la tecnología, a hacerlo con pocos recursos en África.

—Sí, normalmente no contaba que todos estos equipos y debía actuar de manera invasiva —comento, mientras pienso de la de veces que tuve que abrir a un niño—. Todos deberíamos aprender a apreciar lo que tenemos.

—Usted es toda una leyenda —me dice con admiración Alice.

Me río y al terminar la dejo suturar, le voy indicando como hacerlo. Al salir me acerco a los padres y les comento del éxito del procedimiento. Miro el reloj, apenas darán las once de la mañana y me siento viva.

Me siento en el cuarto de descanso a leer sobre un estudio que está retumbando en la medicina sistémica, normalmente estoy en contra de ella, sin embargo, luego de estar tantos años trabajando con las manos aprendí con los curanderos los poderes medicinales de las plantas y hasta de los mismos alimentos.

—No puede ser —exclaman recalcando cada sílaba.

«Diantres, no, ella, no», pienso.

—¡Miranda Clark! —grita y levanto mi mirada.

Los años no pasan en vano, pienso y sonrío, pues delante de mí tengo nada más y nada menos que Amanda Wimmer la hermana de Daniel y colega. Mandy como le llamamos sus amigos cariñosamente estudió conmigo en Harvard, las dos hicimos un equipo cuando iniciamos la residencia. Nos alejamos a medida que los problemas de mi relación iban creciendo.

Me levanto y para mi gran sorpresa ella me abraza con nostalgia. No puedo negarlo, todo este tiempo fuera extrañé a mis amigos, aunque preferí alejarme para poder sanar mi corazón roto y lleno de banditas.

—¿Cuándo llegaste? —me pregunta rompiendo el abrazo.

—Hace un mes —contesto.

—¿Daniel lo sabe? —me interroga, y veo la suspicacia reflejada en sus ojos.

—Sí, nos encontramos de casualidad.

Mandy se sienta y pone los pies sobre la mesa, no queda mucho de aquella chica risueña que comenzó conmigo la universidad. Ha subido de peso y los círculos en sus ojos me dicen que lleva pocas horas de sueño.

—Daniel no ha podido olvidarte —murmura.

Y siento que la adrenalina se dispara, quiero salir corriendo de nuevo. ¿Alguna vez han sufrido una subida de adrenalina? Pues ahora la tengo, siento que mis latidos se aceleran, que respiro violentamente y que debería huir para no escucharla más.

—Es bueno saber que has vuelto, Mir —me asegura.

—Mandy, me encanta que estés aquí, sin embargo, te pido que dejes a tu hermano de lado —le pido.

Ella me observa, tiene el mismo color de ojos que Daniel, son café pero con destellos dorados que hacen que brillen. Muchas veces bromeamos que ellos eran los “Cullen” de la Saga Crepúsculo, porque muchas veces llegaban a tener el color de ellos.

—Él te ama —me asegura—, pero te fuiste y parece que contigo te

llevaste su corazón.

—Mandy, por favor...

—Los amores como el suyo no se pueden borrar, no puedes arrancarlos como una página y lo sabes. —Sonríe—. Si estás aquí, te aseguro que va a luchar por ti.

—Me voy a casar —aseguro, y ella se levanta cuando su móvil suena.

—Tengo una emergencia. —Alza sus hombros—. Mi hermano te amaba en aquel tiempo, no entiendo sus razones, sin embargo te ama. —Se gira y camina hasta la puerta—. Si vas a huir de nuevo, hazlo antes de que sea tarde.

Yo me quedo de piedra con la advertencia de Mandy, mientras siento que tengo ganas de llorar, no puedo explicarles lo que siento. Una opresión en el pecho me impide gritar, pero sé que es lo que significa y no es más que la frustración de un amor en el cual di todo, para no perderlo. Me negaba a aceptar que lo que había entre Daniel y yo no iba a funcionar.

Para mí fue triste darme cuenta de que estaba luchando por algo que no tenía sentido, no sé si lo que hice fue un acto de cobardía, no obstante necesitaba estar muy lejos de él y de las promesas vacías que hizo. Me enamoré tan rápido de él y me empeñé, porque pensé que era el amor de mi vida, todos sabían que no lo era y aun así quise darme contra la pared.

¿Los recuerdos duelen? Mis recuerdos al lado de Daniel duelen como un hierro caliente, porque quise ser tanto a su lado, que me diluí como un medicamento en una solución fisiológica. Me juré que iba a olvidarlo y no pude, porque aunque desee perdonarlo, no pude hacerlo, y tampoco perdonarlo.

Fui yo la que tuvo un corazón roto. Fui yo la que lo vi con otra. Fui la que palpó la traición con sus manos y por eso decidí irme, por eso cuando escucho que él me ama siento que es muy tarde. No podía seguir perdiendo el tiempo al lado de una persona que no me amaba, porque para mí, Daniel era el significado de la vida entera.

Mi móvil suena y observo que tengo un mensaje de Aiden.

Aiden: Estoy aquí, quiero verte.

No puede haber llegado en el mejor momento, tomo mis cosas y salgo. Consulto el reloj de mi móvil y mi guardia ha terminado así que puedo escabullirme con mi novio. Me cambio rápido y salgo en su búsqueda, cuando llego, tapo sus ojos con mis manos para susurrarle con una sonrisa dibujada en los labios:

—¿Adivina quién soy?

—El amor de mi vida —contesta riendo y baja mis manos para besarlas.

Se gira y me toma por la cintura para besarme, su lengua atraviesa mi boca y la mía sale a su encuentro, tenemos días sin compartir un beso así y me encanta cuando él demuestra que me desea. Aiden es un caballero de armadura de pies a cabeza, aunque muchas veces puede ser un troglodita que te folla contra la pared y para mí eso es importante.

—Quiero tenerte en la cama ya —murmura dejando besos pequeños en mis labios.

—Yo igual —le aseguro.

Rompemos el beso sintiéndonos risueños, porque lo crean o no estoy feliz de que esté a mi lado y hacerme fuerte. Caminamos unos pasos cuando creo sentir un escozor en mi cuello, giro mi rostro y me encuentro con la mirada llena de ira de Daniel.

Él niega, mientras Mandy le habla mientras gesticula molesta. Nunca lo había visto tan alto, tan imponente con un traje de tres piezas y su cabello rubio cenizo. Jamás había sentido la intensidad de su mirada, lo siento lejano como siempre, porque nunca pude tenerlo.

—¿Vamos a casa? —me pregunta Aiden haciendo que rompa la conexión.

«Miranda, enfócate en Aiden», me recuerdo.

—Tengamos una cita. —Sonríó—. Hace mucho no tenemos una.

—Vale, pero una cita que termine contigo en mi cama —me pide.

—Es la idea —replico riéndome.

Salimos del área del hospital y dentro dejo el pasado, no pensé que esa parte de mi vida podía joderme de nuevo. No obstante, los recuerdos comienzan a perseguirme.

Contigo siempre

Ocho años antes

Siempre quise demostrar que soy lo suficientemente buena, porque escoger medicina no fue una elección fácil y además era eso lo que se esperaba de mí, pero me daba miedo vivir a la sombra del apellido de mi padre. Sin embargo, por aquel tiempo creí que podía conquistar el mundo, ya que Daniel me aseguraba que iba a ser la mejor cirujana del planeta.

No podía dejar de mirarlo mientras dormía en la cama de mi pequeño apartamento, se había escapado de las responsabilidades que aguardaban por él en Seattle, solo para pasar dos noches a mi lado por nuestro segundo aniversario. La luz que se colaba por mis persianas hacía que su cabello rubio cenizo brillara casi de un color dorado.

—Sé que me estás mirando —susurró.

—No puedo dejar de hacerlo —confesé.

Hizo una mueca cómica y abrió sus párpados para hacerme vibrar con su mirada, se me cortó la respiración por un momento, cuando su mano me quitó la sábana para dejarme desnuda. Mordí mi labio y él esbozó una sonrisa lobuna, me sentí un poco cohibida por la intensidad con la que me miraba. En un movimiento rápido me giró y se subió sobre mí reteniendo mis manos encima de mi cabeza.

—Me encanta cuando hago esto —comentó con voz ronca—. Tus pechos se suben y son uno de los manjares que disfruto cuando te follo.

Gemí por sus palabras o por sentir como su pene se abría paso en mi interior, porque Daniel nunca me hacía el amor, me follaba como él decía de manera lasciva, porque era duro y me hacía sentir que era su mujer. Él podía recrear una película porno si lo deseaba, podía hacerlo en la cama, en el piso, de pie contra la pared o en la encimera del lavado, aunque nunca era lento o cariñoso, me hacía vibrar cuando en el clímax me preguntaba si era solo de él y respondía ciega del deseo que sí.

Tuvimos sexo mañanero como él lo llamaba y cuando acabamos salió de mi interior casi de inmediato, rodando hasta quedar boca abajo sobre la cama.

—No sé qué voy a hacer contigo —me dijo contrariado.

—Amarme —le aseguré.

Daniel sonrió pero escondió su mirada, fue la primera vez que me di cuenta de que el amor podía herir algunas veces, porque cuando las cosas se ponen difíciles sientes que pueden destruirte con ese sentimiento.

—Daniel —lo llamé asustada.

—Dime —murmuró haciéndose el dormido.

—¿Me amas? —pregunté con un nudo oprimiendo mi garganta.

—Mir... —musitó mi nombre hastiado.

—Solo quiero saberlo —le expresé tragándome las lágrimas en silencio.

Daniel se giró y se quedó mirándome por largo tiempo, acarició mi rostro y sonrió de esa forma que me hacía estremecer.

—Si no lo hiciera, no estaría aquí.

—Solo quiero escucharlo —le rogué.

Se levantó fastidiado por mi insistencia, y me asusté al ver que entraba en el baño cerrando la puerta de golpe. Me senté a mirar el pequeño espacio en el cual vivía, porque no quería compartir con nadie mi intimidad, mi paz y tampoco podía hacerlo, porque siempre él estaba cerca cuando sus obligaciones lo permitían. Esperé toda una vida para sentir esto y la persona con la cual estaba, se negaba a decir esas dos palabras:

TE AMO.

Suena difícil, pero si las sientes realmente, decirlas pueden mejorar el día de cualquier persona y que se sienta realmente especial. Me levanté y entré al baño en donde corría el agua de la regadera, me metí en silencio y me abracé a su cuerpo, el agua caliente cayó sobre mi piel haciendo que se sonrojara muy rápido. En un arrebato rompió el abrazo y me pegó con ímpetu contra los azulejos, sus labios comían los míos con rabia y con dureza, enredó mis piernas en sus caderas y de una sola estocada me penetró.

—¡Daniel! —grité.

—Mía —gimió en voz gutural mordiéndome el hombro.

Le dejé hacer lo que deseaba mientras me amaba a su manera. Cerré los ojos entregándome a él, al mismo tiempo que sus labios dejaban besos por todas partes, sus labios mordían mis pezones que se erguían, el vapor del agua nos envolvía en un ambiente cálido cuando era un frío diciembre en Boston. Se corrió gritando mi nombre y escondió su rostro entre mi cuello y mi hombro, yo lo seguí cuando sus espasmos cesaron.

—Te amo —musitó temblando.

Exhalé sorprendida al escucharlo y cerré los ojos sopesando la intensidad de esas dos palabras en sus labios. Lo sabía, sabía que podía

decirlo.

—Te amo —susurré.

—Quiero estar así. —Levantó su rostro y su mirada me atravesó—. Contigo siempre a mi lado, porque no puedo estar sin ti.

Su confesión me tomó por sorpresa y entendí que Daniel, nunca sabría gestionar sus sentimientos, que amarme lo hacía vulnerable.

En la actualidad

Me quito con frustración mi gorro de cirugía y me siento unos segundos en la sala de descanso, acabo de abrir y cerrar a una paciente de nueve años. ¡Cristo! A los nueve años jugaba con las muñecas y estaba soñando con castillos y princesas, pero esta niña desde los dos entra y sale de quirófanos, sin embargo me ha tocado ser la que les comunicará a sus padres que quizás no sobrevivirá, pues el cáncer ha invadido su cuerpo y aunque no he realizado estudios, estoy segura de que ha vuelto con fuerza.

Estos son los gajes con los que no me gusta cargar de mi oficio, he visto tantas muertes que muchas personas no sabrían cómo gestionarlo. Me levanto y voy a lavarme el rostro, al tanto de que mi mente trabaja buscando las palabras para poder comunicarles la mala noticia.

Levanto mi mirada y me encuentro con el reflejo de Daniel en el espejo, está vestido con un pantalón de paño negro, una camisa blanca y una cazadora de cuero. Siento un peso en mi estómago y creo que el tiempo se ralentiza, cuando comienza a caminar hacia donde estoy, me alcanza con su mano y percibo una pequeña descarga eléctrica.

—Mir —murmura con voz ronca.

—No puedes estar aquí —replico en voz baja temblando.

Daniel hace caso omiso a mis palabras y me toma de la cintura para llevarme hacia él, me pega a su cuerpo cerrando sus ojos, subo mi mirada asustada y puedo ver a un hombre completamente derrotado, no al hombre dominante que me enamoró.

—No soporto ver el miedo reflejado en tus ojos azules —confiesa dolido, y los abre de nuevo transmitiéndome todo su dolor.

Trago fuerte y trato de zafarme, no obstante hace fuerte su agarre y una de sus manos atrapa mi mentón para que lo mire. Mido un metro setenta y él un

metro noventa y ocho, por lo cual me veo menuda entre sus brazos.

—Suéltame o grito —le pido presa del pánico que me hace sentir su cercanía.

—Mir, mírame sin miedo —me pide—, me estás matando cuando me ves así.

—Suéltame —repito.

Daniel lo hace decepcionado y doy una bocanada buscando aire, no voy a soportar estar cerca de él y más de esta manera.

—¿Lo amas? —me pregunta con rabia.

Y caigo en cuenta de que esto es un arrebató de celos, que solo quiere marcar su territorio. El detalle de que ahora no le pertenezco, porque lo único que hay entre nosotros es un montón de recuerdos dolorosos.

—Ese no es tu problema —contesto.

Hago el intento de huir, sin embargo frustrado me cierra el paso. Daniel puede ser temperamental, nunca ha sabido gestionar sus sentimientos, tampoco es capaz de decir te amo o expresar lo que siente. Nunca lo había visto tan incómodo, molesto o quizás derrotado ante mí. Siempre era él quien llevaba la voz cantante de nuestra relación, hasta aquel día que le dije que no lo volvería a ver, y creo que me folló en un arrebató de hacerme entrar en razón.

—Mía —brama con rabia—. Siempre serás mía.

—Estás loco —le aseguro esquivándolo y me detiene.

Sus labios se lanzan hambrientos a los míos y como en el pasado su boca es capaz de devorarme, lucho en vano porque mi piel y cuerpo parecen tener memoria, no puedo creerlo cuando me rindo a este pequeño arrebató. Él me sujeta de la cola de mi cabello para dirigir mis movimientos, su lengua y la mía se enardecen en una lucha, pero la mía pierde cuando gimo, provocando que él sonría porque sabe que aún tiene poder sobre mí.

—Puedes olvidar mi nombre o mis besos —murmura rompiendo el beso y pegando su frente a la mía—, pero siempre voy a estar en tu corazón y en tu piel.

—Daniel...

—No imaginé que volvería a verte —confiesa—, hacerlo de nuevo me desarmó y tuve la sensación de que el tiempo se detuvo y que pude olerte, sigues usando Anaïs, Anaïs.

«Yo también» susurro en mi mente.

—Suéltame —le ruego al borde de las lágrimas.

—Vuelve —me suplica—, te quiero a mi lado.

Me suelto de su agarre cuando lo afloja y pongo distancia entre los dos, me atrevo a mirarlo y por primera vez en años, puedo ver a un Daniel vulnerable y siento que es imposible mantenerme firme con la decisión que tomé hace mucho tiempo.

—No puedo creer que solo sea un eco de tu pasado, porque eres mía y yo tuyo, ¿por qué te alejas de mí?

—¿Te has vuelto loco? —le pregunto—. ¿En qué momento te diste cuenta de esto?

—Siempre te amé —contesta.

Me congela que diga esas dos palabras, que muchas veces le supliqué y fue ahí cuando descubrí que él no era para mí, porque el amor no se mendiga.

—Me tiraste muchas veces y dices que me amas, ¿cuántas hubo?

Daniel abre los ojos ante mi pregunta, porque aunque él no lo sabe, la noche que entré en silencio a su casa y descubrí que me engañaba, no solo rompió lo nuestro sino también mi corazón.

—¿De qué hablas?

—Que me engañabas con cuanta mujer se te atravesaba y que la excusa de salir de tu vida fue una manera de no humillarme más.

—Miranda, no sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando que una semana antes de aceptar el empleo en Médicos Sin Fronteras, fui a tu casa para sorprenderte durmiendo y entré a hurtadillas, pero te encontré follándote a otra y me imagino que a ella le decías te amo, porque fue con la que te casaste. ¿Recuerdas?

—¡Miranda, por Dios! —exclama sorprendido.

—Y contestando a tu pregunta, sí, sí amo a Aiden porque supo curar mi corazón.

—Si me hubieran dicho que se iba a derrumbar mi mundo desde que te fuiste, no te hubiera dejado ir —me asegura—. El tiempo se detuvo cuando sonreíste en el ferri después de cinco años, por eso ahora no puedo soportar que no seas tú la que me ama, que todo lo que tuvimos esté perdido, no lo acepto, no puedo, Miranda, te amo.

—Muy bonitas palabras, pero es tarde —le señalo con rabia.

—Contigo siempre, ¿recuerdas?

Exhalo cansada y me abrazo pues de repente siento que un frío me invade, el mismo que aquel diciembre en cual me prometió eso.

—¿Cómo puedo olvidarte? —inquire molesto—. No me importó que volaras un tiempo sola, pero este no es el final de nuestra historia, no puedo

aceptarlo.

—Estás casado, Daniel.

—Divorciado.

Eso me toma por sorpresa ya que Joana nunca lo mencionó, seguro que no lo dijo por miedo a que saliera corriendo a su lado.

—Lo que queda de nuestro amor no alcanzaría para ser feliz, porque hace años me cansé de luchar por ti y, no puedo volver a caer en el círculo vicioso en el cual tú me follabas haciéndome creer que me querías.

—Miranda las cosas no son así.

—Lo son, pero tardé mucho tiempo en entenderlo.

—¿No me amas? —inquiérese dolido.

Sonrío.

—Me voy a casar —le aseguro.

—Eso no contesta a mi pregunta, porque no puedo contemplar en mi mente que seas tú la que no me amas, porque yo sí te sigo amando.

Alguien abre la puerta y Alice entra, se queda mirándome asustada. Seco mis lágrimas y ella camina en retroceso.

—Disculpe, solo vine a buscarla —dice asustada.

—Ya salgo —afirmo—. Espérame afuera.

Ella obedece y yo me acerco de nuevo al lavabo para borrar el resto de mis lágrimas. Me acomodo el cabello ante la atenta mirada de Daniel, no puedo seguir conversando con alguien que simplemente se niega a ver la verdad.

—No digas nada, por favor —me ruega—. Solo te pido que me des una oportunidad, fue un error que estoy pagando caro y me niego a perderte, te fuiste de mi lado y no supe como retenerte. —Me quedo en silencio mirándolo mientras habla—. No lo pensaste y me juraste que no me amabas más, pero cuando te hice mía supe que mentías, cuando te fuiste sentí que todo había acabado y ella aprovechó mi momento de debilidad.

—Te casaste —le reclamo.

—Y tú descubriste otros brazos y me imagino que te hace sentir bien, porque estás pensando en casarte —apunta resoplando molesto—. Es mi culpa porque nunca te dije lo mucho que te amaba, que eras todo lo que me importaba, no soy perfecto, pero te amo como nunca he amado a nadie.

—Duele recordar —declaro, sintiendo de nuevo ganas de llorar.

—Te necesito.

—Te amé como a nadie amaré, pero esto tiene que acabar —le pido—,

seamos cuerdos y ya, porque no puede ser.

—Mir.

—Hubo muchas cosas que no estuvieron bien, pero esto... —digo y nos señalo—. Tú y yo, eso terminó el mismo día en el que subí al avión rumbo a Kenia.

—Pienso cumplir mi promesa —manifiesta.

Camino huyendo de sus palabras y de los recuerdos que solo nos lastiman, me detiene por el codo cuando paso por su lado, depositando un beso en mi cuello que provoca que mi piel se erice.

—No hago promesas en vano, voy a estar siempre contigo —asevera.

Salgo del vestidor con las pulsaciones del corazón bastante apresuradas, porque muchas veces por más que deseamos disipar el incendio del pasado, siempre quedan algunas llamas que son capaz de avivarlo.

«Y yo quisiera estar siempre contigo, Daniel» pienso, mientras Alice me comenta que los padres de la pequeña están bastante asustados.

5

Mi error

Daniel Wimmer

Ocho años antes

Tres años junto a Miranda y parece que fue ayer que la vi por primera vez en mi cama, creo que nunca he sido tan feliz en mi vida y no puedo negarlo, amo a esa mujer como a nadie. Ella ahora duerme junto a mí, nunca imaginé tener unas vacaciones en mi vida y ahora tengo una semana, para disfrutar de su último descanso de primavera. Anoche tuvimos sexo en diferentes posiciones, ella es capaz de volverme loco de muchas maneras, sin embargo en la cama me convierto en un desquiciado entre sus piernas.

Su espalda nívea salpicada de algunas pecas se destapa cuando se gira, aprovecho la oportunidad para besarla y despertarla, siempre me ha gustado follarla somnolienta. Se remueve cuando siente mis labios y, la electricidad que mi cuerpo percibe retumba en mi pene, sin pensarlo le doy vuelta y acaricio su clítoris, gime, me encanta ese sonido, para mí es como música celestial que inunda todo.

—Daniel —musita con la voz pastosa por el sueño.

—Sí, nena, soy yo —susurro.

Bajo hasta su sexo y dejo un beso en su pubis, cuando la hice mía por primera vez me encantó descubrir que ella es rubia natural, adoraba sentir el roce de su vello recortado contra mis labios, es el mismo cosquilleo que en este momento aprecio.

—Dios —gime abriendo sus hermosos ojos, y quiero perderme en esa mirada para siempre.

La follo tan lento que creo que voy a morirme entre sus piernas, Miranda gime, grita y araña mi espalda muerta de placer. Ella es capaz de darme todo lo que necesito y más, por eso nunca la dejaría, por nada ni por nadie. Estamos descansando y ella juega haciendo círculos en mi pecho, no puedo ser más feliz.

—Feliz aniversario —susurra con voz dulce.

Beso su frente y ella suspira, me muevo para levantarme. Saco su regalo de mi maleta y cuando la miro, siento que estoy perdido, que deseo ver esa sonrisa en sus labios por lo que me resta de vida. Miranda es lo más hermoso

que he visto, con sus ojos de color azul intenso, su cabello rubio como hebras de oro, sus labios mullidos, su piel suave y nevosa, su cuerpo perfecto y sus sentimientos que resaltan su belleza física.

Ella es un ángel.

Mi ángel...

Regreso a la cama y le entrego la cajita, nunca he sido hombre de detalles y creo que todo este tiempo muy poco le he dicho te quiero, sin embargo, viajo casi todos los fines de semanas para compartir una relación con ella.

—Feliz aniversario.

—Lo recordaste —musita sorprendida.

—Recuerdo todo sobre nosotros aunque no lo demuestre.

—Te quiero.

No soy capaz de contestarle y solo la beso, lo hago para que pueda percibir todo el amor que encierra mi corazón. Decirle que la amo me hace sentir débil, nunca supe gestionar mis sentimientos, no puedo, no quiero que ella note que mi única debilidad es ella y que su amor es capaz de destruirme.

Le hago el amor aunque le diga que la follo, acaricio su cuerpo memorizando cada parte, como es su piel en cada rincón. Ella es todo para mí y yo todo para ella, nunca haría nada para perderla, nunca.

En la actualidad

Tomo del pico de la botella directamente, no puedo soportar lo que acabo de descubrir. Fue mi culpa, un maldito error que me ha condenado a cinco años de infelicidad. Ella me vio con Heather, no puedo creerlo.

¡Qué idiota fui!

Aquella fue la primera vez que la engañé y estaba borracho como una cuba, no sé cómo mi sexo respondió para follar a esa mujer. ¡Cristo! Ella vio todo eso y fue incapaz de decirme nada, pensé que me dejó por egoísmo, pero lo hizo porque no fui lo suficientemente hombre para entender que tenía todo y lo tiré por la borda, por alguien que solo quería mi dinero.

Le doy otro sorbo a mi botella de *Jack Daniel's* y trato de recordar aquella noche, no la vi y mucho menos sentí su presencia. No puedo creerlo, no quiero creerlo, todo fue mi culpa.

Conocí a Heather exactamente dos semanas antes de follarla, ella era

todo lo contrario a Miranda y eso me gustó. Esa noche me encontraba en el sitio de moda, sabía que tenía dos noches libres y que podía hacer cualquier cosa.

Tenía miedo porque cada vez mi relación se volvía más seria y no me sentía preparado para asumir los sueños de ella. Miranda quería niños, la casa con la maldita valla de color blanco y el final de cuento de hadas, ¡carajo! Llevábamos seis años perfectos y tenía que dárselo todo, solo que tenía un miedo enorme, creo que simplemente ella era más madura emocionalmente.

Heather llegó y tomamos muchos tragos de vodka, tantos que no recuerdo cómo llegamos a mi Audi R8, tampoco en qué momento atravesamos el vestíbulo de mi edificio y mucho menos cómo terminamos en mi cama, solo sé que cuando se desnudó no pude pensar en otra cosa que no fuera follarla tan fuerte hasta partirla en dos. Morena, ojos oscuros como la noche, cuerpo de reloj de arena y aquella maldita lencería que me mostraba todo lo que iba a comerme.

—Fóllame, Daniel —me exigió, mientras se desabrochaba el sujetador.

No pude contenerme más y me olvidé de Miranda, de todos nuestros planes a futuro y lo feliz que era a su lado. Pensé con mi pene cuando debía pensar con mi cerebro, la follé tantas veces como pude, usé los condones que tenía guardados y disfruté de un sexo salvaje, por un momento me sentí como el Daniel que había dejado de existir.

Cuando desperté en la mañana sentí asco y la resaca me estaba matando, quería morirme y le pedí educadamente que se largara.

Marco el número de mi hermana en el que salta al contestador, siempre hemos sido ella y yo, no tengo amigos, bueno no verdaderos amigos como Miranda. Recuerdo tener el número de Joana y aprieto su nombre, da varios tonos hasta que la escucho.

—¿Sí?

—La perdí —susurro.

—¿Quién es? —pregunta.

—Soy Daniel —contesto.

—A ver ¿y qué voy a hacer? No entiendo para qué llamas, yo no soy tu amiga —me recuerda.

—No sabía que me vio con Heather, todas las veces que me insultaste, nunca lo mencionaste.

—Eso es algo entre tú y Miranda, puedo defender a mi amiga, sin embargo, ella no quiso contarte, algo que no apruebo, porque eres un maldito

troglodita.

—La amo —confieso.

—Tarde —resopla y sé que estoy fastidiándola, aunque no tengo nadie más con quién hablarlo—. Te lo diré así, creo que es bastante tarde para que intentes enmendar todas las cagadas que te mandaste en seis años. Mi consejo si es lo que deseas, es que des un paso a un lado, ya que Miranda es feliz y gracias a Dios, encontró a alguien que la ama.

—Ya veo que me odias —le aseguro y vuelvo a beber.

—No, no te odio y ahora creo que me das lástima, que un hombre de treinta y dos años dañe una relación de seis años, vaya a saber por qué razones, no lo entiendo y creo que lo mejor que le pudo suceder a Miranda fue eso. Mira, nunca fuiste santo de mi devoción, pues eras capaz de consumirla y ella no se daba cuenta, estaba muy enamorada y no veía que simplemente no la querías como se merecía.

—Joana, voy a recuperarla.

—Te deseo suerte, pero mientras no me llames nunca más.

Cuelga la llamada y creo que me han dado más razones para luchar, para emendar mis errores y recuperar a la única persona en el mundo que me hace sentir vivo y que valgo la pena.

6

Me cambiaste la vida

Aiden siempre trata de hacer mágicos los momentos que podemos pasar juntos, nunca olvidaré como llegó a mi vida iluminando cada espacio que había perdido la luz, llenó de color el oscuro pasado y dio matices a todo a mi alrededor. Parecía que estaba viviendo el sueño perfecto, me hizo creer de nuevo en el amor y poco a poco fue disipando mis dudas, alejando mis miedos y haciendo que me enamora de él.

Por eso cuando hacemos tareas tan simples como cocinar, normalmente lo hace él, porque sin mentirles, apenas sé freír un huevo. Me quedo mirándolo mientras me habla y me hechiza con su sonrisa casi perfecta, porque uno de sus dientes está encima de otro, por lo demás Aiden es muy guapo. Su cara es cuadrada y su mentón prominente siempre está salteado de una barba descuidada, que cuando se la afeita lo hace parecer un poco más joven, su cabello es negro y lacio, y sus ojos son de color verde intenso, parece que dos piedras de jade brillaran cada vez que me observan. Su cuerpo es atlético y es que hace rutinas de ejercicios funcionales para mantenerse en forma, cuando camina lo hace con la elegancia y la seguridad, que le dio estudiar en uno de los internados más famosos del mundo.

Aiden Thomas Hall llegó a Médicos Sin Fronteras movido por el sueño de intentar hacer un mundo mejor, porque desde hace años hay muchas personas con el pensamiento idílico de la paz mundial y que si todos sumamos un granito de arena podremos lograrlo, cuando llegó al hospital en el cual estaba trabajando en Etiopía, creí enamorarme de aquel hombre que hablaba con una seguridad aplastante y que me hipnotizó con sus conocimientos, pues no en balde él tenía ya dos años de experiencia en aquellos pueblos que parecen ser olvidados por Dios. Me conquistó desde el primer momento y cuando le confesé que no me sentía capaz de amar, fue paciente hasta lograr conquistarme.

Han transcurrido dos largos años y aún tengo miedo, de que algún día se dé cuenta de que muy en el fondo no he podido olvidar a Daniel.

—Miranda —me llama, trayéndome a la realidad.

Sonríó y él me corresponde, esa sonrisa es la única capaz de sosegar a mi pobre corazón.

—¿Te sucede algo? —me pregunta preocupado, mientras me sirve una copa de vino.

Así con un vaquero desgastado, una camiseta negra cuello en uve y descalzo parece perfecto; perfecto para amarlo, para toda la vida si es necesario. Exhalo un poco cansada y sonrío.

—Lo de siempre, puedo ser la mejor cirujana del mundo y no puedo salvar a todos —le digo y por dentro sé que miento.

—A todos nos sucede igual —replica esbozando una sonrisa, cuando deja la cuchara de madera en el mesón y se acerca para darme un pico—. Extraño estos momentos así.

—Lo sé, yo igual —le aseguro y esta vez no miento, porque estar en la seguridad de nuestro hogar me hace sentir protegida—. ¿No te parece que ha pasado el tiempo volando?

—¿En qué sentido? —inquire con una sonrisa.

—Desde que nos conocimos.

—No puedo olvidarlo —afirma—. Estaba hablando con Alberto Rodríguez sobre un caso y estabas jugando con una niña, tu cabello rubio sobresalía de tu gorro de cirugía y el oso Teddy estaba haciendo de las suyas.

—No recuerdo eso —le contesto riendo.

—Te vi mucho antes, solo que tuve miedo en acercarme al ángel que hacía sonreír a una pequeña.

—Aiden.

Se acerca y deja un beso en mi coronilla, no puedo creer que a veces tenga dudas sobre esto y viene con sus palabras a disiparlas.

—Te amo, Miranda.

Él es el único que me llama por mi nombre completo, nunca lo corta pues dice que es hermoso saborear cada sílaba cuando lo pronuncia.

—Te amo, Aiden.

Me abraza tan fuerte que creo que él percibe mi miedo y hasta mis dudas. Levanta mi rostro con uno de sus dedos y me dice:

—Tus brazos son el lugar perfecto para estar —declara, dejando un beso en la punta de mi nariz—. Te extrañé estos días que estuvimos lejos.

—Ya quiero estar juntos de nuevo en un hospital —manifiesto con voz dulce y pongo mi mano en su pecho, miro el anillo de compromiso que brilla—. Y hacer el amor en el cuarto de residentes.

Suelta una carcajada cuando escucha esas palabras, pues muchas veces nos descubrieron haciéndolo mientras compartíamos las guardias. Muerdo mi labio porque en sus brazos me siento amada, pues él fue capaz de coser todas las heridas de mi corazón y es que al lado de Aiden es tan sencillo hacer las

cosas bien.

—Los espaguetis —exclama, y me suelta para ir a escurrirlos—. Mis padres están emocionados por volar para nuestra boda.

Sonrío. Ojalá mis padres estuvieran igual de emocionados.

—Sabes que los míos son especiales —le comento alzando mis hombros—. Espero que no cometamos los mismos errores.

—Miranda, sé que ser hija de Mark Evans es difícil, sin embargo debes estar orgullosa de tu padre.

—Lo estoy, pero creo que fui un error en los cálculos de mi madre —le expreso incómoda—. Soy la única hija de los ganadores de un Premio Albany y de otros tantos de importancia, ¿te imaginas que algún día ganen un Nobel?

—Vale, te entiendo. Cualquiera se intimidaría, pero desde que estoy contigo he visto a tus padres dos veces y no parecen ansiosos por vernos juntos.

Siento que se me hace un nudo en la garganta, ¿cómo explicarle al hombre que hace todo lo posible para hacerme feliz que mis padres desean que me case con otra persona y no es él? Que Daniel llegara a mi vida fue lo mejor para ellos, tenían a alguien con quién dejarme protegida, la casualidad más linda de mi vida se convirtió para ellos en un arreglo comercial y cuando tomé aquel avión nunca me lo perdonaron.

—Aiden, sabes que...

—Lo sé, entiendo que antes de mí hay un pasado con un nombre —me interrumpe—, sin embargo ellos tienen que aceptar que tú decidiste rehacer tu vida. —Sonríe—. No puedo entender que en pleno siglo veintiuno sucedan cosas así y menos en dos personas de ciencia como ellos.

—Te entiendo.

—¿Me amas? —me pregunta, y muchas veces hace esta pregunta como si tuviera miedo que algún día le vaya a responder que no.

—Te amo, Aiden. —Suspiro—. Fuiste capaz de cambiar mi vida y de curar mi corazón, eres el ser más paciente que conozco y sé que a veces parece que dudo de nuestro amor, aunque esto es tan complicado que a veces prefiero tomar un bisturí y huir.

Suelta una carcajada.

—Sé que te da miedo que te engañe, no obstante si caminamos en el mismo sentido y no nos ocultamos nada, podremos lograrlo —afirma rotundo. Sirve mi plato y lo pone frente a mí—. Come, que estoy seguro que ayer casi no lo hiciste.

—Aiden —musito su nombre, al tiempo que respiro hondo tomando el valor para confesarle—: Ayer vi a Daniel.

Él se queda mirándome con la cuchara suspendida sobre su plato, sé que la salsa boloñesa que ha preparado va a enfriarse.

—Di algo —le pido, cuando veo que pone el plato en el mesón y traga fuerte.

—¿Sucedió algo que deba enterarme? —inquieta con cierto retén en su tono de voz.

—Nada —miento—, pero creo que va a iniciar el juego del gato y ratón, por eso quiero que sepas que estoy segura de lo que siento por ti.

—¿Segura?

—Lo estoy, no voy a perder esto por algo que sé que no tiene futuro.

Aiden exhala aliviado y se acerca para besarme, aunque este no es de sus besos suaves, más bien es uno que trata de transmitir el miedo que siente por la posibilidad de perderme, su lengua entra tímida y la recibo chupándola para luego acariciarla con la mía. Sus manos me acarician con las ansias de calentar mi piel, me alza por mis axilas y me levanta del taburete. Escucho el plato caerse cuando me sube al mesón, sus manos suben la falda de mi vestido, para llegar a mi tanga y correrla para introducir sus dedos en mi vagina.

Gimo.

—Te necesito —musita contra mis labios.

—Tómame —le pido.

Me quita con azoro el vestido y respira brusco, cuando observa el conjunto de La Perla que llevo puesto.

—Nunca me acostumbraré a la visión tan hermosa de tu cuerpo —me asegura con voz ronca.

Me sonrojo cuando se quita la camiseta y se desabotona su pantalón, su pene se alza orgulloso y mis manos salen disparadas a acariciarlo como sé que le gusta. Subo y bajo con seguridad, me encanta sentir que tiembla en mis manos, por eso cuando gime me bajo con solo un pensamiento en la mente, tenerlo en mi boca.

Su glande brilla por el líquido preseminal y paso mi lengua barriendo, dice algo inentendible y yo lo introduzco en mi boca. Lo trago completo y luego lo voy sacando lentamente, atenta a lo que puede sentir me quedo mirándolo y sus ojos azules se oscurecen por el deseo, me toma de cabello para violarme con violencia la boca y yo lo dejo, mientras siento como mis propios fluidos mojan mis muslos. Sale de mí con la urgencia de estar en el

único lugar que puede calmar sus miedos. Me alza y me gira para que ponga mis manos en el mesón, me hace recostar mi torso y baja mi tanga.

—Agárrate fuerte —me ordena.

Obedezco y cuando me penetra jadeo, él se queda quieto mientras me acostumbro y es que siempre es lo mismo, su pene me llena de tal forma que debemos aguardar un poco para que pueda hacerme sentir, comienza sus embestidas fuertes y solo se escuchan jadeos y gemidos, siento que el aire se ha puesto un poco más denso al tiempo que me toma así. Tengo que estar en puntillas y el frío del mármol hace que mis pezones estén erectos, llevamos unos minutos cuando sale y me voltea de nuevo, para subirme a la orilla del mesón y penetrarme.

—Te amo —gime mordiendo mis labios.

—Te amo —jadeo.

Sus arremetidas me llevan varias veces al orgasmo y cuando se derrama dentro de mí, me clava su frente en el pecho. Me abrazo a él cerrando los ojos, porque estar entre sus brazos me hace sentir segura.

—Eres mi vida —me asegura saliendo de mí, y yo gimo.

—Y tú la mía.

Aiden me besa como si se le fuera la vida, porque con sus besos soy capaz de olvidar que Daniel ha regresado.

Son las cuatro de la tarde y afuera llueve con mucha intensidad, por nuestra ventana se cuele una luz lúgubre, mientras Aiden juega con mis manos haciendo sombras en el techo.

—Aiden —lo llamo.

—No digas nada —me pide.

—Sé que te duele pensar que puedo escogerlo a él, pero puedo asegurarte que no voy a hacerlo.

—Lo sé, no soy un hombre celoso. —Se queda callado.

—Solo mencionar su nombre te llena de celos —termino por él.

—Lo siento —se disculpa y se gira para abrazarme.

Nos quedamos compartiendo miradas en silencio, porque muchas veces podemos decir tanto en silencio.

—Cuando te conocí me preguntaba cómo podía amarte, cuando tenía miedo a hacerlo —le confieso—, sin embargo poco a poco te metiste en mi

vida y mi alma, fuiste capaz de coser las heridas de mi corazón como un cirujano plástico, pues no dejaste cicatrices visibles.

—Y yo solo deseaba que me miraras.

—Poco a poco me fui enamorando de ti, de tu bondad, de tu paciencia y de tu nobleza. —digo acariciando su mejilla con mi mano, y la atrapa para besarla—. Estoy enamorada de ti, Aiden, porque tu amor fue capaz de sanarme y que me ames, me hace bien.

—¿Tienes dudas? —me pregunta con miedo.

—¿De nuestro amor? —inquiero.

—Sí, lo nuestro. ¿Te da miedo?

—No, porque no esperaba enamorarme de ti. —Sonríó—. Cuando comenzamos a salir, no cree expectativas, solo fui yo y cada día me sorprendías. Curaste mis heridas y fuiste capaz de volver a hacerme feliz.

—¿Y con él? —me interroga.

—Aiden, no voy a compararlos.

—No es compararnos —me asegura—, quiero saber cómo fue con él.

—Daniel me enseñó el significado de la palabra dolor, aunque me aferré a un amor que me daban a medias —confieso y aclaro mi voz—. Yo sabía que no era para mí, pero luché con uñas y dientes por retenerlo.

—¿Aún sientes algo por él?

—Trato de acordarme de los buenos momentos, sin embargo fui ingenua al pensar que podía amarme intensamente, Daniel es como un huracán que destruye todo a su paso y yo me expuse a él por voluntad propia, ¿amarlo? No, estoy segura que de eso no queda nada, pero fue parte de mi vida y gracias a él pude madurar.

—No quiero que se acerque a ti, sabía que esto podía suceder —afirma, y suspira cansado—. No es inseguridad, solo que tengo miedo a perderte.

No puedo imaginarme la vida sin Aiden, creo que los dos nos hemos acostumbrado a estar juntos y que estar lejos significaría algo doloroso.

—No voy a lastimarte, Aiden, siempre he sido sincera y por eso te conté que lo vi. —Respiro hondo—. Conozco a Daniel, creo que soy de las pocas personas aparte de Mandy que lo conoce bien y sé que le va a costar aceptar que he vuelto, y no es por él. Estoy de regreso y va a tener que verme cada vez que tenga que ir al hospital.

—No quiero que se acerque a ti.

—Eso no puedo evitarlo, sin embargo trataré en lo posible que sea solo para asuntos administrativos. —Le doy un beso—. Te amo, Aiden.

—Y yo también, te amo.

—Cambiate mi vida, lo creas o no soy feliz a tu lado y no voy a alejarme de ti. —Suspiro—. Seattle siempre fue mi sueño, mis padres comenzaron aquí y quiero demostrar que puedo ser tan buena como ellos.

—Lo eres, Miranda —me asegura.

—¿Eres feliz?

—Cuando aprendí a ser feliz con las personas que sí están a mi lado, me dejaron de doler las ausencias y todo lo demás.

—Yo quiero todo contigo —me asegura—, me imagino siendo los Meredith y Derek de la vida real.

—No puedo creer que veas *Anatomía de Grey* —me burlo.

—Es la mejor serie del mundo —afirma haciéndome cosquillas.

Estos son los momentos que me hace recordar que escogí bien, porque subí en el avión pensando que en mi mundo había un muro enorme, y que no sabía a lo que podría enfrentarme. Lo que percibí la primera vez que me cruce con Aiden fue algo brutal, me imaginé que podía enamorarme de nuevo, porque su amor llegó como un borrador para hacer desaparecer los malos recuerdos y los miedos, después de sentirme dividida me di cuenta que solo tenía miedo a enamorarme.

Son los pequeños momentos los que hacen que una relación se construya, las risas, las discusiones y hasta el sexo. Todo cimenta lo que deseamos, porque nada es perfecto y menos nadie, ya que él tiene millones de imperfecciones que lo hacen perfecto para mí, pues los dos hemos aprendido a compaginar todo para poder amarnos.

No es el amor perfecto, a causa de que tengo miedo de que la tormenta que se acerca pueda lograr su cometido. Muchas veces nos empeñamos en encontrar en alguien lo que buscamos, pero cuando lo encontramos nos dedicamos a perderlo sin darnos cuenta de que lo hacemos. No quiero que esto me suceda con Aiden, ya que no quiero ser cobarde para afrontar que he encontrado el amor de mi vida en los brazos de un hombre amable, bondadoso, pasional y paciente, que él solo desea amarme sin razón, ya que la única que vale es que lo siente tan profundo.

—Vamos a adelantar la boda —me propone. Suelto una carcajada.

—¿Estás loco?

—Sé que deseas una linda boda en verano y que estamos por iniciar un frío invierno, sin embargo desde que te conocí vivo en una eterna primavera o el mejor de los veranos.

—Aiden...

—Solo tú y yo en el ayuntamiento, no quiero lujos o todo lo que a nuestros padres le gustaría. —Lleva un mechón de mi cabello hacia atrás—. Cásate conmigo.

—¿Estás seguro?

—Nunca lo he estado más.

Asiento moviendo la cabeza y me besa con tanta pasión, que me desarma entre sus brazos. Hacemos el amor en silencio mientras la lluvia golpea nuestra ventana. Me hace promesas de amor eterno y estoy segura que él sería capaz de cumplirlas.

Estrategias Vs realidad

Cuando conocí a Emmy en el hospital, surgió entre nosotras una conexión extraña. Esta pequeña ha conquistado mi corazón y días como hoy me hace querer creer, que existe un ser supremo que pueda curarla con un milagro. Ella llora con desconsuelo en los brazos de su madre Alice, cuando le comunica que no puede volver a la escuela y que debemos hacerle más exámenes.

—Me traicionó —me grita provocando que cierre los ojos.

Me acerco con cuidado y trato de mantener los sentimientos a raya, no debemos involucrarnos con los pacientes, sin embargo con Emmy no he podido evitarlo.

—Lo siento —murmuro arrepentida—, pero trato de salvarte la vida.

«Estoy intentando que puedas vivir un poco más», digo en silencio en mi mente con el corazón roto. Los padres me han rogado que salve a su pequeña, pude recitarle miles de estudios que podrían salvar a su hija, pero en el fondo sé que solo un milagro lo haría.

He aquí el gran fracaso de la medicina, quién consiga la cura para el cáncer se hará con un poder inimaginable y es que en el peor de los casos, luego de remisiones exitosas siempre está la probabilidad de que vuelva con mayor fuerza.

—Emmy, escúchame —le pido, y la niña gira su rostro rojo por la rabia y dolor.

—Mentirosa —me dice formando un puchero con sus labios.

Su padre se levanta para darme espacio y dejar que me siente en la cama, hace días contacté a la fundación sin fines de lucro *Make a Wish*, ella sueña con ir a *Disneyland* y conocer a las princesas, sin embargo sus padres han gastado todo el dinero en su recuperación. Emmy sufrió a los dos años una leucemia y luego de un trasplante exitoso el cáncer ha vuelto de manera agresiva.

—Tengo una sorpresa para ti —le aseguro con voz emocionada.

Abre sus ojitos y a pesar de eso me mira con desconfianza, los niños lo crean o no, saben cuándo les mentimos y cuándo no.

—Irás a conocer a las princesas —le informo y ella sonrío por primera vez en días.

Le muestro a Teddy y juego con ella hasta que se convence, que en pocos días viajará a Florida a conocer a todos los príncipes y princesas. Le confieso

que desde pequeña mi favorita fue Ariel, porque fue valiente para enfrentar a Ursula y que ella debe imitarla. Al salir de la habitación siento que me ahogo por las ganas inmensas que siento de llorar.

Leo todas las evoluciones del piso de cirugía y hago anotaciones en las que han olvidado poner su evolución. Me quedo por unos segundos con Teddy en mis manos. Nunca me imaginé, que después de tantos años estaría como jefa de cirugía en el mismo hospital en donde mi padre comenzó su carrera. Siempre que puedo recuerdo sus palabras, cuando una noche después de una guardia de setenta y dos horas lloré en silencio frustrada por la muerte de un pequeño. Me explicó que la medicina era una serie de estrategias que pretendían salvar la vida de una persona, no obstante, muchas de ellas fracasaban ante la realidad que presentaba el paciente.

Cuando decidí operar a Emmy pretendía salvarla y con eso lograr que ella pudiera vivir una vida normal lejos de los hospitales, cuando abrí y vi la mayoría de sus órganos, supe de inmediato que ya no queda nada por hacer, hice los estudios que arrojaron lo que ya sabía. Todas mis estrategias para darle una mejor calidad de vida me llevaron a la realidad y me di cuenta de que no podía hacer nada, entonces busqué una forma para que al menos el tiempo que le quedaba en esta tierra ella pudiera cumplir sus sueños.

—Doctora —me llama Alice.

—Dime —le contesto con la mirada fija en un TAC de abdomen.

—¿Cómo lo supo? —me pregunta.

Alzo mi rostro sin entender su pregunta y ella observa a todos lados con actitud nerviosa, sé que es de las pocas que realmente quiere trabajar en cirugía pediátrica.

—¿A qué te refieres?

—Sobre Emmy. —Sonríe alterada—. Cuando usted decidió que no había nada que hacer, ¿cómo supo que era metástasis?

—Sus órganos —digo haciendo una mueca—. Cuando ves anatomía patológica te enseñan a diferenciar entre uno sano y el que no lo está, ¿cierto?

—Sí, pero usted apenas movió los intestinos lo supo —replicó alzando sus hombros—. No me dio tiempo para aprender.

Asiento y sonrío dándole la razón, lo cierto es que cuando suceden ese tipo de cosas tiendo a frustrarme profesionalmente, nunca un doctor quiere perder a un paciente, jamás.

—Lo siento, debí indicarte que era lo que sucedía y sin embargo, no lo hice.

—No le estoy reclamando —me dice apenada—, solo que sigo el caso de Emmy desde su ingreso y me sentí excluida, porque usted decidió operar.

—Normalmente sucederá así, puedo orientarte en el caso y hasta dejarte tareas en la que puedas aprender de tus errores, puedo cederte una apendicectomía y te puedo apostar que estarás tan nerviosa que no atinarás.

—Eso es injusto.

—Todos pasamos por lo mismo y no te niego que eres una de las mejores en el área, pero la decisión de una cirugía exploratoria fue con la esperanza de no encontrar órganos afectados por el cáncer, ver qué podíamos hacer por una niña que ha pasado el ochenta por ciento de su vida en un hospital y que no ha disfrutado de una infancia feliz, lo que tú o yo sí pudimos hacer.

—Lo siento, no quise reclamarle —se disculpa apenada.

—Nunca más cuestiones una de mis decisiones, lo creas o no cerrar a Emmy ha sido un duro golpe para mí. —Suspiro—. Estudié medicina para salvar todas la vidas que pueda, pero te puedo asegurar que casos como estos, rompen mi corazón.

Me levanto cuando escucho que la doctora Bianco me solicita en el área de neonatología, le dejo la tarea de supervisar que Emmy ingiera alimentos, ya que de su pequeña recuperación depende su viaje a Orlando.

Vaya día y apenas comienza.

Cuando el día lo comienzas con el pie izquierdo, no pongas en duda que seguirá así hasta que termine. Los residentes cuando quieren pueden ser de gran ayuda o joderte los planes, hay unos que por sus ansias de ser los mejores son capaces hasta de cometer los errores más inverosímiles, y lo digo porque fui una que creyó que podía comerse el mundo.

Han transcurrido dieciocho horas de mi guardia de veinticuatro, he entrado a quirófano tantas veces como me lo han permitido y he salido airosa, sin embargo, cuando bajo a la emergencia y me encuentro a dos de los residentes discutiendo por un caso, pongo los ojos en blanco y decido tomar al toro por los cuernos para poder hacer lo único que nos interesa. El bienestar del paciente.

—¿Sucede algo?

Alice y Juan se giran asustados cuando escuchan mi tono de voz, estoy un poco molesta ya que nada de lo que les he ordenado hacer en el día ha tenido

el desempeño óptimo que busco.

—Tenemos dudas en cuanto a un caso —susurra con voz asustada Alice.

Alzo mi ceja y los animo con mi mano a que alguno de los dos me cuente qué es lo que sucede, porque no solo discutían, sino que lo hacían gritándose el uno al otro.

—¿Alguno me dará la historia o el diagnóstico o tengo que hacerlo yo? —inquiero irritada.

—Se trata de una paciente de doce años que ha acudido presentando dolor en la zona de la ingle, por lo cual luego de realizarle el examen físico he concluido que es una hernia inguinal que está estrangulándose —contesta Juan García, un residente de ascendencia latina que ha sido traslado desde del hospital general.

—¿Alice?

—La paciente llegó con un cuadro febril y vómitos, el dolor es reflejado en la parte inguinal derecha lo cual podría ser una apendicitis y no una hernia —me explica, y yo asiento.

—¿Estudios?

—Se hizo la extracción de sangre para los análisis correspondientes y estoy esperando que el ecografista llegue para realizar un ultrasonido.

Exhalo cansada.

—Busca el aparato para hacerlo ya mismo —le ordeno.

Juan sale corriendo, mientras me acerco a la chica que me observa con ojos asustadizos. Sonrío.

—Soy la doctora Clark, voy a revisarte y realizarte un ultrasonido para poder ayudarte. —Ella asiente—. ¿Cómo te llamas?

—Ella.

—Muy bien, Ella, voy a subir tu pierna derecha y luego soltarla en su posición original. —Ella asiente de nuevo—. Debes decirme si duele.

—Vale...

La hago acostarse derecha y luego tomo su pierna, la doblo hasta que llevo su rodilla tan alto como puedo y luego la bajo dejándola caer. Ella suelta un sollozo y ya puedo intuir de que se trata.

—¿Duele? —le pregunto repitiendo el procedimiento.

—Sí.

—Vale, ya está. Ahora cuéntame desde cuándo tienes fiebres y vómitos.

La madre se acerca y yo sonrío, cuando Juan llega con el equipo de

ultrasonido portátil estoy segura de que no voy a necesitarlo.

—Anoche —susurra la señora—, tuvo un dolor muy fuerte y comenzó de repente, pensé que era algo que comió, pero cuando los vómitos y la fiebre aparecieron pensé que no era normal.

—Hizo bien —le aseguro.

Tomo el gel inductor y hago la primera toma, la niña se queja y sonrío tratando de calmarla. Le señalo a Juan y le indico que la niña no tiene hernia inguinal como pensaba.

—¿Ya está menstruando? —le pregunto a la madre.

La niña se sonroja y la señora asiente. Sigo con mi exploración, descarto algún quiste ovárico y no encuentro nada. Les voy señalando a los residentes, cuando me acerco a la apéndice me asusto al ver su tamaño, por lo cual debo intuir que debe tener un poco más de setenta y dos horas de evolución.

—Soliciten el quirófano —les ordeno—. Doctora Hill usted será la encargada de hacer el procedimiento y yo la asistiré.

—¡Pero es mi paciente! —me reclama Juan.

Lo fulmino con la mirada y él se va molesto. Hablo con la madre y le indico que es un procedimiento rutinario, que luego observaremos la evolución de la niña con los antibióticos. Cuando llego a lavarme encuentro a Alice que respira hondo varias veces, sé lo que se siente al estar en tu primera cirugía y ella me ha demostrado ser merecedora de esta oportunidad. Toco las llaves para mojar me las manos y comenzar a higienizarme.

—¿Tienes miedo? —le pregunto.

—Bastante —acepta, mientras pasa el cepillo por sus uñas.

Sonrío y es que puedo operar miles de veces y aun así sentir el mismo temor al entrar a un quirófano.

—Quiero advertirte que debes tener cuidado, estoy segura que son más días de lo que ellas no han comentado. —Ella vuelve su rostro—. No debes estar nerviosa, porque cualquier error podría significar...

—Lo sé —me interrumpe—. Mi única estrategia es salvar a la paciente.

Eso me hace esbozar una sonrisa.

—Entonces manos a la obra.

Terminamos y entramos juntas, Alice toma el bisturí con miedo y yo le doy palabras de ánimo para que pueda hacer el primer corte con

confianza. Durante el procedimiento la asisto y le voy indicando lo que debe hacer, cuando termina levanta su mirada y sé que debajo del tapabocas sonrío emocionada. Antes de cerrar le pido a la instrumentista que cuente las gasas e instrumentos que usamos y al estar seguros de que no falta nada, le permito cerrar a la chica.

Cuando está llenando la historia me acerco, porque Juan está a su lado haciendo lo mismo. Los dos se quedan sumergidos en lo suyo.

—La próxima vez que alguno de los dos se pelee por un paciente —comento, y ambos levantan sus miradas asustados— voy a amonestarlos y dejar constancia en su expediente administrativo, mientras perdían el tiempo puedo romperse el apéndice y causar una peritonitis, lo cual podía poner en riesgo al paciente. Cuando tengan dudas su deber es llamar al cirujano de guardia, porque por ahora su obligación es asistirnos.

—Pero... —Juan trata de hablar y lo detengo.

—En la medicina no hay peros que valgan, así que sea la primera y la última vez. ¿Entendido?

Los dos asienten y yo me voy a la habitación a dormir unas cuantas horas, cuando pego la cabeza de la almohada mis ojos se cierran, sueño con castillos, calabozos y príncipes encantados.

No le eres fiel con el corazón

Los días pueden transcurrir tranquilos o como en un torbellino de emergencias, pacientes y hasta de ideas locas como fugarme con Aiden a Las Vegas y casarnos. Joana y yo nos vimos en varias ocasiones en las cuales muchas veces quise preguntarle las razones, por las cuales nunca me comentó que Daniel se había divorciado, pero sacaba rápido de la mente esa idea cuando llegaba a la conclusión de que era una pérdida de tiempo.

¿Alguna vez han tratado de sacarse a alguien del corazón?

Muchas veces decimos que olvidamos a las personas que alguna vez amamos, aunque en el fondo siempre estarán con nosotros. Les seré sincera al decirles que la razón es que no lo hemos perdonado. Lo sé, muchas veces creemos que somos capaces de hacerlo y sucede que otras tantas no lo hacemos. Yo le entregué mi corazón a Daniel y él lo rompió en miles de pedazos, porque mientras me desvivía en ser perfecta para él, simplemente a él no le interesaba verlo y fue la suma de sus acciones, las que me hicieron ver lo equivocada que estaba al pensar que podía ser el hombre con el cual iba a compartir mi vida.

Muchas veces es mejor dar un paso atrás y retirarse, soltar la mano de esa persona y seguir tu camino. Lo hice y creo que encontré lo que tanto buscaba, sin embargo, cada vez que lo tengo frente a mí quiero salir corriendo y huir de los sentimientos que creí olvidados en aquel cajón, que dejé cerrado con llave en mi corazón.

La doctora Bianco habla sobre los beneficios económicos que traerá esta nueva sala de cuidados intensivos para neonatos y escucho en silencio, mientras ella trata de convencerlo que su donación será significativa. Trato de mantener el hilo de la conversación, solo que no puedo dejar de mirarlo de soslayo. Las facciones de su rostro se han endurecido con el pasar de los años, en la comisura de sus ojos se ven los surcos de unas pequeñas arrugas, pero aún frunce su frente cuando está concentrado y muerde su dedo índice al escuchar, siempre ha colocado sus manos a la altura de su boca y en un movimiento casi imperceptible lo hace, uno de sus tantos defectos como él decía.

Hoy, lleva un traje sastre hecho a medida, me imagino que acarrear con las obligaciones de la corporación de su padre le exige vestirse de esa forma, sin embargo sé que es feliz con unos vaqueros desgastados, camisetas,

cazadoras de cuero y botas para desafiar la velocidad en su motocicleta.

¿Tendrá una nueva Ducati? Quizás tenga varias, e incluso hasta la Honda en la cual muchas veces me folló. Me remuevo incómoda cuando los recuerdos me azotan y hacen que me humedezca.

—La doctora Clark me ayudará en la planificación, ¿cierto, Miranda? — me pregunta. Como siempre me traen a la realidad y Daniel sonrío al darse cuenta que lo miraba.

—Sí, estoy hablando con unos colegas y tener tecnología de punta en cuanto a incubadoras es primordial, las primeras horas y cuidados del neonato son primordiales para prevenir su mortalidad.

—Me gustaría que la doctora Evans lleve la parte administrativa —nos comunica Daniel.

Quiero calcinarlo con la mirada pues sabe que nunca he usado el apellido de mi padre, la doctora Bianco sabe muy bien de quién soy hija y ha respetado mi decisión.

—Miranda —me llama Alessandra y yo sonrío—. ¿Estás de acuerdo?

—Estaría encantada, pero neonatología no es mi área y creo que podemos encontrar una persona acorde para el puesto.

—Por ahora no puedo contratar a nadie más —me contesta y hace una mueca—. Pero me encantaría contar con tu ayuda, además podríamos hacer un convenio con Médicos Sin Fronteras.

—¿Qué tipo de convenio? —inquire irritado Daniel.

—Podríamos traer casos que sean un desafío en países subdesarrollados —le responde Alessandra, provocando una emoción dentro de mi ser que piense en eso—. Trabajar con una organización de la talla de Médicos Sin Fronteras nos podría colocar como unos de los hospitales más importantes del país.

—Entonces esa es mi única condición —nos advierte Daniel que se levanta fastidiado.

Alessandra me observa contrariada y no sé qué hacer o decir, aunque trato por todo los medios que no se note mi nerviosismo. Sé que Daniel está presionando para poder acercarse a mí, en ese momento llaman a la doctora Bianco por teléfono y luego de colgar nos indica que debe atender una emergencia, por lo cual nos quedamos solos y me encarga para que le comunique lo que decidamos. Cuando ella sale, me quedo mirando un cuadro que posee detrás de su escritorio, sé que él está revoloteando por la oficina y que simplemente espera el momento exacto para atacarme o decir algo que me

saque de mis casillas.

—Mir —me llama con voz dulce.

Me levanto para enfrentarlo y cuando choco con sus ojos me paralizó, brillan como nunca lo han hecho y puedo percatarme de la determinación de su rostro.

—Por favor, no ahora... —le ruego.

—Te amo —musita y esconde su mirada.

Aquí está Daniel, el que no puede manejar sus emociones y les juro que traté de quedarme a su lado a pesar de su engaño.

—Me voy a ir —le advierto.

Hago el intento de escaparme, pero me atrapa entre sus brazos y la puerta. Hunde su nariz en mi cabello y me dice:

—Sigues oliendo igual —murmura y el olor a *Armani Code* me recuerda las veces que me ponía sus camisas—. Debería soltar tu mano y así los dos poder seguir nuestros caminos, porque desde que perdí tu amor no soy feliz y todo fue por un simple descuido.

—Calla —le pido.

—Contigo conocí el cielo y lancé todo al vacío, no puedo borrarte de mis labios o de mi piel. —Respira cansado—. Me lastima verte y sentir así, tan lejana y difícil de alcanzar.

—Daniel...

—¿Cuándo te toca sientes lo mismo que conmigo? —Acaricia mi brazo desnudo y mi piel se eriza—. Sí, aún soy capaz de erizarte con tan solo un toque. —Quita mi cabello y deja un beso en la parte de atrás de mi oreja—. Te estás engañando, porque sigues siendo mía y solo mía, mi amor.

Me giro y trato de enfrentarlo, sin embargo como siempre que estoy frente a Daniel mis piernas desfallecen y él me sostiene por la cintura. Acaricia mi nariz con la suya y su lengua dibuja mis labios, cierro los ojos dejándome sentir un momento de debilidad.

—Por favor, no —le ruego.

—Él es un perdedor que nunca te hará sentir igual que yo —me asegura.

—Aiden curó mis heridas —le digo y en un arrebato de sentido común lo empujo.

Daniel sonríe.

—Estás con él porque te hace sentir segura, porque es más cómodo tener a alguien que te sostenga, pero sabes que me amas y que lo engañas.

—¡Mentira! ¡Mientes! —le grito con voz ahogada.

Quiero llorar, sin embargo, me contengo porque él me enseñó que llorar es un acto de debilidad. Daniel no era la persona que creía, que quería o necesitaba y todo el dolor que conocí a su lado fue algo que logré sola.

—Recuperé lo que era y lo que soy, porque cuando me fui de tu vida estaba perdida —replico y él se queda mirándome en silencio—. Siempre me hacías daño y cuando te dabas cuenta, tratabas de enmendarlo y solo me dabas migajas, cuando merecía todo.

—Lo sé, perdóname y por eso te pido que regreses a mí.

—Y ahora llegas queriendo volver, pero resulta que estoy mejor sin ti.

Se acerca de nuevo y feroz me atrapa entre sus brazos, lucho para soltarme y poner distancia, a pesar de mis intentos logra someterme tomándome por el cabello. Sus ojos me observan con el desafío de tenerme de nuevo entre sus brazos, y sus labios se lanzan famélicos sobre los míos, me come la boca y su lengua me invade con la dureza que lo caracteriza. Me resisto tratando de alejarlo, aunque los recuerdos de las noches compartidas y de los momentos que vivimos juntos me hacen flaquear de nuevo. Gimo cuando siento que me humedezco, él sigue besándome como si estuviera hambriento y sus manos ansiosas comienzan un vaivén en mi espalda que me hace estremecer. Cuando rompe el beso siento que mis mejillas hierven, pega su frente a la mía y niega mientras calma su respiración.

—Yo no me atrevía a volar por ti —le confieso—, deseaba solo complacerte y todas tus mentiras eran mi realidad.

—Nena, te extraño.

—Sin ti, soy libre y soy todo lo que quiero.

Lleva sus manos a mis mejillas y las sostiene para obligarme a mirarlo, sé que es un intento que pueda caer en sus redes, lo conozco como a nadie.

—Te estás condenando a una vida sin amor, prefieres conformarte con una seguridad que no te hace feliz.

—No.

—Te amo, Miranda, te amo y duele que me digas esto.

—¿Siempre será así? —le pregunto con la voz rota.

Daniel me suelta y pasa frustrado sus manos por su cabello, el fracaso de sus acciones hace que resople, por eso estoy segura que se debate entre gritarme o llevarme a un cuarto de hotel para hacerme entrar en razón.

—Me fui porque el silencio pesó más que tus palabras, porque fuiste incapaz de luchar por lo que supuestamente sentías —declaro y sonrío triste—. Los primeros meses fueron difíciles, pero cuando conocí a Aiden creí que

podía intentarlo, ustedes son tan diferentes —continúo y él se ríe—. Eres vanidoso y no ves más allá de lo que quieres, pero en cambio Aiden ve lo mismo que yo, y desde que estoy con él tengo un mundo perfecto —le espeto.

—Pero no lo amas —me asegura—. Estás con él porque sientes que puedes estar segura entre sus brazos —me rebate riéndose y cabeceando una negación—. Seguro que te trata como a una muñeca de porcelana, cuando en ti vive una mujer que es capaz de encender una cama en llamas.

—¡Cállate! —le pido con rabia.

—Dime Mir, ¿Aiden es capaz de hacerte gemir pidiendo más? ¿Te abre las piernas y te penetra duro con ganas de romperte en dos? ¿Sabes las veces que me pediste que hiciera lo que deseaba cuando estaba dentro de ti?

Me acerco a él y llena de rabia le volteo el rostro de una bofetada. Se queda mirándome cínicamente mientras se acaricia la mejilla.

—Me amas y aunque te niegues a verlo, no voy a cesar hasta que lo aceptes —me advierte.

Se acerca tomándome de las muñecas, me besa de nuevo con la misma intensidad que imprimió en su beso anterior. Creo que quiere hacerme entender que le sigo perteneciendo a pesar de que estoy con otra persona, al romperlo murmura con pesar:

—Escucha muy bien esto, porque quizás sea la primera y la última que lo diga.

—Ya no quiero escucharte —sollozo confundida.

—De nada me sirve tener todo el dinero que poseo, porque emprendí el viaje de la vida solo y el dolor de tu abandono me atormenta, entendí que te amaba y que fui un cobarde al no demostrarlo. —Me sujeta con fuerza—. Contigo perdí la esperanza de ser feliz.

—Cállate —le pido llorando.

—Escúchame, Mir, te lo ruego, escúchame —me pide con voz rota—. No me arrepiento de haberte entregado mi corazón, quizás la manera en la que lo hice no fue la correcta, pero los recuerdos de nosotros es lo que me mantienen cuerdo y sé que es difícil que lo entiendas, sin embargo tu lugar está a mi lado y quiero recuperarte para demostrar que puedo amarte tal como mereces.

Suelta una de mis manos y lleva la suya para acariciarme tan suave que me desarma. Su pulgar borra mis lágrimas y no dejo de pensar que debería poner de nuevo distancia de por medio.

—¿Por qué ahora? —le reclamo.

—Porque comprendí muy tarde que llegaste a derrumbar paredes que no

sabía que existían, además fuiste capaz de hacerme creer en el amor.

—¿Y las mentiras, los engaños y todo lo que hiciste para que yo tomara la decisión de irme? —Daniel me suelta—. Ahora que estoy tranquila, que estoy bien y que me he enamorado de otra persona, vienes y me buscas alegando que me amas. ¡Vaya! Que bien te queda la expresión que nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

—Me dediqué a perderte, lo sé y comprendo que en este momento me reclames todo lo que te hice, pero... —Se le quiebra la voz y cuando fija mi mirada en su rostro, me percató de que está llorando—. Te dejé escapar porque fui orgulloso, porque no era capaz de aceptar que mi vida giraba en torno a ti, y me alejé pensando que podía encontrar lo mismo en los brazos de otra.

—Podías haberme buscado —le recrimino.

—No lo hice, porque no podía comprender que estaba equivocado y ahora lo entiendo. —Trata de acercarse y cuando me alejo se frustra—. No me gusta verte llorar, no quiero perderte de nuevo y necesito que entiendas que te amo como no he amado a nadie.

—Y yo amo a Aiden, por eso te ruego que respetes mi espacio y que ceses en ese estúpido empeñamiento de querer recuperarme.

—Dices que lo amas, pero cuando te beso tiembles de la misma forma que lo hacías cuando eras mía. —Sonríe—. Eres mía, lo quieras aceptar o no, no le eres fiel al tal Aiden. —Se acerca y pone su mano sobre mi corazón—. No puedes amarlo, porque todavía tu corazón me pertenece.

—Mentira.

—Si decides ir con él, lo voy a respetar, pero busca en tu mente y recuérdame, porque sé que me amas.

Daniel se acerca y deja un beso en mi coronilla. Sale de la oficina y me deja con el corazón hecho pedazos una vez más. Salgo en busca de un poco de aire, la secretaria de mi jefa me observa triste y me imagino que ha escuchado todo lo que ha sucedido. Ahora tengo una razón más para salir corriendo de nuevo.

Me niego
Daniel Wimmer

¿Alguna vez han visto la derrota frente a frente o palpado con sus manos la decepción, para percibir junto al dolor de la partida? Yo sí.

Aún quedan los recuerdos de aquel amor, pero estoy convencido que todo lo que hay entre Miranda y yo ha terminado definitivamente, nunca he visto tanta determinación en su mirada, ama al tal Aiden. Lo nuestro solo es un recuerdo, parece uno que es capaz de amargarla y hasta agriar su humor.

Perdí. Soy un perdedor. Fui un idiota al aceptar que ella podía ir, ahora que entiendo que me duele que ella no está y que no tendré una vuelta de página para intentarlo de nuevo. El círculo se cierra, la he perdido para siempre.

Puede que su cuerpo me recuerde y reaccione a mis caricias, sin embargo su corazón no es mío. Daría todo por volverla a encontrar.

—¿Estás bien? —me pregunta Mandy.

—Algo, aunque no es nada que se pueda solucionar.

Ella asiente poco convencida. Caminamos juntos por Pike Place comprando las provisiones de pescado para la semana. Hacemos esto desde que nuestros padres murieron, yo asumí que debía cuidar de mi pequeña hermana, por eso una vez por semana nos olvidamos de nuestras obligaciones y venimos a esta cita.

—Hablé con Miranda hace días —me comenta—. Es bastante extraño, siento que tú perdiste a la mujer que amas y yo a mi mejor amiga.

—Mandy —la increpo.

—Lo sé, lo sé. —Alza sus manos en son de paz—. Solo que hay cosas que pueden ser extrañas.

—Te entiendo, pero quiero dejar la historia atrás y darme la oportunidad de rehacer mi vida.

—¿Estás seguro?

—Miranda está feliz con su pareja, pensé que era mi otra mitad, pero ella encontró la suya y aunque sigo pensando que no le es fiel con el corazón, lo

mejor es que siga mi camino.

—Ella ha aceptado estar con él y no contigo.

—Es así —acepto.

—Lo entiendo.

Escogemos en silencio el pescado, mi hermana trata de entretenerme contándome anécdotas y me encanta como le apasiona su carrera. Siempre me imaginé que ella y Miranda triunfarían con algún proyecto de investigación, lo cierto es que aunque no lo aceptaba, me imaginé teniendo una vida entera junto a ella.

Ya se desgataron todas las palabras y simplemente no queda nada a lo cual aferrarme, perdí a la mujer de mi vida por un error. Pedirle perdón estaría sobrevalorado.

Acciones que suben y bajan, adquisiciones, ventas y algún momento para tomarme un café. Así paso mi día entero en el despacho, la Corporación Wimmer es una de las más grandes de Seattle, tenemos una cartera de empresas tecnológicas, navieras y de investigación médica. También dedicamos el veinte por ciento de nuestras ganancias mensuales a la fundación que lleva el nombre de mis padres.

—Señor, la señorita Joana Williams lo busca.

Quito la mirada de la pantalla y me quedo observando el intercomunicador. Joana ha venido a verme y no entiendo para qué. La dejo pasar, y mientras lo hace me levanto de la silla, como un acto automático me abrocho la americana de mi traje. Mi secretaria le abre la puerta para que pueda entrar y nos pregunta si deseamos tomar algo, los dos contestamos café y yo sonrío.

Joana siempre fue la fiel amiga de Miranda, creo que nunca lo tuve fácil con ella y que me odió cuando los primeros problemas comenzaron a surgir, creo que era lo suficientemente inteligente para intuir que terminaría por cagarla y hacer sufrir a su amiga. Nos miramos en silencio mientras, Dios, no recuerdo el nombre de la secretaria, pues apenas comenzó hace un mes, porque Jules decidió jubilarse luego de cuarenta años. Nos sirve la taza de *Nesspreso* y se va.

—¿A qué debo esta visita? —inquiero curioso.

—A que tienes que alejarte de Miranda de una vez por todas —contesta

sin pelos en la lengua.

Tuerzo el gesto, no puedo evitarlo, ella no se amilana al ver mi incomodidad y me dice:

—Daniel, creo que debes aceptar que se terminó y que tuviste la oportunidad de hacer las cosas bien, pero es tiempo que tomes otro camino, el mismo que decidiste cuando la engañaste.

—¿Por qué no me lo dijo? —le pregunto.

Resopla, se cruza de brazos, no se sienta, simplemente ella vino con una misión y es proteger a su amiga.

—Miranda es así, simplemente no le gustan los problemas, ni los gritos y cree en que las personas son nobles, aunque contigo se equivocó y creo que aprendió su lección.

—Debió decirme la verdad, quizás hubiera luchado por ella.

—Te lo diré así, para ver si lo entiendes, estoy segura de que Miranda no quería que lucharas por ella, quería hacer algo por ella por una vez en su vida y fue lo mejor que pudo hacer.

—Yo la sigo amando —le confieso.

Joana pone los ojos en blanco, pero cuando abre la boca solo me escupe verdades que me he negado a ver desde que la perdí.

—Creo que nadie en tu vida te ha dicho la verdad en tu cara, sin embargo yo sí lo haré. —Sonríe—. Cuando amas eres capaz de alejarte de esa personas, si sabes que su felicidad está al lado de otra persona, creo que tienes que aprender el significado verdadero del amor —me dice y exhala cansada—. El amor no lastima Daniel, no creo que la amaras, lo que pasa es que estás recordando un pasado que te marcó y ahora te toca aceptar que simplemente la perdiste.

—No es así.

—Deja de entrar en negación y da un paso atrás, deja que ella sea feliz con quien escogió y acepta que no eres tú, terminó. A lo que he venido es a decirte, que si te acercas a Miranda de nuevo, voy a venir y te arrancaré el escroto de tus testículos.

Trago fuerte y sin despedirse sale de la oficina, creo que es momento que dé el paso que me he negado desde que la volví a ver. Tengo que aceptar que fue mía y ahora es de otro.

Canciones en la radio

Cuando necesito concentrarme operando pongo rock a todo volumen, normalmente los colegas que me conocen están acostumbrados a que la música es parte de mi vida y que muchas veces, me ayuda a encontrar las soluciones que no puedo ver o no creo poder resolver. Resulta que para mí es como un inhibidor de la realidad, creo que la melomanía es algo muy común en estos días.

Los grandes compositores crearon sus obras maestras que se han perpetuado a lo largo de los años para recordarnos, que hace muchos años atrás hasta siglos, hubo personas capaces de romper los paradigmas de su sociedad con una inteligencia asombrosa. La evolución de los seres humanos puede verse a través de su historia, aunque encontramos similitudes en los errores de la humanidad.

Mi abuela siempre decía que la vida puede ser una canción, todos estos días he reflexionado sobre esa frase y he llegado a la conclusión de que es cierto, que muchas veces podemos encontrar circunstancias que se asemejen a las historias que nos desean contar los compositores. Si mi vida fuera una canción, escogería un montón hasta lograr mi propia ópera y creo que sería algo ecléctica.

Creo que esta parte de mi vida estaría justificada en dos canciones, una es la favorita de mi abuela que se llama *Everybody told me* de Steve Vaus, porque casi todos mis amigos de la universidad y Joana me advirtieron que Daniel algún día me mentiría y llegaría a herirme, aunque intenté estar a su lado y demostrarles que estaban equivocados. Sin embargo, creo que cuando lloré en el regazo de mi abuela la última vez que la vi, entendí que todos sabían que mi relación nunca funcionaría y ella más que nadie me dijo que él no me merecía.

Tendría miles de canciones con las cuales relatarles mi historia de amor con Daniel, pero hace días cuando descansaba sobre el pecho de Aiden y estábamos escuchando música, sonó *When I was your man*, creo que en mi vida le había prestado tanta atención a esa canción como ese día.

Entendí que Daniel está desesperado por recuperar lo que había perdido, lo que su vanidad y orgullo no le dejaron ver, que simplemente me estaba demostrando que podía ser diferente esta vez y que lo peor de todo es, que sabía que ahora pertenecía a otros brazos. Me rompió el corazón con sus

últimas palabras, porque muchas veces soñé con que él me demostrara lo que sentía y que podíamos avanzar al siguiente paso, sin embargo estábamos estancados en donde él se sentía tranquilo, seguro de tenerme y yo me conformaba con las pocas emociones que me regalaba.

Nadé contra la corriente sabiendo que lo nuestro no era lo que me convenía y a pesar de que todos a mi alrededor los sabían, mis padres insistían que quizás sí era lo mejor para mí. Por eso muchas veces creo que la música puede contar la historia de miles de personas, que a través de ella podemos viajar en un sinfín de momentos que nos llevan desde la tristeza más grande a la felicidad más extrema.

Adele canta la versión de *Make feel my love*, al mismo tiempo siento como el colchón se hunde y Aiden me abraza transmitiéndome su calor y amor. Cierro los ojos tratando de alejar las sombras de un pasado que desea cernirse sobre nosotros.

—Esa canción la escuchaba cuando trataba de conquistarte —me susurra al oído—, solo quería hacerte sentir que podías ser amada.

—Aiden, lo sé y mira a donde hemos llegado, los dos, juntos.

—Estos últimos días te he sentido lejana, quizás son imaginaciones mías o es que nuestros horarios nos obligan a estar separados.

—Estamos acostumbrados a estar juntos veinticuatro horas de los siete días de la semana, por supuesto que sientes que nos hemos alejado. —Suspiro—. Por ahora nos toca acostumbrarnos a nuestros ritmos de vida y tratar de compaginar el tiempo.

—¿Me amas? —me pregunta y puedo percibir el temor en su tono de voz.

«Tengo dudas» respondo en mi mente, pero decido acallarlas y responderle:

—Te amo, Aiden.

Me gira hasta acostarme y se sube sobre mí para besarme, tal y como dijo Daniel, él lo hace como si fuera una muñeca de porcelana a punto de romperse. En un intento de intensificar el momento, mi lengua sale en busca de la suya, puedo escuchar que de su garganta sale un sonido gutural y restriega su erección en mi vientre. Mis manos ávidas por sentir su pene van hasta su bóxer y masajean su longitud.

—Quiero hacerte el amor —me pide tan dulce que asiento.

Aiden sube lentamente mi bata de seda de color negro, cuando llega a mis pechos se detiene para amasarlos y besarlos, hasta arrancar gemidos de mi garganta. Besa de nuevo mis labios y poco a poco deja un reguero de beso por

todo mi cuerpo, al llegar al inicio de mi monte de venus, sus manos se enredan en la pretina de mi panty y se queda mirándome tan intensamente, que creo que con su mirada puede ver quién soy realmente. Lo baja y su lengua se abre entre mis pliegues.

—¡Aiden! —jadeo su nombre cuando siento el primer azote contra mi clítoris.

Sus labios me chupan, su lengua me acaricia y penetra mientras gimo, comienza un juego con sus dedos, primero uno y luego dos, hasta conseguir colar tres. Me tenso cuando siento su lengua en la entrada de mi ano, pero la estimulación de su pulgar en mi clítoris me lleva a un estado abrumador y el cosquilleo me previene que pronto llegaré al clímax.

—¡Cristo! —grito, cuando el orgasmo me azota tan fuerte que convulsiono apretando las sábanas.

Siento que se despoja de su bóxer y abro los ojos para poder observarlo, Aiden está de rodillas ante mí y se toca su erección, su pene se alza como un soldado listo para entrar en combate, sus abdominales se marcan y es la visión de un perfecto Adonis.

—Eres tan hermosa, Miranda —me dice con voz ronca—. No puedo creer que pasan los años y te sigo deseando como el primer día, es como como si tú fueras lava y yo un volcán a punto de explotar.

—Te quiero dentro de mí —le pido.

Apoya una de sus manos a mi lado y con la otra lleva su pene hasta la entrada de mi vagina, me penetra lento como una dulce tortura, cuando está dentro los dos jadeamos. Mis manos vuelan a su espalda y me quedo sosteniendo su mirada al tiempo que sus caderas inician un vaivén. Le pido que lo haga más fuerte y por un segundo la confusión pasa por su rostro, pero acelera sus arremetidas llevándome a otro nuevo orgasmo.

Sin embargo, Aiden parece que no está conforme y nos cambia de posición con una habilidad increíble, quedo sobre él y su pene lo puedo sentir más profundo. Me muevo primero bajando y subiendo, luego con movimientos lentos meciéndome sobre él.

—Mía —murmura y me toma los senos para masajearlos, lleva uno a su boca y me muerde el pezón—. Eres mía.

Repito soltándolo y yo asiento, sus manos me recorren con fuerza. Poco a poco siento el cosquilleo de que estoy cerca de nuevo, sin embargo Aiden conoce mi cuerpo y en un movimiento rápido sale de mí para colocarme de lado.

—¡Aiden! —me quejo.

Suelta una risita y me penetra, una de sus manos la lleva a mi clítoris y me acaricia reactivando la sensación de placer.

—Córrete conmigo —me pide—, quiero que te corras conmigo.

Gimo cuando su aliento choca con mi oreja, le aviso que estoy por correrme y él me sigue gritando mi nombre. Su pene se estremece cuando mi vagina lo engulle por los espasmos del orgasmo que acabo de tener junto a él.

Aiden me abraza mientras nos calmamos, siento que estoy viviendo una especie de nirvana y me doy cuenta de que no necesito nada más que esto. Con él todavía dentro de mí, me voy dormitando y escucho que me pide con voz rota:

—No me dejes caer nunca.

—Nunca... —le prometo.

Hacemos el amor tantas veces como podemos, nos dormimos cuando los primeros destellos del sol comenzaron a colarse por la ventana y él se levantó para correr las cortinas. Cuando Aiden está alrededor puedo atreverme a imaginar un mundo lleno de amor, donde él y yo podemos formar una familia.

—Me encanta tenerte así —me susurra Aiden abrazándome desde atrás y deja un beso en mi cuello.

—Tenemos dos años así —me río—. Creo que vivimos desde el tercer mes que nos hicimos novios.

—No podía dejarte ir.

Rompemos el abrazo y voy hasta el vestidor para colocarme la ropa que he escogido para pasar juntos el día. Salimos de la casa y agradezco que el clima sea apropiado para lo que tengo planeado, ya que Aiden es de Nueva York y no conoce casi Seattle, por lo que he decidido enseñarle los lugares emblemáticos.

Cuando estaciono el auto en el Parque Kerry, me siento en casa y puedo asegurarles que esta es una de las ciudades más hermosa de todos los Estados Unidos. Desde este parque se pueden tener las panorámicas más hermosas de la ciudad.

Bajamos del auto y nos tomamos de la mano para caminar en silencio disfrutando del paisaje y clima. Le relato que un matrimonio fue el que donó las tierras, cuando llegamos a la escultura de los Kerry y sus hijos, él sonrío y

yo no puedo evitar pensar que para mí es una de las sonrisas más perfectas del mundo.

—Quiero conocer la Space Needle —me comenta.

—Todos los que vienen a Seattle mueren por conocerla —le aseguro.

—Te llevaré a comer pronto —me promete.

Suspiro y me subo en puntillas para besarlo, me percató de los círculos oscuros que manchan sus ojos. Acaricio con mis pulgares sus ojos y él los cierra

—Te amo.

Cuando digo esas dos palabras Aiden me besa, sin embargo algo me alerta que algo no anda bien. Comemos comida chatarra y decidimos que es hora de irnos. Me estaciono en un estacionamiento cercano a Pike Street y le propongo bajarnos para caminar hasta el centro, sin embargo, de repente siento que él se vuelve taciturno y distante.

Cuando llegamos a Pike Place le propongo entrar para tomarnos un café en el primer Starbucks del mundo. Este es uno de los lugares más pintorescos de la ciudad y le explico que desde primeras horas del día está activo, ya que es el principal mercado de ventas de pescado del país. Como está terminando la tarde los vendedores se lanzan la mercancía de un lado a otro haciendo de esto casi un espectáculo diario.

Como es el primer Starbucks y el más emblemático la fila para entrar es bastante larga, yo comienzo a contarle sobre los planes de la sala de neonatología obviando a Daniel, solo que considero que el entusiasmo inicial se ha perdido y me atrevo a preguntarle:

—¿Está todo bien?

—Lo está —contesta y luego exhala—. Solo es cansancio.

—Si quieres podemos irnos —le propongo—, tenemos una vida para tomarnos un café aquí.

Aiden trata de sonreír y falla en el intento, si no lo conociera pensaría que me oculta algo y me siento pequeña cuando lo siento lejano.

—Aiden, te amo.

—Y yo a ti —contesta y me abraza, me da un beso casto en la coronilla —.Te voy a amar hasta mi último aliento.

Se puede escuchar la música que se cuele por la puerta del establecimiento, *Just give me a reason* canta P!nk con Nate Russell. No quiero hacer conjeturas, solo empiezo a concebir la idea que Aiden me oculta algo y estoy segura de que algo que me traerá mucho dolor.

Creo en ti

Si alguna vez han sentido que todo va en picado en su vida, bueno saben cómo me siento en este momento. Siento que todo y todos conspiran para que lo que hago me salga mal, mis tres días libres con Aiden se sumaron en un abismo oscuro y nunca entendí las razones. Y si les soy sincera en el hospital me escondo para evitar la presencia de Mandy, ya que últimamente ha tratado de retomar nuestra vieja amistad. La doctora Bianco me vuelve loca con la sala de neonatología y quiero salir corriendo cada vez que me llama en compañía de Daniel, que ahora es visitante asiduo a este hospital.

Paso los días entre mis pacientes, enseñando a los residentes y jugando con Emmy que está luchando contra el cáncer aplastante y agresivo que la invade. Muchas veces me provoca abrazarla y decirle que no tema que la cuidaré, pero lo evito pues los lazos emocionales quedan fuera de la jurisdicción de un buen médico.

Me paseo por el área de imagenología cuando me topo con mi padre y Aiden que conversan acaloradamente. No tenía idea de que mi papá estaba en la ciudad, pues el estudio que llevan en Houston no le permite viajar mucho. Me acerco sigilosamente, pero el chirrido de mis tenis en el piso me pone al descubierto y los dos giran sus rostros, me sonrojo cuando fijan sus miradas en mí y camino hasta ellos.

—Papá —lo saludo y me acerco para darle un beso.

—Miranda —contesta, dándome un abrazo.

—Hola amor —susurro cuando me suelto y Aiden sonrío nervioso—. No sabía que estaban aquí.

Aiden mira a mi padre de una forma extraña y mi padre se limita a observarme. Sucede algo y los dos no se atreven a decírmelo.

—Llegue hace unas horas, estaré unos días y volaré de nuevo a casa —me informa mi padre—. Pensaba sorprenderte cuando me encontré a Aiden y como siempre insistió en su famosa boda.

—Papá...

—Yo venía a llevarte por un café —se disculpa Aiden sonriendo.

Y a pesar de sus explicaciones no les creo, los tres salimos y nos sentamos en la cafetería. Los dos tratan de mantener una charla neutral, sin embargo, la tensión puede cortarse con un bisturí.

—¿Y mamá? —le pregunto cuando ponen mi té frente a mí.

—Debió quedarse, tiene una serie de cirugías programadas en los días próximos —me responde.

Aiden se comporta de manera extraña, pero ya conversaré con él. Pasamos unos minutos platicando y mi padre se interesa sobre el nuevo método no invasivo para explorar a los pacientes. Le cuento sobre mis ideas y cuando observo el orgullo me siento feliz, porque es bastante difícil vivir bajo la sombra de un gran hombre.

—Tengo que irme —anuncia Aiden.

—Me esperas un segundo, me gustaría consultarte algo sobre un caso —le pido a mi papá.

—Te espero aquí.

Me levanto con Aiden y lo acompaño hasta la puerta de la cafetería, cuando me voy a despedir detallo su rostro y me doy cuenta de lo desmejorado que está. Parece que los años han caído sobre él y cuando me abrazo a su cuerpo siento como se tensa.

—Aiden —musito su nombre asustada—. Si vas a dejarme, hazlo en la casa —le digo. Él respira hondo y me da un beso la coronilla.

—Termina la guardia y en casa te contaré todo —me pide y se separa un poco para verme, el brillo en su mirada ha desaparecido en estos días—. Te amo.

Me da beso casto en los labios y se va dejándome confundida, cuando entro de nuevo en la cafetería encuentro a mi padre con Daniel. El día no podía mejorar. Me acerco a ellos y ni siquiera saludo, me dirijo a mi padre con voz tensa.

—Vamos, quisiera saber tu opinión —le pido.

—Miranda —me increpa mi padre.

—Por favor —insisto.

Siento la mirada penetrante de Daniel y mi padre acepta, cuando voy a irme atrapan mi muñeca y sé que de alguna manera tenía que retenerme. Cuando me digno a mirarlo, él solo sonríe y acaricia con delicadeza mi mano, me suelta dejándome ir. Por el camino me sumo en el mutismo que me ha acompañado todos estos días, vamos al mismo lugar en donde lo encontré con Aiden. Cuando busco en las historias el nombre de Aaron Banks, en las pantallas se despliegan todos los cortes del TAC de abdomen. Mi padre en silencio se acerca a observarlas de cerca, creo que sabe a lo que viene y aunque sé a qué es a lo que me enfrento, necesito que me confirme.

—¿Sabes a lo que le vas a hacer frente? —me pregunta.

—Sí.

—Siempre supe que serías una gran cirujana —me dice con un tono de orgullo en su voz.

—Gracias, papá. Ahora dime la verdadera razón por la cual estás aquí —comento.

—Eso no me compete a mí —me contesta serio.

—¿Aiden? —inquiero.

Mi padre se gira por primera vez desde que entramos en la sala, su mirada me dice que debo estar preparada para cualquier cosa. Cuando trato de hablar lo impide diciéndome:

—Nunca estuve de acuerdo con su relación, sin embargo me he dado cuenta de que te ama con toda su alma y debes prepararte para lo peor.

—Por favor, no...

—Si quieres saberlo exígale la verdad a él, tu madre volará en breve si se lo pido. —Mi padre se acerca para abrazarme—. Siempre creí en ti, porque fuiste la luz de mis ojos desde tu primer llanto, eres capaz de curar las almas y lo hiciste con tu abuela, no obstante no quiero que se consuma tu luz de la misma forma que se fue los meses antes de irte a África.

—Me da miedo lo que me estás diciendo.

—Miranda la vida nos pone a prueba, somos hombres y mujeres de ciencia. —Exhala cansado—. Sabes que en tus manos está el poder de curar y salvar una vida, en cuanto al niño sabes que no hay nada que hacer.

—Pero...

—Someter a un procedimiento quirúrgico a un niño de cuatro años con un tumor en el páncreas sería una locura. Tienes los estudios patológicos, imagino. —Rompe el abrazo.

—Es cáncer, papá es cáncer —le informo frustrada—. En África eran los casos de VIH o de enfermedades que por la falta de medicamentos se llevaban a los pacientes y aquí, niños que comienzan la vida con esa maldita enfermedad.

—Sé que es lo que sientes y se llama frustración.

—Lo sé, no puedo aceptar no poder curarlos a todos y parece que desde hace dos semanas el mundo conspira en mi contra —suspiro—. Quisiera haber estudiado otra cosa.

—Y aburrirte con los menesteres burocráticos de otras profesiones —se burla mi papá—, no lo creo.

—¿Cómo va tu estudio? —inquiero con la esperanza puesta en ella.

—Tratar de curar el cáncer es lo más difícil que he hecho. —Se sienta—. Cuando creo que lo he conseguido, siempre viene otro caso más complicado y fallo —me explica. Sonríe cansado y muchas veces puedo verme reflejada en él—. Lo intento, pero te prometo que lo lograré.

—Ganarías el Nobel —susurro.

Mi papá suelta una carcajada y yo me contagio, mis padres pueden que no sean perfectos y me presionen en cosas que son ridículas, sin embargo siempre serán las personas que más amo en mi vida. Le doy un recorrido por las nuevas alas del hospital y me sorprende la actitud tan distendida que hay en él. Nos despedimos con la promesa de comer dentro de dos días y me quedo con el desasosiego de su declaración que piensa quedarse una temporada en casa.

Cuando llego a casa está todo en penumbras, subo directa a la habitación con ganas de dormir entre los brazos de Aiden. Muchas veces pienso la facilidad que tiene el ser humano de acostumbrarnos al calor y olor de otras personas, muchas veces parece que buscamos un cuerpo y no la compañía de un alma.

Al entrar me doy cuenta de que la cama está desecha, pero de él no hay rastro. Siento unas ganas terribles de llorar, me contengo y voy hasta el baño para lavarme. Sumida en mis pensamientos trato de abrir la puerta, aunque no puedo hay algo que me lo impide. La empujo y ahogo un grito, cuando encuentro a Aiden desmayado con sangre seca en la comisura de sus labios.

El olor a vómito rancio es insoportable y llego al inodoro para bajarlo. Tomo el pulso de Aiden y lo encuentro débil. Busco una toalla y la mojo con agua fría, rebusco hasta encontrar alcohol y traerlo en sí.

—Aiden, Aiden —lo llamo asustada—. Vamos, Aiden vuelve.

Él cabecea y murmura algo que no logro entender, cuando vuelve en sí percibo su palidez y que algo no anda bien con él. Trato por todos los medios de moverlo, pero pierde el conocimiento en mis brazos y por primera vez en años como médico no sé cómo actuar. Observo su móvil en el piso, lo desbloqueo con su clave y llamo al novecientos once.

Los quince minutos que tardan en llegar son eternos, pido que lo lleven al hospital y cuando les digo que soy doctora se sorprenden, lo sé, una lo bastante idiota para no saber cómo atender a su novio. Dan el parte y yo los dejos, pido que llamen a mi padre y es que estoy segura que él sabe lo que

sucede. Alessandra Bianco es la que recibe a Aiden, me pide la historia médica y me asegura que solo está descompasado a causa de que los vómitos pudieron provocar una baja de electrolitos.

Cuando mi padre llega me ignora y anuncia ser el médico tratante de mi prometido. Los minutos pasan tan lentos cuando estás al otro lado, que muchas veces logras entender lo que sienten los familiares, cuando mi papá sale con el rostro serio pienso lo peor.

—Miranda, ¿confías en mí? —me pregunta. Asiento y trato de tragarme las lágrimas.

—Yo creo en ti —sollozo como si de un dios se tratara.

—Hija, tienes que ser fuerte —me pide y asiento—. Aiden tiene cáncer...

Y cuando logro comprender la magnitud de la pregunta y de su confesión, entiendo que mi padre está aquí para tratar de salvarle la vida a Aiden. Me abrazo a él en silencio y lloro, porque puedes ser doctora, puedes saber que la ciencia avanza, sin embargo cuando eres un humano sientes que el mundo se abre y que todos a tu alrededor te fallan.

—Sálvalo —le ruego.

—Confía en mí —insiste.

—Yo creo en ti —repito tratando de aceptar lo que está por venir.

12

Cáncer

Nunca estamos preparados para las noticias de esta índole, por más que queramos hacernos los fuertes siempre vendrá algo que será capaz de derrumbarnos. Les aseguro que he batallado contra la muerte por mucho tiempo y sé a lo que me estoy enfrentando, nunca en mis pesadillas más profundas me imaginé que algo así sucedería.

Llevo una hora dentro de mi oficina tratando de procesar la información que me acaba de revelar mi padre, Aiden, mi Aiden tiene cáncer de estómago en la tercera etapa, lo que significa que sus probabilidades de supervivencia son escasas. Por ser familiar me impiden leer la historia, de hecho la clave que me da acceso al sistema global me la han suspendido hasta nuevo aviso. La impotencia que va creciendo a medida que espero alguna noticia, me hace tirar todo lo que tengo encima de mi escritorio.

La puerta se abre y Mandy en compañía de Daniel se quedan mirándome cuando me siento a llorar.

—Mir —me llama asustada Mandy.

—¡Salgan de aquí! —les grito fuera de mí.

Daniel le susurra algo a su hermana que se va, pero él se queda frente a mí analizando cada uno de mis movimientos. Entra y cierra la puerta tras él, se acerca cautelosamente hasta donde estoy sentada abrazándome y llorando.

—Miranda mírame —me pide.

—Sal de aquí, no puedo y no quiero verte, no ahora —lloriqueo al borde de la desesperación.

—Estoy aquí para ayudarte —me dice con voz dulce.

—¡Vete! —grito y me levanto para caminar hasta la puerta, Daniel es rápido y me atrapa entre sus brazos—. Suéltame.

—Llora, llora todo lo que quieras. Cuando vayas a verlo debes estar calmada —me ordena.

Me desplomo en los brazos de Daniel y siento que estoy traicionando a Aiden al buscar consuelo en sus brazos. Sin embargo, lloro con la rabia expandiéndose en cada parte de mi corazón. No quiero pasar noches sin él, porque Aiden no puede irse antes de tiempo y no cumplir sus promesas de amarme para siempre. No puedo creer que sean los brazos del hombre que amé los que calmen mi dolor, mis ganas inmensas de salir corriendo y tratar de salvar al hombre que amo en este momento, pasado y presente, una cara del

amor y la otra, dos personas diferentes que solo hacen una cosa, y es calmarme cada uno a su manera.

—Yo lo amo —sollozo—. No quiero vivir sin él.

—Tu padre lo salvará —me asegura.

Me separo de él y me quedo mirando al hombre que amé con toda mi alma, no; no lo he dejado de querer, porque creo que al fin perdoné su cobardía y eso me permite sentir algo por él.

—Tengo que irme —le digo.

—Voy a estar siempre para ti —me promete tomando mis manos.

Me suelto y salgo de mi oficina, todos en el hospital saben lo que ha sucedido. Voy hasta el baño y me lavo el rostro, cuando me observo en el espejo creo que he envejecido cien años y que todos los momentos felices que he vivido junto a Aiden, son recuerdos lejanos. ¡Qué ciega fui al no darme cuenta de que su distancia era que le sucedía algo!

Subo hasta la sala de pediatría para despedirme de Emmy y desearle un buen viaje a Florida, cuando llego ella no deja de parlotear con su madre contándole que pronto conocerá a las princesas. Cuando se da cuenta de que estoy en la puerta, corre a paso lento a donde estoy de pie y me abraza. Creo que hay algunos abrazos que pueden ser sanadores y este es uno de ellos.

—¿Lista para dejarme? —la interrogo con una sonrisa.

—Sí, pero cuando regrese le voy a traer una Ariel de regalo, para que junto a Teddy luchan contra las enfermedades.

Se me hace un nudo en la garganta y muerdo mi labio para no abrir de nuevo la llave de mis lágrimas. Me despido de ella con la certeza que este viaje será un paño tibio para sus últimos días, sus padres no dejan de agradecerme por conseguir que la fundación aceptara el caso de Emmy con tanta rapidez y sonrío, les pido que cumplan al pie de la letra todas mis indicaciones, ya que de ello depende que puedan disfrutar el máximo el viaje.

Emmy antes de irse me entrega un dibujo, sonrío al ver que somos la dos. Ella está tomando mi mano y yo llevo la bata blanca con una capa, con letra torpe ha titulado el dibujo como: Mi súper heroína y yo. Lo doblo y lo meto en mi bolsillo trasero y camino por todo el hospital, hasta que decido que debo entrar a la habitación, el cansancio ya comienza a hacer mella en mí, si mis cuentas no me fallan debo llevar más de treinta y seis horas sin dormir.

Toco y escucho la voz cansada de Aiden:

—Pasen.

Abro la puerta y me quedo anclada en el umbral como si algo me

impidiera caminar. Aiden me observa y trata de sonreír.

—Debo tener un aspecto horrible, porque no quieres venir a darme un beso —apostilla con voz pastosa.

Exhalo cansada y corro a su lado, lo abrazo tan fuerte como puedo y antes de besarlo me quedo mirándolo a los ojos. Él sabe que he estado llorando y con su pulgar borra las lágrimas que no sabía que tenía.

—No llores —me pide—. No soporto verte llorar.

Sin embargo, continúo llorando porque no me salen las palabras para expresarle lo que siento. Me abrazo a su cuerpo deseando que no pueda percibir mi miedo. Aiden me susurra palabras de amor, me doy cuenta de la entereza y grandeza que poseen su corazón.

—Te amo —me declara.

—Te amo, no puedo entender que la vida quiera separarnos.

—Deja de llorar, no me gusta verte así —me ruega.

Me siento en la cama y me seco con el dorso de mis manos las lágrimas. En fracción de horas el hombre fuerte que me rescató como un caballero de brillante armadura, parece que ha sido derrotado por algún monstruo medieval.

—¿Por qué no me contaste sobre esto? —le reclamo.

—No quería verte así —me contesta y toma mi mano.

—No vi los síntomas, soy doctora y nunca vi los síntomas —comento, pues eso me ha frustrado desde que mi padre me dio la noticia.

—Yo tampoco. —Su voz se rompe y oculta su mirada arrepentido—. Miranda, pase lo que pase deseo que sepas que te doy la libertad de irte —apunta. Me sorprendo por sus palabras y me levanto molesta.

—¿Te has vuelto loco?

—No, pero estoy enfermo y los dos sabemos a lo que nos enfrentamos. —Exhala cansado—. No puedes atarte a mí.

—No, no, mira nada nos puede separar —manifiesto acercándome, y tomando su rostro entre mis manos—. Nuestro amor no es pasajero, ¿recuerdas? —Sonríe, porque cuando hicimos el amor por primera vez me prometió eso—. Voy a esperarte y vamos a ser felices juntos, hay posibilidades y si quieres viajamos a Japón, que en donde están los mejores especialistas en cáncer de estómago.

—Miranda...

—Mi padre me prometió que te curaría, yo creo en él y solo tienes que confiar —le pido desesperada.

—Miranda, por favor...

—No; no me pidas que te deje porque sabes que no lo haré. —Beso sus labios y puedo probar en ellos el sabor salado de nuestras lágrimas—. No puedo perderte, nuestro amor no puede terminar así.

—Mi amor —susurra.

—No me dejes, por favor, no me alejes cuando necesito estar a tu lado.

—Te amo, Miranda Evans.

—Y yo a ti, Aiden, te amo con toda mi alma y lo daría todo, porque esto fuera una pesadilla.

Mi padre coloca frente a mí la historia médica de Aiden, creo que es una forma de tratar de calmarme, pero no la abro.

—Dime todo tú —le pido.

—Aiden posee un adenocarcinoma^[8] y la etapa en la cual se encuentra es IIB.

—Y los valores TNM^[9]. ¿Cuáles son? —le pregunto sobre la estadificación de su cáncer.

—Hija...

—Dímelos —le exijo.

—El cáncer se está expandiendo hacia la capa muscular, el tamaño del tumor primario es de 2T. Se ha expandido a más de dieciséis ganglios linfáticos adyacentes, su nivel nodular es de 3b y aún no ha tocado otros órganos, su metástasis se encuentra en cero.

—¡Cristo Santo! —exclamo.

—Voy a operarlo, creo que con una cirugía y quimioterapia podemos darle una probabilidad de vida de cinco años.

—Cinco años —repito.

—Tenemos que hacerlo lo antes posible, hemos visto que el cáncer de estómago en la etapa en que se encuentra el de Aiden, puede ser agresivo.

—¿Cinco años? —le pregunto atónita, no puedo creer que mi padre me de esa corta esperanza.

—Miranda, sabes a lo que nos enfrentamos y no voy a mentirte.

—Papá, no puedes pedirme que sea doctora cuando estoy a punto de perder al hombre que amo. ¿Cómo reaccionarías si fuera mi mamá o yo?

—No sabría —acepta—, sin embargo necesito que tengas la cabeza fría y

que entiendas que voy a hacer todo lo que está en mis manos, pero Aiden no es candidato para mi estudio.

Asiento tragándome las ganas de llorar, mi padre me explica que en pocas horas someterá a Aiden a la primera cirugía, me promete que hará todo para extraer el tumor y la mayoría de los ganglios. Me explica que estuvo con uno de los mejores oncólogos japoneses y que está seguro de poder realizar el procedimiento. Salimos de la oficina y me encuentro a Daniel, aunque no me detengo y sigo mi camino directo a la habitación.

Encuentro a Aiden dormido y para mí es una de las visiones más espectaculares, porque mi novio siempre me ha parecido guapo, dormido parece una visión sacada de un cuadro. Me quedo a su lado aferrándome a la idea de que puedo salvarlo y que vivirá a mi lado. Siento el peso del mundo sobre mis hombros, cuando me doy cuenta de que la mano de Aiden era mi fe, ahora me toca tomar la suya y ser su convicción para que luche por vivir.

—No puedes soltarme ahora que he decidido vivir una vida junto a ti — musito bajito—. Vive Aiden, vive por ti, por tu familia, por nosotros y todo lo que deseamos construir. —Acaricio su mano—. Me prometiste que volveríamos a Mombasa, que viviríamos en nuestra casa frente al mar y seríamos felices mientras bailáramos *Can't take my eyes of you...*

Aiden se remueve y sé que me está escuchando, me acuesto a su lado a esperar que vengan a prepararlo. Mis ojos se cierran y no sé si es un sueño, sin embargo, quiero aferrarme a que fue real que le escuché decir que va a luchar por mí.

La boda

La cirugía salió según lo esperado y no me he despegado de Aiden ni un solo segundo. Vivo prácticamente compartiendo mis responsabilidades dentro del hospital con el cuidado que él necesita, cuando puedo paso la mayor del tiempo a su lado. Hace dos días compartí las fotos que me envió la madre de Emmy, fui feliz al ver el rostro de alegría de la pequeña y escuchar sus notas de voz, en donde me describía emocionada que finalmente había conocido a una Sirenita.

Dicen que la mayoría de las recuperaciones exitosas en pacientes con cáncer se deben a su estado de ánimo, me aferro a esa esperanza ya que después del choque emocional de enterarnos a lo que nos debíamos enfrentar, el estado de ánimo de Aiden cambió a uno optimista y cree que va a recuperarse. Ya recibió la primera sesión de quimio sin ninguna novedad, por lo cual desde mi punto de vista profesional, hemos comenzado con buen pie.

Estas dos semanas han sido una locura y una de las personas que ha estado para sostener mi mano es mi mejor amiga Joana. Desde el día que la llamé pasa más horas en el hospital que en su despacho y eso es mucho decir, me cuenta que siempre tuvo curiosidad por lo que sería estar de espectador en una cirugía, y le tuve que explicar que como este no es un hospital docente, no podíamos ver el procedimiento como lo hacen en *Anatomía de Grey*.

Su respuesta fue muy graciosa y más cuando con aires histriónicos me reveló que soñaba casarse con un doctor. Creo que sin ella no conservaría la cordura y más ahora que Amanda ha tratado de ser la amiga abnegada y me persigue por el hospital para saber cómo me encuentro. Desde ayer ando con una idea loca y sé que la única capaz de cumplir mi deseo es Joana, por eso la he invitado a tomarse un café fuera del hospital y creo que es la primera vez que salgo hacer algo diferente que ir a casa a bañarme y a por ropa, para mí estos días parecen meses y no catorce días.

Como siempre llega tarde y bastante azorada, ya el invierno azota las calles de Seattle y es casi imposible transitar.

—Lo siento —se disculpa—. Maldito frío, no entiendo porque no me voy a un desierto y me quedo ahí.

—No lo soportarías —le contesto riendo.

—Soportaste África y eres de aquí, yo también puedo mudarme al Congo si quisiera.

—No lo digo por el calor, lo digo porque a la semana que estés sin luz y que tengas que bañarte con pequeñas cantidades de agua, te devuelves — apunto sonriendo. Ella pone los ojos en blanco.

—Lo sé, no entiendo como soportaste eso.

—Amo lo que hago.

—Lo sé, creo que te admiro por esa sencilla razón —admite sonriendo—. ¿Cómo te sientes?

—Tengo días en los que deseo salir corriendo y otros en donde me aferro a la esperanza que todo saldrá bien y esa esperanza que son cinco años la vencerá.

—Miranda...

—Lo sé; lo sé. —Cabeceo negando y mi amiga sonrío afligida por mí—. Como mujer de ciencia, sé que puede regresar, que puede curarse y estamos hablando que la probabilidad es de un veinte por ciento y que nos toca luchar con un ochenta en contra.

—Me imagino que para ti es difícil estar del otro lado —me comenta apenada.

—Sí, como doctores nos creemos invencibles y más cuando sabes que estoy especializándome en oncología, que mi sueño más grande es encontrar la cura contra el cáncer.

—Para mí eres como la Mujer Maravilla, salvas vidas y eso me hace sentir orgullosa.

—Gracias.

Joana toma mis manos cuando escondo la mirada en mi vaso con café, sé que la única vez que me ha visto tan derrota fue cuando terminé con Daniel.

—Cuentas conmigo...

—Lo sé, por eso te he pedido vernos —le confieso, y ella me levanta el mentón para mirarme sonriendo—. Necesito de tu ayuda.

—Antes de que me pidas algo, dime la verdad de cómo te sientes. —Suspira—. Estoy segura de que detrás de esta fachada de optimismo escondes un gran temor y no quiero presionarte, pero necesito saber que estás bien y que nada podrá sucederte.

—No voy a mentir, me niego a perder a Aiden, lo amo —musito porque se me quiebra la voz—, no sé cómo mirarlo a los ojos y contener las ganas de llorar. Pensé que podía ser feliz a su lado, cada vez que Daniel se acercó fui firme en quedarme con él y ahora sucede esto.

—Si algo le sucediera a Aiden... —Pongo las manos en sus labios para

callarla y ella me mira asustada.

—No voy a buscarlo y fin del asunto.

Ella asiente pues sabe que puedo ser muy terca cuando quiero, como ahora que me niego a ver la realidad aunque sé lo que estoy viviendo.

—Está bien, ahora dime, qué es lo que quieres para ver qué puedo hacer por ti.

—Eres la mano derecha del alcalde y quiero que me ayudes a casarme en el hospital. —Jadea abriendo desmesuradamente sus ojos—. Íbamos a adelantar la boda, había aceptado escaparnos a Las Vegas y casarnos, pero sucedió todo esto y...

—¿Le darán permiso? —me pregunta—. Yo encantada de ayudar.

Le explico que mi padre lo más seguro pensará que es una locura, sin embargo pase lo que pase solo quiero hacer feliz a Aiden, no quiero que nada a nuestro alrededor pueda opacar el día que unamos nuestras vidas hasta que la muerte nos separe, y me sincero confesándole que estoy asustada y, que quiero ser fuerte por él y por mí. Le pido que no me abandone y que me ayude a cumplir uno de nuestros tantos sueños, deseo aprovechar que los padres de él han viajado para estar durante pocos días y mi madre ha volado a Seattle para estar a mi lado.

—Mis padres nunca han querido que me case con Aiden, aunque creo que se han acostumbrado a la idea —le comento y alzo mis hombros.

—Tus padres siempre han creído que Daniel era tu mejor elección, pero se equivocaron y sé que Aiden no posee tantos millones de dólares, no obstante te ama con todo su corazón.

—Y yo lo amo, porque su amor fue capaz de curar las heridas del mío.

Joana se toma varios cafés mientras organizamos una boda y sí, sé que no será la boda de mis sueños, hubiera preferido escaparnos a Las Vegas y hacerlo frente a un juez vestido de Elvis, pero estoy segura de que lo único que nos debe importar es que nos amamos y que a este paso es el inicio de una batalla sin fin contra el cáncer.

Todos han colaborado para darle esta sorpresa a Aiden, nadie sabe lo mucho que deseo verlo sonreír de nuevo con ese brillo especial que era capaz de iluminar mi mundo. Como él no puede salir del hospital, Alessandra me ha permitido usar la sala de conferencias que estamos transformando en un

pequeño salón. Nunca pensé que este día llegaría de esta forma, sin embargo cuando amas no importa cómo lo logres, siempre y cuando puedas pasar tu vida junto a esa persona.

Termino de ver a mi último paciente y lleno toda la historia en la computadora. Alice ha estado atenta a cada paso que doy y estoy segura que será una gran cirujana.

—Me voy —le anuncio—. Cualquier cosa sabes en donde encontrarme.

—No pienso molestarla, al menos que sea una emergencia —me asegura—. Enhorabuena por su boda.

Joana llega y pone los ojos en blanco cuando me toma por el brazo, prácticamente me arrastra hasta el baño para que pueda darme una ducha y vestirme con mi vestido de bodas.

—Doy gracias que eres hermosa, porque con tan poco tiempo no me das margen para hacer algo contigo —se queja.

Suelto una carcajada que se congela cuando Daniel aparece frente a nosotras. Trago y ella se queda paralizada, como siempre cada vez que él aparece creo que estoy suspendida en el tiempo.

—Mir —me llama con voz dulce.

—Ni se te ocurra, Daniel —le advierte Joana—, no hoy y nunca más.

—Veo que sigues protegiéndola —le comenta y sonrío—. Enhorabuena por tu boda.

—Gracias —susurro bajito.

—Ojalá pudiera decir que me siento feliz, pero sé las razones por las cuales lo haces.

Joana maldice y ahora soy yo la que agarra su mano para seguir nuestro camino. Ella enumera las razones por las cuales Daniel es un idiota, mientras en silencio me despido de esa etapa de mi vida para iniciar una nueva.

Al llegar al vestidor me sorprende al encontrar a mi jefa, pero sobretodo que ha transformado un pequeño espacio para prepararme. Mi suegra se acerca para darme un beso y mi madre se mantiene distante, todos incluyendo al estilista que ha contratado Joana se afanan para que esté lista a tiempo. Cuando toca colocarme el vestido sencillo que compré por la premura, mi madre al fin se acerca para cerrar cada botón, al terminar saca del bolsillo de su bléiser una hermosa cadena de plata que tiene una pequeña piedra azul.

—Esto puede ser lo antiguo y lo azul que necesitas —susurra, mientras me lo coloca—. Era de tu abuela. —Sonríe mirándome a través del espejo—. Tu abuelo se lo dio cuando cumplieron los primeros cinco años de casados, tú

fuiste la única en heredar sus hermosos ojos azules y antes de morir me lo entregó.

—Gracias mamá.

—Ojalá pudiera desearte una larga vida feliz, sin embargo espero que el tiempo que su amor dure puedan serlo.

Y así mi madre me ha sentenciado, al fin caigo en cuenta de que Aiden puede morir y que por más que quiera evitarlo, solo sucederá. ¿Cuándo? No lo sé, aunque no quiero pensar en eso el día mi boda. Al salir tanto enfermeras como colegas me aplauden, nada puede ser más perfecto aunque me encuentro antes de llegar al salón de nuevo con Daniel.

Mi padre me espera en la puerta y no puede evitar sonreír al verme. Escogí un vestido corte sirena de Carolina Herrera, con mangas y escote de encaje que deja ver mi espalda desnuda. Abren las puertas y creo que mi sueño se ha hecho realidad.

Aiden sonríe cuando aparezco en el umbral y yo no puedo dejar de hacerlo, tiene un frac hecho a la medida y parece un príncipe. Nunca en mi vida pensé que podía encontrar el amor después de haber sido destruida, porque lo único que quería era ser amada y respetada. Estoy segura que fue por eso por lo que cuando lo conocí dudé, se la puse difícil y estuvo casi un año detrás de mí. Ahora verlo así de feliz porque nos vamos a casar, me demuestra que hice todo bien al aceptarlo y que estar a su lado es todo lo que necesito. Al acercarnos, mi padre se detiene y en la inmensidad de sus ojos grises puedo ver amor, puede que nunca lo demuestre, pero está ahí.

—Pareces una princesa, mi princesa —susurra dejando un beso en mi coronilla.

Me entrega a Aiden que está sorprendentemente guapo y que exalta alegría por cada poro de su cuerpo. Tomo la mano de la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida y tiemblo un poco al sentirlo frío.

—Estás preciosa —murmura.

—Y tú guapísimo —le contesto.

El juez comienza la ceremonia y de fondo se escucha *One* de Ed Sheeran, Aiden no deja de jugar con mis dedos y los de él, sé que está tan nervioso como yo. Nada puede salir mal, todo lo malo que nos podía pasar ya está y ahora, lo que toca es tratar de vivir felices. Cuando llega el momento de decir lo votos, nos giramos y me estremezco por la intensidad de su mirada, por todo lo que ella me dice y que su sonrisa me transmite.

—Miranda cuando te vi la primera vez, pensé que eras parte de un sueño.

—Sonríe—. Me eclipsaste como lo haces con cada paciente que llega a tus manos, le sonreías a una pequeña y creí que eras la perfecta imagen de un ángel. No fue fácil conquistar tu corazón, sin embargo luché por hacerlo porque sabía que eras la mejor elección —comenta tomando mi mano, y yo tiemblo al dársela—. Nunca olvidaré la primera vez que salimos, lo afortunado que me sentí y, desde que estás en mi vida creo que vivo un verano eterno, porque eres capaz de iluminarla.

—Aiden...

—Te amo, por eso no puedo tomarte como mi esposa y condenarte a un enfermo —sentencia. Al escuchar sus palabras siento que el piso se abre y quiero morir—. Lo siento, Miranda, pero mereces algo mejor.

Aiden sale del salón y yo me quedo de pie frente al altar con el corazón hecho pedazos. Trato de correr tras él, aunque mi padre me detiene y yo rompo en llanto.

—Aiden... —grito y lo veo desaparecer.

*Ya no me iré de su lado**Daniel Wimmer*

En este preciso momento solo vienen los recuerdos más maravillosos que tuve con ella: el beso perfecto, la primera canción que bailamos y hasta su rostro cuando llegó en su primer orgasmo conmigo. No puedo creerlo.

Mirarla vestida de blanco lista para unir su vida con otra persona me duele y, aunque acepté que no podemos tener nada ya, que tengo que dejarla ir, duele, duele mucho.

Escondido con mi hermana a mi lado la veo entrar del brazo de su padre, los ojos de Aiden brillan y creo que hubiera tenido la misma mirada, si fuera yo, pero no lo soy, necesito ver con mis propios ojos que ya no es mía.

—Daniel —susurra Mandy.

—Amanda, por favor —musito tragando fuerte.

—A esto le llamo masoquismo.

—Lo es, pero necesito ver con mis propios ojos que la he perdido.

Mandy resopla, toda mi vida gira entorno a ella, no tengo amigos, siempre he sido solitario, las únicas personas que realmente me conocen son mi hermana y la mujer que está a punto de casarse con otro. Aprieto los puños cuando lo escucho.

“Miranda cuando te vi la primera vez, pensé que eras parte de un sueño. Me eclipsaste como lo haces con cada paciente que llega a tus manos, le sonreías a una pequeña y creí que eras la perfecta imagen de un ángel. No fue fácil conquistar tu corazón, sin embargo luché por hacerlo porque sabía que eras la mejor elección. Nunca olvidaré la primera vez que salimos, lo afortunado que me sentí y, desde que estás en mi vida creo que vivo en un verano eterno, porque eres capaz de iluminarla”. Sus palabras son un golpe en mi estómago. Oigo también como lo llama Miranda emocionada y las siguientes palabras hacen que permanezca atento.

“Te amo, por eso no puedo tomarte como mi esposa y condenarte a un enfermo. Lo siento, Miranda, pero mereces algo mejor”. Mi hermana jadea, al igual que algunos de los que allí estaban, se escuchan murmullos de asombro y veo como él sale corriendo. Miranda lo intenta alcanzar, no obstante su padre la detiene. Quiero correr a abrazarla cuando rompe a llorar y grita su nombre.

—Vamos, tenemos que salir de aquí antes de que nos vean —me apremia Mandy. Asiento.

No puedo creerlo, la he dejado plantada en el altar, por lo que todavía tengo una oportunidad. Mandy me lleva a su despacho y por primera vez me intereso por la salud de Aiden.

—¿Puede salvarse? —le pregunto. Mi hermana se queda mirándome y siento que todo lo que está por decirme, puede destruir a Miranda.

—Te voy a ser sincera, extirpamos casi el setenta por ciento de su estómago, pero se ha comprobado que quizás sea uno de los más agresivos. Hay probabilidades que sea un éxito, aunque la verdad es, que no estoy segura que podremos encontrarnos en unos meses.

—La dejó —susurro.

—Daniel —me increpa mi hermana.

—Lo sé, sin embargo la dejó y puedo conquistarla, merezco una oportunidad.

—Todos merecemos una oportunidad, pero no hagas de esto una entrada triunfal de las tuyas y piensa en cómo debe sentirse Miranda, ¡Cristo, no quiero imaginarlo!

—Mandy.

—Hermano, su pareja tiene cáncer y puede morir, quiere darse una oportunidad de estar con él y la deja plantada en el altar, creo que debes olvidarte de tus sentimientos y ponerte en sus zapatos. —Chasquea su lengua contra el paladar—. Necesita amigos, no un hombre que le recuerde que la ama y si realmente lo haces es momento que lo demuestres, si eres su amigo, puede estar cerca y valer para algo.

—No entiendo.

—Que quizás no puedas estar con ella como pareja, sin embargo ser su amigo puede ser una manera de acercarte a ella.

¿Amigos?

Ser amigo de la mujer que amo, apoyarla cuando en realidad solo deseo que vuelva a mi lado. Quizás sea una locura, no obstante necesito estar con ella, porque yo no quiero irme de su vida, quiero quedarme sea de la manera que sea, incluso como el amigo que la consuela.

Decidió dejarme marchar

El cáncer llegó como una bomba de tiempo para devastar mi mundo y dejar solo las cenizas de lo que soy, he pasado dos días en el piso de Joana escondida pasando mi pena. Cuando pude escaparme de los brazos de mi padre enfrenté a Aiden que está cerrado, porque piensa que me condena a años de infelicidad a su lado.

Le dije que lo amaba y que nada de lo que me dijera me iba a convencer de dejarlo. Hace dos días que no hablamos y sé, que a estas horas debe estar recibiendo su sesión de quimio. Me levanto y me doy una ducha, me visto con un jean y saco un suéter que pertenece a mi amiga. Tomo las llaves del auto y salgo, escucho a mi amiga llamarme e ignoro cada una de sus palabras. Manejo por las calles del centro de Seattle con la convicción de que el amor de Aiden me volvió indestructible y, que esto es solo un tropiezo en nuestra relación.

Esta vez no pienso dejar todo en manos del tiempo o complacerlo en algo que solo nos hace infelices a los dos. Enciendo la radio y escucho *One* de Kodakline, esa es la canción con la cual me pidió matrimonio en un atardecer hermoso en un safari en Kenia. Soporto las ganas inmensas que tengo de llorar, pues ahora más que nunca no pienso darme por vencida y voy a luchar por él, por nuestro amor. Si tengo que aceptar que se irá pronto, lo haré, pero quiero estar a su lado hasta que exhale su último aliento.

Cuando estaciono en el hospital creo que esto es lo más sensato para los dos, entro y todos se quedan mirándome con pena, no puedo evitar poner los ojos en blanco, me provoca gritarles que sí, soy yo, la que dejaron plantada en el altar, y que me importa una mierda lo que piensen de mí. Subo hasta la sala de oncología y una de las enfermeras sonríe cuando me ve, me señala la sala donde se encuentra Aiden y voy hasta ella. Entro sin tocar y lo encuentro con los ojos cerrados escuchando música, si algo tenemos en común es que en ella encontramos un inhibidor para evadirnos la realidad. Reconozco la melodía de *It will rain* de Bruno Mars.

«No pienso irme», pienso y acaricio su rostro. Aiden abre los ojos y las lágrimas se desbordan, me apresuro a quitarle los auriculares.

—No pienso irme de tu lado —le aseguro.

—Miranda vete —me pide con rabia, para cerrar sus ojos de nuevo.

—Aiden —lo llamo insegura y vuelve a mirarme—. Sé que piensas que

me condenas, los dos sabemos a lo que nos enfrentamos y estoy segura de que no importa nada más, sin embargo necesito que entiendas, que si te vas de mi lado de esta forma me harás la mujer más infeliz de este mundo. —Me callo cuando las ganas de llorar me ahogan.

—Él regresó, deberías intentarlo —me sugiere, aunque siento su voz cargada de celos.

—Puede que regresara, no obstante hace mucho tiempo que decidí tomar tu mano y caminar de ella.

—¡Estoy muriendo! ¿Lo entiendes?

—Estás luchando, lo importante es lo que haces y sabes, que puedes ser parte de ese veinte por ciento que se salva. No me importa si vivo dos meses, cinco años o una vida entera a tu lado, no me dejes.

—Es mejor dejarte ir ahora. —Niega—. Aléjate cuando aún puedes ser feliz y seguir con tu vida.

—Aiden lo que me pides es imposible —le aseguro llorando—. Dime la verdad, porque mi corazón está roto... ¿Ya no me amas?

—No... —miente y lo sé porque le tiembla el mentón.

—Mientes, así que me verás aquí los días que estés en tratamiento —afirmo rotunda—. Así que abre bien tus ojos, porque tendrás que darte cuenta que esta mujer que tienes frente a ti, te ama con toda su alma.

—Vete —me pide.

Escucho *Chasing Cars* y sonrío, porque es su canción favorita y sé que nosotros vamos a superar esto. Me siento a su lado y él se coloca los cascos de nuevo para ignorarme, sé que está decidido a dejarme ir y comprendo cada una de sus negativas, sin embargo los dos debemos ser lo suficientemente valientes para enfrentar nuestros miedos.

Cuando su quimio termina salgo y le pido a la enfermera unos guantes para retirársela, Aiden sigue todos mis movimientos en silencio y no le hablo para dejarle espacio. Cuando se levanta se marea y lo atrapo, este mes ha bajado casi quince kilos a causa de la operación.

—Vete —me ruega con voz rota.

—Me quedaré contigo.

Me ayudan a subirlo a la silla de ruedas, su madre se sorprende al verme y sonrío cuando asiento haciéndole saber que todo saldrá bien. Los acompaño al auto y me subo al mío para seguirlo, he decido buscar mi ropa y reincorporarme a mi vida cotidiana. Cuando salgo con el bolso, él se queda mirándolo.

—Te daré tu espacio, pero no creas que voy a desistir en volver.

—Miranda...

—Sé que ahora no ves más allá de lo que sucede, cuando me enteré de todo pensé que serías capaz de soportar esto a mi lado, y me decepciona profundamente que prefieras ser un cobarde. Tú decidiste dejarme marchar y yo que no te lo voy a permitir, así que alguno de los dos se cansará, aunque por ahora esto es lo que hay.

—No te mereces esto.

—Eres un terco, me importa muy poco que te estés muriendo.

Cuando cierro la puerta escucho dos palabras que me hacen saber que mi alegato está funcionando. Te amo, sé lo que significa y eso me impulsa a seguir luchando por él.

Aiden y yo hemos creado una rutina, si bien no estamos en los mejores términos, acepta mi presencia en las quimio y radioterapias. Alterno mis guardias y mi responsabilidad con cada sesión, sé que parezco un cadáver andante, sin embargo no me importa acudir a su lado cuando tocan después de mis guardias. En silencio lo ayudo, ya no discutimos y aunque sigue con la idea que lo mejor que puede regalarme es dejarme marchar, me niego a hacerle caso.

Hoy tengo una junta con la directiva del hospital, le vamos a presentar el proyecto de la sala de neonatología y estará Daniel. Me he puesto un vestido sastre de color crema y en unos *stilletos*, tengo mucho tiempo sin arreglarme, desde la boda para ser exactos.

Estoy colocando las carpetas en cada puesto cuando todos entran, la verdad es que acepté la idea que Alessandra Bianco dejó todo sobre mis hombros y, al final fui la que ha hecho el proyecto, todo lo hice completamente sola. Quizás este sea mi reto de iniciación como jefa de cirugía, solo que trabajar en algo de tal envergadura con lo que sucede en mi vida ha sido una misión para locos.

Ella les da la bienvenida y les da una explicación parcial del proyecto, cuando ve que no sabe qué responder, me tira la pelota y contesto cada una de las dudas que surgen. Me remito a los hechos y hago comparaciones, Daniel se mantiene imperturbable mirándome mientras estoy hablando, pienso que es mi imaginación o que simplemente es el cansancio, pero parece que sus ojos

siguen con exactitud cada uno de mis movimientos. Al terminar, todos quedan conformes y como lo que queda es deliberar, salgo de la sala de juntas.

En mi oficina busco mi móvil para escribirle a Ann la madre de Aiden, anoche pasó mala noche a causa de los vómitos. Tocan dos veces y digo:

—Pase...

La puerta se abre mientras tecleo el mensaje rápido, cuando escucho que se cierra alzo mi mirada y me encuentro con Daniel.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto turbada por la intensidad de su mirada.

—Necesito proponerte algo —me dice en tono serio.

—¿Es sobre el hospital? —inquiero, y así le dejo saber que lo personal entre nosotros es un asunto zanjado.

—No.

—Entonces puedes irte.

—Miranda...

—No tengo nada más que hablar contigo, quiero que lo entiendas... — Suspiro—. Tengo bastantes problemas, para tener que sumarte una vez más a ellos, no voy a volver contigo, no deseo estar contigo, estoy con él y me quedaré con él.

—¿Fui un problema en tu vida? —me interroga dolido.

—Daniel, por favor...

Le ruego pero parece estar decidido a hablar, porque se sienta y se queda mirándome. Cuando lo vi entrar a la sala de juntas no puedo negar que se me cortó el aliento, su ahora acostumbrado traje de tres piezas hecho a medida de color gris ratón, su camisa y corbata de color negro lo hacen ver soberbio.

—Tienes que escucharme —me pide—, puedes darme una última oportunidad.

—Habla —le pido, cuando veo sus ojos me doy cuenta de que están de un color miel tan intenso, me intimida su mirada.

—Sé todo lo que ha sucedido y me ha mantenido a raya para darte el espacio. —Respira hondo y yo fijo mi atención en sus movimientos, cuando lleva su mano a la boca sé que está por morderse sus dedos—. Mis sentimientos siguen siendo los mismos, sin embargo no soporto verte sufrir y sé que necesitas el apoyo de todos los que te amamos en este momento.

—No necesito de tu apoyo —lo interrumpo—, no necesito nada de ti.

—Miranda, ya sé que no puedo borrar de un plumazo todos mis errores y que lo escogiste a él a pesar de que te dejó plantada en el altar.

Me río con una carcajada tan sonora que Daniel me observa como si me

hubiera salido una tercera cabeza. No puedo creer que esté comparando nuestra ruptura con la que estoy viviendo con Aiden.

—A ver, quiero que esto quede claro y seas consciente de la estupidez que estás por cometer —le recrimino molesta—. Sé que nadie es perfecto y hay muchísimas cosas que me gustaría no haber hecho, no obstante necesito que entiendas que cuando estuve a tu lado hice hasta lo imposible para quedarme. —Asiente y trata de hablar, pero lo detengo con mi mano—. Tienes que comprender que esto es completamente diferente, sí, Aiden me dejó plantada en el altar y sentí que la vida se me iba con él cuando me enteré de que estaba enfermo, aunque entiendo las razones por las cuales lo hizo.

—¿Cuáles son? —me pregunta intrigado.

—Soy yo. La razón por la cual me dejó es que no quiere que sea infeliz a su lado. —Sonrío triste—. Solo que estoy decidida a mostrarle las miles de razones para que sea feliz, sé lo que está sucediendo y soy consciente que no responde al tratamiento como se espera, pero no me importa. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque lo amo. —Daniel contrae su rostro ante mi afirmación—. Fuiste una de las personas más importantes de mi vida, sin embargo ahora solo quiero que entiendas que lo nuestro es solo un montón de recuerdos y nada más.

—Creo sentir que estoy roto sin ti, por eso quiero al menos tratar de recuperar tu amistad —me confiesa.

—Ser tu amiga lastimaría a Aiden y es lo último que quiero.

—Él te dejó ir, estaba ahí cuando se fue.

Exhalo cansada, claro que estaba y conociendo a Daniel, seguro que se cercioraba que era capaz de casarme con otra persona.

—¿Qué es lo que realmente deseas? —inquiero cansada.

—Ser tu amigo al menos, sé que fue una estupidez, que tuve que perderte para ver que te necesito. —Baja su mirada—. Te juro que me arrepiento por ocultar lo que sentía, sé que fui yo quien te alejó y mi ego no me dejó verlo. No espero que me ames, creo que me has recalcado muchas veces que estás enamorada de Aiden, no obstante quiero que sepas que estoy para lo que necesites y no importa la hora o el momento que sea.

—Gracias.

—Eres lo mejor que pudo haberme pasado, estoy seguro de que a Aiden le sucede igual. —Se ríe y cabecea negando como si no pudiera creerlo—. Solo te pido una amistad y que le des la oportunidad a Mandy, mi hermana

quiere recuperarte y cree que te niegas porque somos hermanos.

—Mandy es otra cosa, no sé qué pueda suceder y te soy sincera, no creo que lo que me pides sea factible.

—¿Queda algo de ese amor que sentías por mí? —me pregunta.

Me quedo callada, no pienso responder ya que sería una pérdida de tiempo y caer en el juego de siempre. Me levanto y paso por su lado cuando voy a dirigirme a la puerta, atrapa mi mano y me estremezco, odio a mi cuerpo por reaccionar siempre ante él.

—Tú también decidiste dejarme ir, así que es hora de que aceptes las consecuencias de tus actos y aceptes que lo nuestro terminó.

Bésame

Aiden viaja entre días buenos y malos, mi padre ha decidido incluir la inmunoterapia a su tratamiento. Esta es la primera que recibe y han decidido dejarlo hospitalizado, me quedo a su lado y él solo acepta en silencio que no pienso irme. Estos son los momentos en los cuales quiero demostrarle que no pienso alejarme de él.

Tengo casi cuatro meses en Seattle, dos meses en el hospital y casi dos meses viviendo una pesadilla. Cada vez que abro mis ojos creo que estoy viviendo un sueño eterno, uno tan malo que me hace perder la cabeza y querer abandonarlo todo. Trabajar es mi única vía de escape a lo que sucede y aunque creen que me estoy esforzando para mantener un equilibrio, estoy segura de que lo he conseguido.

Él se queja entre sueños y yo me acerco a su cama, tomo su mano y con mi pulgar acaricio su piel. Siento el deseo inmenso de llorar hasta que no quede nada adentro, Aiden se queja de dolor y me asusto cuando se despierta doblándose para vomitar. Abro los ojos cuando observo que es sangre y me levanto para ayudarlo.

—Aiden, mírame —le pido.

—Llama a tu padre —me ruega.

Aprieto el botón para llamar a las enfermeras y busco una toalla para limpiarle, la humedezco y al regresar le quito las sábanas. Se queja cuando la humedad choca con su piel, trato de alejar los nervios y los malos pensamientos. Atrapa mi muñeca y subo la mirada a su rostro, sus ojos me observan con un ardor nunca visto, muerdo mi labio inferior tratando de aguantar las lágrimas.

Las enfermeras entran y me ayudan a cambiarlo, pero Aiden vuelve a comunicarnos que desea vomitar y busco un recipiente para que lo haga. Cuando logra calmarse y explicarme que lo aqueja un dolor en el abdomen, llamo a mi padre y le ordeno a las enfermeras que le coloquen morfina intravenosa. Me quedo cerca tratando de estar pendiente de cada uno de sus movimientos, toma mi mano y reprimo las ganas de echarme a llorar sobre él.

—Es más difícil cuando eres doctor saber que tienes cáncer, no quiero morir —me confiesa.

—Aiden no lo harás —le aseguro.

—Puedes darme un poquito de agua, tengo los labios resacos —me pide.

Me levanto y le acerco el vaso, toma unos cuantos sorbos. Hace más de una semana se afeitó toda su cabellera que comenzaba a caerse, estuve con él acompañándolo en silencio y cada vez que me miraba a través del espejo, sé que me decía te amo.

—Estoy empapado por el sudor —me comenta—. Esto es horrible —murmura. Su voz se quiebra.

—Aiden... —lo llamo y él me observa mientras cabecea—. Te lo ruego, no te riendas y lucha por nosotros.

—Miranda, sé que esto es una lucha sin descanso y te juro que lo hago, cuando me miras sé que recuerdas al hombre que conociste en África y no a este que tienes frente a ti.

—Mientes —le increpo.

—¿Sabes qué es lo más difícil de esto? —me pregunta.

—No...

—Lo más difícil de morirme es dejarte —confiesa.

Y esas palabras bastan para que abra la llave para llorar, lo hago en silencio mientras él lo hace, sin pedirle permiso me acuesto a su lado y lo abrazo. Corresponde en silencio y me quedo tranquila en sus brazos, porque no puedo negar que necesitaba este contacto con él.

—Yo no quiero que me alejes y menos que me dejes —le aseguro—, sé que tenemos un muro enorme en el horizonte, pero quiero estar aquí, contigo. Por favor, no me alejes.

—Estoy perdido.

—Encuétrame.

—Solo han pasado dos meses y no eres ni la sombra de la mujer que amo, porque sé que esto te está consumiendo.

—Aiden, escúchame —le ruego—. No me importa si mañana no estarás, quiero estar contigo hasta el final.

—Deberías irte.

—No puedo, bésame... —le insto.

Subo mi rostro y me quedo mirándolo, Aiden cierra los ojos y baja sus labios a los míos. Me besa con miedo a romperme, cuando en realidad lo hace queriéndome alejar de él. Su beso es suave y lento, como si quisiera de alguna manera no dejarme ir.

—Escapémonos, lejos de todos y vivamos nuestro sueño —le propongo. Aiden se ríe.

—Sería fácil.

—Siento que luchas por todo y todos, pero al mismo tiempo que te rindes —le manifiesto y él besa mi frente.

—Sé que te alejo, sin embargo cuando entras iluminando cada espacio. —Exhala cansando—. Dejo que te quedes, porque te amo tanto.

—Aiden, no me alejes te lo pido. Es injusto que quieras hacerlo cuando lo justo es que pasemos esto juntos.

—Lo sé, aunque mereces algo mejor.

Aiden hace una mueca de dolor y me levanto para acelerar el goteo de la morfina. Él cierra los ojos y yo me quedo en silencio mirándolo, porque estoy segura que con su confesión acaba de bajar al infierno, está aceptando que pronto tendrá que dejarme. Cuando las personas están perdidas o se sienten acorraladas son capaces de lastimar y él lo único que desea es hacerme feliz, sin saber que alejándome solo me hace daño.

Mi padre me ha llamado a mi oficina, tengo el presentimiento de que lo que tiene que decirme no va a gustarme y que estoy a punto de tambalearme. Camino descalza sobre vidrios que están hiriéndome y estoy a punto de caer, ya no puedo seguir. Entro y está Mandy junto a él, sonrío tratando de mantenerme calmada.

Amanda Wimmer es oncóloga y la que lleva de cerca el caso de Aiden, mi padre ha estado volando desde Houston para de alguna forma demostrarme que me apoya, sin embargo, sé que la hermana de Daniel es la que ha seguido el caso de cerca.

—Miranda siéntate —me pide mi padre.

Y una sola mirada me basta para que me mate y me mande a un maldito infierno, sé que esto no pinta nada bien. Ellos ponen frente a mí la historia médica, la tomo con manos temblorosas y leo con detenimiento el caso, leo los informes patológicos y comparo con las imágenes. Cuando llego a los más recientes ahogo un sollozo.

—Lo siento, Mir —me dice Mandy—. Hicimos hasta lo imposible, pero el tipo de cáncer de Aiden es agresivo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—Cuatro meses —contesta mi padre—, como mucho puede que llegue hasta los seis.

Me levanto y salgo de la oficina corriendo, no me detengo hasta llegar a

la puerta y que el aire frío del invierno golpee mi rostro. Doy un grito frustrada y me sobreviene una arcada a causa de la náuseas.

—Mir —me llama Daniel con voz asustada y me toma entre sus brazos.

—Suéltame —le pido.

—¿Ha sucedido algo? —me pregunta.

—Miranda, hija —me llama mi padre.

Me levanto y vuelvo a doblarme para vomitar. Escucho a Daniel maldecir y a mi padre pedirle que lo deje encargarse, me ponen un abrigo y siento el aroma de *Armani Code*, por lo que me quito. Me enderezo y busco a mi padre que me observa asustado, sin miedo al rechazo me echo a sus brazos para llorar como una niña pequeña. Él me recibe y me lleva con él lejos de Daniel y todo lo que me lastima, me deja llorar para que así saque toda la frustración que corre por mi cuerpo.

—Tienes que darle una oportunidad a Daniel, solo quiere ayudar —me susurra mi padre—, Aiden está de acuerdo con ello —afirma. Me separó y me quedo mirándolo—. Aiden es un hombre inteligente y maravilloso, no pudiste escoger mejor —asegura, mientras besa mi frente—. Hija, él lo sabe.

—Lo sé —gimoteo—, pero yo no quiero que se muera.

—Nadie quiere que la persona que amas muera, sin embargo esto es algo con lo que nos enfrentamos a diario y necesito que seas fuerte.

Mi papá toma a Teddy y lo pasa por mi mejilla, río porque mi padre ha sido todo menos tierno conmigo y creo que esta es una faceta que nunca había conocido.

—Aiden me contó la historia cuando te vio la primera vez. —Alzo mi rostro para mirarlo y creo que lo observo relajado—. Creo que tuvo la misma impresión que yo, eres un ángel, te amé y sé que no he sido el padre amoroso que toda chica sueña, aunque te amo con toda mi alma y quisiera poder salvarlo, te he fallado.

—No, yo lo entiendo —susurro.

Estoy un rato más con mi papá y salgo hasta la sala de pediatría para encargarme de unos casos que tengo pendientes. Me sorprende cuando encuentro a Emmy con su madre, han regresado de Florida y ella a pesar de todo está radiante, la niña hecha a correr y me abraza. Yo me agacho hasta quedar a su altura y hago lo mismo correspondiendo al cariño.

—¿Y las princesas? —le pregunto.

—Hermosas —contesta y rompe el abrazo para entregarme una bolsa de regalo.

La recibo y sonrío, cuando la abro encuentro un peluche de Ariel casi igual que mi Teddy. Emmy sonrío y me dice:

—Para luchar contra la malvada de Úrsula.

—Emmy —susurro con voz ronca.

Asiento y la acompaño hasta una de las camillas para revisarla. Cuando su madre se acerca me confiesa que han decidido que la niña no siga recibiendo quimio, y que han aceptado que en algún momento debe dejarlos. Aunque como doctora debería impedirlo, le explico las consecuencias de dejar el tratamiento, ella me comenta que no quiere que Emmy pase sus últimos días dentro del hospital. Le hago prometerme que cualquier eventualidad, recurrirá a nosotros y me despido con un mal sabor de boca. Al terminar voy a la habitación de Aiden, lo encuentro dormido y me siento a su lado como todos los días.

Me muero por confesarle lo que pasa por mi mente, quisiera pedirle que deje el tratamiento y que se escape conmigo a cualquier rincón del planeta. Quiero que sea feliz hasta su último aliento, pero sobre todo deseo que sepa que lo amo y que no soltaré su mano hasta que esté preparado para irse y aun así, estoy segura que seguiría amándolo.

—Bésame —me pide.

Estaba tan extraviada en mis pensamientos que no me percaté de que se había despertado. Me subo a la cama y lo beso como si mi vida dependiera de ello, porque este es el momento más difícil de mi vida, porque he aceptado que aunque quisiera pasar el resto de mi vida a su lado, muy pronto va a dejarme para romper mi corazón.

—Te amo —susurro contra sus labios.

—Y yo a ti, Miranda.

Me abrazo a su cuerpo y no tengo necesidad de decirle que estoy enterada, Aiden parece haber comprendido que no voy a irme. No me importa qué tengo que hacer para que se sienta un poquito más seguro, porque no quiero que se vaya con nuestra historia entre sus dedos.

Entro al hospital con deseos de encontrarme a Miranda, sin embargo, la doctora Bianco me ha informado que ella está pasando por un muy mal momento y que no podrá estar en las próximas reuniones. Oculto mi decepción y al terminar voy a esperar a Mandy en la cafetería, estoy revisando unos emails cuando Mark Evans se sienta en una de las sillas libres.

—Daniel —me saluda con voz seria.

Me quedo mirando al padre de Miranda, estoy seguro que toda esta situación lo tiene preocupado, porque aunque ella se niegue a verlo, sus padres la adoran y es que es capaz de convertirse en el centro del universo de cualquier persona.

—Mark —devuelvo el saludo asintiendo y guardo mi móvil.

—Te veo muy seguido en el hospital —comenta curioso y siempre directo al grano.

—Estoy invirtiendo en una sala de neonatología y trabajo de cerca con las personas involucradas.

Me da una mirada furibunda, realmente nunca pudo intimidarme, los dos sabíamos que iba estar con su hija me diera o no su bendición.

—¿No tiene nada que ver con Miranda? —pregunta finalmente.

—Todo tiene que ver con ella, sin embargo en este momento solo estoy en el hospital por lo que te he dicho —miento.

No tengo porque darle ninguna explicación, lo que tenga o no que hacer dentro del hospital no es de su incumbencia. Lo respeto, aunque no tiene derecho a entrometerse en mi vida. Me levanto, él lo impide y vuelvo a sentarme.

—Mark, lo siento, pero no tengo deseos de conversar con nadie —le advierto—, por ahora soy mala compañía.

—¿Hasta para mí?

No reconozco la voz masculina, pero me giro para mirar a quién pertenece. Me tenso al encontrarme con Aiden, parece que me han tendido una emboscada y que tengo que aceptarlo. Los dos nos medimos con la mirada, hasta que corto la conexión y me quedo con la mía perdida en algún punto distante de la cafetería.

—Tenía ganas de conocerte —dice con un tono de voz bastante perspicaz.

—Lástima que yo no tenga el más mínimo interés en hacerlo —contesto.

—Escucha lo que tiene que decirte, Daniel —me ordena Mark.

Sus palabras me llaman la atención y vuelvo mi mirada hacia él, para luego mirar a Aiden. Este sonrío triste y no puedo negar que esta es la situación más incómoda de mi vida. Nunca me imaginé ni en mis peores pesadillas conocer al hombre que tiene entre sus brazos a la mujer que amo.

—Tengo poco tiempo, no obstante tienes toda mi atención —le aseguro.

—Creo que te conozco, sé toda la historia que hubo entre ustedes, sé lo mucho que significas para Miranda y estoy seguro de que no conoces nada sobre mí. —Exhala cansado y yo retengo las ganas de levantarme—. Te vi cuando dejé a Miranda plantada.

—Bonito detalle, nunca le habría hecho algo así —le recrimino.

—Yo no le sería infiel —contraataca.

«Touché», pienso y no puedo evitar apretar mis puños.

—Has dado en el clavo, mejor dicho en la herida, lo que no entiendo a qué viene todo esto y menos que tú, Mark, te prestes a estos juegos de mujeres.

—Escucha —insiste el padre de Miranda, a lo que pongo los ojos en blanco.

—Estoy muriendo y para nadie es un secreto, tu hermana es una de las doctoras en mi caso, así que asumo que conoces bastante bien mi historia médica. —Alza una ceja en modo de interrogación.

—Lo cierto es que mi hermana maneja aquello de la confidencialidad y no es capaz de traicionar a sus pacientes, sé que estás enfermo, pero nada más.

—Entiendo, tengo metástasis y me queda poco tiempo.

—¿Y qué tiene que ver conmigo? —insisto.

—Que a pesar de todos tus errores, estoy seguro de que amas a Miranda y que puedes cuidar de ella cuando yo no esté.

Su afirmación cae sobre mí como un balde de agua helada, no puedo negar que me ha dejado sin palabras, no sé qué decir o pensar, me parece un juego macabro, una trampa, algo que no es normal, no puedo evitar desconfiar.

—¿Qué estás tratando de decirme? —inquiero.

—Lo que entendiste —me contesta.

Esto es una locura, creo que estoy viviendo un momento surrealista o que me han abducido los extraterrestres y tengo algún tipo de alucinación. Me está diciendo que tengo su bendición, no me lo puedo creer.

—Solo seré su amigo, entendí que lo nuestro ha terminado y que ella te

ama —le aclaro.

—Daniel —me llama Mark y presto mi atención en él—. Mi hija está pasando por una de las situaciones más difíciles de su vida, no puedo negar que quisiera evitarle cada lágrima que ha derramado y que deseo con toda mi alma hacerla feliz, pero no puedo, no soy Dios.

—Lo entiendo —le aseguro.

—Aiden deseaba conocerte, poder decirte que a pesar de tus errores, cree que puedes hacer feliz a Miranda.

—Les advierto que esto no va a gustarle a Miranda, los va a odiar y conociéndola, va a creer que es idea mía.

—No te preocupes, le haré saber que fui yo, quién tuvo la idea —afirma Aiden.

—Esto es una locura. —Resoplo frustrado cuando veo entrar a Mandy—. Miranda y yo terminamos, no creo que suceda lo que esperan, que ella vuelva conmigo. —Miro por primera vez a Aiden—. Miranda y yo, esas tres palabras terminaron el día que la dejé ir y ella te encontró, creo que debes pensar más en vivir el tiempo que te queda y no en lo que sucederá cuando no estés, disfruta de los momentos que aún tienes junto a la mujer más maravillosa del mundo.

Trago ya que esas palabras me saben amargas, sin pensarlo me levanto y voy hasta donde me espera mi hermana. No es fácil toda esta situación, sin embargo, si estuviera en sus zapatos no acercaría a la mujer que amo al hombre que quiso.

Mandy me pregunta de qué se trataba todo esto, yo solo le respondo que Mark quería hablar y que Aiden se unió. No se lo traga, pero se queda callada, sabe que es lo mejor, que en este momento necesito un poco de paz, que lo mejor es que no me diga nada más.

Llego a mi piso y busco en mi laptop los últimos estudios de cáncer de estómago, paso horas buscando una solución, para regalarle a Miranda un final feliz, uno en su amada *Ciudad Esmeralda*. No tengo ni idea en qué etapa está, realmente no entiendo de términos médicos, sin embargo, quisiera poder ayudar.

Ella se lo merece.

Él merece vivir.

Creo que ha llegado el momento de mi vida en el cual entendí, que hay personas que llegan a tu vida para marcar una diferencia, no obstante, no pueden quedarse a tu lado. Miranda fue esa persona en la mía, llegó para enseñarme que hay pureza y nobleza en algunos corazones, por eso el tiempo que estuvo a mi lado siempre me sentí insignificante, que no valía la pena a pesar de poseer todo lo que poseo. La riqueza material te da un estatus social, mas no te da la riqueza que debe tener cada ser humano.

Nobleza.

Humanidad.

Altruismo.

Humildad.

Muchas veces debemos entender, que debemos dejar ir a las personas que amamos. Hoy, hoy fue el día en el que solo puedo tener a Miranda como amiga y que puedo poner un granito de arena para su felicidad.

Amiga mía

Llego al hospital nerviosa y pensando cuál será la reacción de mi jefa a la decisión que he tomado. Obtuve un descanso de una semana luego de que la junta directiva aprobara el proyecto, pero durante ese periodo estuve al lado de Aiden en nuestra casa y fueron días de calma, la cual perdimos desde que apareció esta maldita enfermedad.

Cuando entro veo el movimiento que nunca parece acabarse, aquí la vida es un ir y venir constante de emergencias. Subo hasta la oficina de Alessandra y por el camino choco con Daniel, que me atrapa salvándome de una caída segura.

—Miranda —susurra mi nombre.

Me enderezo y arreglo mi traje, sonrío nerviosa y es que la verdad creo que es imposible ya tratar de huir. Estoy cansada de esto y creo que él también, por eso desde hace días trato de retomar mi vieja amistad con su hermana y creo que en el fondo le agradezco que esté tratando de hacerle la vida más fácil a Aiden.

—¿Estás bien? —me pregunta. Asiento.

—Lo estoy —le aseguro.

—¿Y Aiden? —inquire.

—En casa, está bien —replico. Asiente y trata de acariciarme, pero me alejo como si fuera un espanto a punto de poseerme. Veo como lo golpea mi rechazo, se recompone y sonrío.

—Me dejas invitarte a un café, Mir.

—Tengo que ver a Alessandra, lo siento —me excuso tratando de que decline la idea.

—Ella está atendiendo una emergencia, creo que tienes tiempo de tomar algo conmigo —me contesta y sonrío, creo que no tengo salida—. Te prometo que es solo un café.

Daniel me propone a ir a un lugar cerca y me promete que no intentará nada. Salimos y me quedo sorprendida cuando veo que hay un Mercedes Benz negro frente al hospital, un chófer espera y al vernos abre la puerta. Subo bastante confundida, quizás no ha sido tan buena idea venir hasta aquí con él.

—Lo sé —susurra como si adivinara mis pensamientos—. Las cosas han cambiado un montón.

—¿Chófer? —le interrogo con una ceja en alto, el Daniel que conozco le

gustaba la independencia de su destino.

—Solo en las ocasiones en que lo necesito, sabes que prefiero manejar.

—O andar en moto.

Daniel sonrío con mi último comentario y me remuevo incomoda, no puedo evitar que su sonrisa cause ese mismo efecto siempre. Quisiera ya no sentir nada y poder compartir tranquilos cualquier espacio, aunque parece que no va a ser así, nunca.

Nos quedamos en silencio mientras nos acercan a donde él piensa que es buena idea. Cuando nos detenemos deo prácticamente de respirar, me ha traído al mismo lugar en donde tuvimos nuestra primera cita, esta cafetería es sencilla y el mejor lugar para comer un *muffin* recién horneado. Nos bajamos y él pone su mano en la parte baja de mi espalda, me guía hasta dentro y tengo que admitir que el tiempo se detuvo en ese lugar, porque aunque son otros los chicos detrás de la barra los que atienden, sigue siendo exactamente igual a como lo recordaba. Encontramos una mesa y él me dice que sabe qué voy a ordenar.

Me quito los guantes y el abrigo, porque se está lo suficientemente caliente aquí y es algo que me reconforta. Cuando regresa pone una bandeja frente a nosotros, hay dos cafés y estoy segura que uno es *latte* y el otro un americano, también hay dos *muffin* de chocolate que huelen delicioso.

—¿Sigues tomando *latte*? —me pregunta nervioso.

—Aún lo tomo —contesto, y suelta un suspiro de alivio—. Somos animales de costumbres.

—¿Cómo sigue? —inquieta tomando su taza.

—Tiene días buenos y otros no tanto, sin embargo está luchando para mantenerse en pie. —Se me quiebra la voz, porque cada día que acaba es uno menos en su reloj de arena—. Siento que luchamos una batalla que sabemos que vamos a perder.

—Te está consumiendo —murmura.

—Habría hecho lo mismo por ti —le aseguro.

—Lo sé, lo siento —se disculpa apenado—, Miranda, estoy consciente de que ahora solo vives por él y que lo nuestro acabó, no obstante me gustaría verte feliz y darte la victoria de esta batalla, pero no puedo.

—A veces nos toca duro, mas estoy segura que junto a Aiden he aprendido muchas lecciones, por eso no me arrepiento de nada.

—Estás orgullosa de él —manifiesta con la voz cargada de celos.

—Lo estoy, cuando lo conocí me parecía inalcanzable. ¿Sabes? La

manera en que dejamos todo no me dejaba avanzar y él tuvo la paciencia infinita de esperar hasta que decidí aceptarlo. —Sonrío—. Me maravillaba la forma en la que trataba a sus pacientes y como con tan pocos instrumentos podía salvar la vida del paciente que estaba en su mesa, aunque lo que me conquistó fue su forma de quererme, porque aunque sabía que era rápido y quizás tan intenso, nunca desistió para llegar a enamorarme.

—¿Me olvidaste? —inquire dolido.

Por primera vez en tanto tiempo tomo su mano sin miedo a salir lastimada, porque ya nada puede hacerme más daño.

—Nunca voy a olvidarte —le aseguro—, necesito que tu mente y corazón entiendan que llegó el momento que debía soltar tu mano para poder ser feliz.

Daniel traga y observo su nuez de Adán subir y bajar, no puedo evitar recordar las veces que lo besé ahí.

—Lo comprendo.

—Gracias por tratar de estar en este momento que necesito a todos, no obstante debes entender que se hace muy difícil aceptar la ayuda de alguien que una vez me hizo daño.

—Nunca imaginé que me habías visto con Heather, te juro que fue una estupidez que estoy pagando caro. —Exhala cansado—. Me casé con una mujer que solo deseaba mi dinero, por eso me divorcié, no era igual a ti.

—Dejemos de mirar a atrás y tratemos de avanzar —le propongo—. Ya nos dimos cuenta de que no estamos hechos para estar juntos.

—Al menos... —comienza mirándome nervioso—. ¿Podemos ser amigos?

Asiento sopesando que es lo mejor, porque no puedo seguir luchando contra el destino que parece querer juntarnos de alguna manera. Sé que si él pudiera me rescataría de lo que estoy viviendo, pero se siente bien que me escuchen sin mirarme con lástima.

Joana no hace más que llorar cuando busco su hombro para descansar, Mandy no deja de hablarme de probabilidades y mis padres no saben cómo hacerme reír de nuevo. Cuando Daniel estaba junto a mí era como la luz que podía disipar la oscuridad, luego poco a poco se fue apagando y nos perdimos.

—Ahora quiero que me digas la verdad —me pide.

—¿Cuál?

—¿Cómo te sientes?

—Rota, porque sé que estoy esperando lo inevitable y que cada día es

uno menos que nos queda. —Cierro los ojos y trago el nudo que se me ha hecho—. Siento que tengo mala suerte y que nunca debí permitirme amarlo, porque el día que se vaya sé que todo se irá con él.

—Estaremos las personas que te amamos para apoyarte —me asegura.

—Aiden se volvió el infinito para mí y sé que con esto te lastimo, sin él siento ganas de morirme.

—No te preocupes por mí.

Tomo el primer sorbo del café y debo decirle, total él confía que estaré en el hospital para seguir el proyecto y yo he tomado una decisión.

—Daniel... —lo llamo.

—Di lo que tengas que decir —me pide con una sonrisa.

—Aiden y yo volaremos a África. —Abre los ojos sorprendido—. Quiere morir en el sitio donde fue feliz y sus padres han aceptado, voy a dejar el hospital por unos meses y volveré cuando esté lista.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura de algo, lo mejor que podemos hacer es eso y aunque sé que creen que me he vuelto loca, quiero cumplir todos sus deseos y hacerlo feliz —acoto y suspiro—. Nosotros por nuestro paso en Nairobi compramos una casa en Mombasa, una locura. —Me río—. Siempre quisimos regresar y tener un refugio allá era la excusa perfecta para hacerlo, muchos se mudan a Europa, yo quiero vivir en Kenia.

—Miranda, ¿soportará el viaje y estar sin los medicamentos?

—El viaje es algo que estamos estudiando, pero los medicamentos son lo de menos y es que cuento con ellos. —Sonrío—. Mi padre me ha prometido dármelos.

—Vaya, Mark te está apoyando.

—No, bueno... —Me remuevo contrariada—. Todo lo contrario. Piensa que es una locura, sin embargo una amiga que es enfermera está dispuesta a ayudarme y yo puedo hacer lo demás, no me importaría estar con él.

—Te perderé una vez más —murmura tan bajito que cree que pasa desapercibido su comentario, pero lo escucho.

—Lo siento —me disculpo.

Daniel niega con su cabeza y atrapa mi mano cuando me dispongo a coger el *muffin*. Respiro asustada, porque de nuevo siento la misma electricidad y parece que nunca va a acabar este magnetismo que hay entre nosotros.

—No te preocupes, fui idiota al no ver que había encontrado la chica perfecta para mí y que era un ángel capaz de iluminar mi vida entera. —Sonríe

y me acerca un poco para dejar un beso sobre mi mano—. Nunca te dediqué una canción de amor, aunque hace días que no dejo de escuchar *Perfect* de Ed Sheeran y esa eres tú, lo creas o no. Aiden y yo tenemos la suerte de conocer el poder curativo de tu amor.

Asiento y me quedo callada, terminamos y de regreso al hospital no dejo de pensar, que quizás esta debió ser la despedida que no tuvimos. Al despedirnos me pide que le avise cuando me iré, sé que intuye que no lo haré, me da un beso en la coronilla y lo veo subirse al auto que arranca.

Cuando encuentro a Alessandra y le cuento mi idea, me dice claramente que le parece lo más descabellado de este mundo, sin embargo me asegura que mi puesto estará cuando decida volver y, que me desea lo mejor estos meses que estaré lejos. Voy hasta el piso de pediatría y me quedo mirando todo con nostalgia ya que siempre fue mi sueño estar aquí, creo que la vida nunca nos podrá pruebas que no podamos superar, estoy segura que esta será imposible y que me dolerá.

Salgo del hospital convencida que es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo y que aunque soñaba con una blanca navidad, tendré una caliente cerca del mar. Al llegar a casa, subo hasta la habitación y me acuesto al lado de Aiden que duerme. Este no es el hombre del cual me enamoré, no físicamente, sin embargo su alma sigue siendo la misma.

Mirar el espectáculo desde las gradas me ha dado otra perspectiva de mi profesión, ahora sé de buena tinta lo que sienten los familiares cuando un doctor les falla. No hay nada más que hacer, solo afrontar lo que me toca, que lo quiera o no voy a despegarme de su lado, solo quiero hacerlo feliz.

—Llegaste —masculla.

—Sí, tengo rato aquí.

—¿Cómo te fue? —me pregunta interesado.

—Nos vamos, nunca debí traerte a Seattle.

—Mir...

—Quizás no te hubieras enfermado —confieso como una niña pequeña.

—El cáncer estaba ahí, solo que no lo vimos.

Aiden me toma entre sus brazos y me siento en casa después de tanto tiempo luchando, al fin se dio cuenta que su lugar es a mi lado hasta que Dios lo quiera. ¿Existe Dios? Espero que si lo hace, me dé mucho tiempo para hacerlo el hombre más feliz del mundo. Nada importa ya, solo su bienestar y la seguridad que por el tiempo que reste estaremos juntos, sin mentiras.

—Vi a Daniel —le confieso—, tomamos un café.

Aiden se tensa.

—¿Cómo fue? —inquire.

—Creo que es la primera vez que no me dijo que me amaba, fue paciente y comprensivo cuando le conté que nos iremos.

—¿Estás segura de que quieres irte?

—Lo estoy, no me importa nada más que tú.

—Miranda siempre a tu lado un nuevo comienzo es emocionante, sin embargo este me da mucho miedo. —Y no sé cómo expresarle que lo amo, que no me importa nada más que su bienestar—. Estoy seguro que con tu sonrisa voy a poder vencer hasta la muerte, aunque no soy tonto, me he dado cuenta que la has perdido desde que estoy enfermo.

—La voy a recuperar, solo necesito un poco de tiempo y la paz que nos traerá estar en Mombasa.

—Antes quiero hacer algo —me pide.

—Lo que sea.

Aiden me besa la coronilla y me duermo pensando que desde que está enfermo soy incapaz de negarle alguna cosa y que no importa nada más que amarlo.

Space Needle

Parece que nuestra inminente partida ha revitalizado a Aiden, no me importa dejar mis sueños con tal de concederle los últimos a él. Se llama amar desinteresadamente, me ha pedido ir a cenar a La Aguja, no podía negarme pues era algo que habíamos planeado. Me ha obligado a usar un conjunto de color crema que tenía guardado para las reuniones de junta directiva, solo es una falta de tubo y una camisa de encaje.

De camino vamos escuchando nuestro cantante favorito, Michael Bubl  y creo que los dos conectados por la música, la medicina y el deseo de salvar a todos nuestros pacientes. El historial como card logo de él es impecable, con tan solo treinta y tres años ha publicado cientos de estudios, pues fue pupilo de uno de los card logos de gran renombre en los Estados Unidos.

Home suena por los altavoces y los dos nos miramos al instante, sonreímos y él toma mi mano que est  en la palanca de cambios, para llevarla a sus labios y dejar un beso casto.

—Te amo —susurra.

—Te amo —contesto.

Llegamos y su ánimo me contagia, me gustaría estar en casa terminando las maletas, sin embargo verlo tan feliz por cenar conmigo me ha hecho replantearme todo y aceptar. Cuando subimos, el ascensor solo tarda cuarenta y tres segundos en llevarnos a la cima para que podamos tener una vista de trescientos sesenta grados.

—Est s preciosa —me elogia y no puedo evitar sonreír—. Eres un  ngel  lo sabías?

—Est s loco —le aseguro cuando las puertas del ascensor se abren y toma mi mano para salir.

Entramos al restaurante, y ahogo un jadeo al encontrarme a mis padres, los padres de Aiden, Alessandra y a Joana en un pequeño altar improvisado.

—S  que el primer intento fue algo traumático, pero quiero cumplir todos tus sueños.

— Oh Dios mío! —jadeo cuando torpemente se pone de rodillas.

—Miranda Louise Evans,  me harías el honor de ser mi esposa?

—S  —contesto con lágrimas en los ojos.

Ann y Thomas se acercan a su hijo y le dan una cajita de color azul, que él abre para que pueda apreciar un hermoso solitario con una piedra de color

azul.

—Ese es el color de tus ojos y espero poder mirarlos hasta el final de mis días —me dice, mientras saca la sortija y la coloca en mi dedo—. Por los nuevos comienzos.

Mi madre me observa con lágrimas en los ojos y si a ella le ha conmovido este pequeño acto de amor, estoy con la persona correcta. Joana me abraza cuando llegamos frente al juez y me asegura que se moría por contarme la sorpresa que se traía entre manos Aiden. Cuando comienza la ceremonia en ningún momentos nos dejamos de mirarnos a los ojos, porque esta vez hemos aceptado vivir el tiempo que nos reste siempre juntos, y no importa qué nos puede tener preparado el mañana, solo nos importa el aquí y el ahora.

—Aiden Thomas eres el hombre más increíble que podía encontrar, creí que eras un espejismo y creo que solo me resistí, porque sabía que eras el hombre correcto para mí. —Respiro hondo—. Estaré contigo en las buenas y las malas, así me quieras alejar, puedo ser muy terca y tozuda cuando quiero. Te prometo amarte hasta el final de mis días y compartir mis alegrías, aunque también mis tristezas. Te amo, Aiden y siempre lo haré. —Tomo el anillo—. Estoy feliz de tomarte como mi esposo.

Aiden sonrío.

—Miranda eres un ángel que cayó en este mundo de mortales, para demostrar que existen aún cosas buenas. Eres lo mejor que pudo pasarme en la vida, cada vez que recuerdo un atardecer estás tú en él, y es que mi vida se convirtió en un verano eterno cuando llegaste a ella. —Saca de su bolsillo una alianza de oro blanco—. Guarda el último baile para mí, porque nunca podré alejarme de nuevo de ti. Te amo con toda mi alma y solo quiero pasar el resto de mis días contigo.

Se acerca y me roba un beso.

—Por el poder que me confiere el estado de Washington, los declaro marido y mujer —pronuncia el juez y siento que hemos cumplido un sueño más.

Nos besamos entre los aplausos y vítores de nuestros padres, amigos y los comensales que han visto esta pequeña escena entre dos extraños. Vemos el atardecer desde la cima del mundo por así decirlo y cenamos celebrando que al fin estamos casados.

Mi madre se acerca en algún momento, pues si alguien no estaba de acuerdo con todo esto era ella y creo que algo cambió.

—Lauren gracias por todo —le agradece Aiden y frunzo el ceño.

—No es nada, ¿puedo robarte a tu esposa cinco minutos?

Vale ahora estoy perdida y no entiendo nada de lo que sucede, Aiden asiente y mi madre me invita a levantarme para que la acompañe. Nos alejamos de todos que ríen, sin embargo el rictus circunspecto de mi madre me indica que para nada está de acuerdo con mi boda, cuando se cree lo suficiente lejos de todos saca un bote de pastillas.

—Estás drogas no están a la venta, estoy probando su viabilidad como coadyuvante contra el cáncer. —Las pone en mis manos—. Aiden tiene unos diez días tomándolas.

—¿Lo estás usando de conejillo de indias? —le reclamo sorprendida.

—Le estoy dando la oportunidad que sus últimos días no sean dolorosos, según los pacientes que han recibido el tratamiento. —Gira su rostro y lo señala—. Han desaparecido los dolores y los efectos secundarios de las quimios y radios.

—Mamá...

—Estoy segura que sigues creyendo que tu padre y yo te tuvimos por un error de cálculo. —Vuelve su mirada y yo escondo la mía—. Nunca fui una mujer como mi madre que irradiaba amor a su paso, te criaste con el cariño que podíamos darte y te aseguro que no fuiste un error, todavía me sorprendo de tu nobleza y lo amorosa que eres a pesar de cómo fuimos.

—No pasa nada, mamá —le aseguro y tomo sus manos—. Se las daré, solo quiero saber las indicaciones.

Mi mamá me explica cuántas dosis debe tomarse en un día y los efectos secundarios de la droga, para evitar problemas, me ha dado un informe en donde indica que Aiden es parte de un ensayo médico. Al terminar la celebración me despido de Alessandra y me alegro, cuando me asegura que siempre tendrá un puesto para mí en el hospital. Cuando he decidido que Aiden ha estado sin descansar más de cinco horas, trato de disuadirlo para volver a casa y me pide unos minutos para terminar una conversación con mi padre.

Joana se acerca y toma en silencio mi mano, las dos hemos compartido desde las alegrías hasta las tristezas, creo que somos amigas desde el jardín de infancia y somos tan diferentes, pero creo que llegamos a complementarnos.

—Te voy a extrañar —me asegura.

—Siempre puedes venir —le contesto alzando los hombros—, nuestra casa tiene de patio y una hermosa playa privada.

—Suenan tentador, ¿estarás bien? —me pregunta asustada.

—No, pero lo intentaré.

Las dos perdemos la vista y creo que estoy a punto de echarme a llorar como una niña pequeña, lo cierto es que no he dicho la verdad de cómo me siento en mucho tiempo y, que tengo miedo de fallar cuando las cosas empeoren.

—Tengo miedo —confieso en voz alta—. Mucho miedo.

—No serías humana sino lo tuvieras. —Joana toma mi mano—. Cuando me necesites estaré al alcance de una llamada y si tengo que volar solo di fuego.

—Nuestra palabra de seguridad —me río.

—Miranda nada de lo que te diga puede ser comparado con lo que estás a punto de vivir, la boda fue hermosa y se lo merecían, amas a Aiden como a nadie y sé que él te ama a ti de la misma manera, pero irse cuando él necesita cuidados especiales, me parece una locura.

—Lo sé, solo quiero hacerlo feliz —susurro bajito.

—Te entiendo.

—¿Sabes? Pensé que volver a ver a Daniel me iba a poner el mundo de cabeza y fue el cáncer, la enfermedad que luché por curar, la que lo hizo.

—¿Amas a Daniel? —me pregunta.

—Nunca lo olvidé, porque fue alguien importante en mi vida y no voy a negarlo que aún tiemblo cuando me roza, sin embargo no podía seguir aferrada a un amor imposible.

—Te entiendo.

—Siento que estuvo luchando para que llegara un encuentro, mantuvo la esperanza y no se imaginó que cuando regresara, yo iba a amar a otra persona con la misma intensidad.

—Su historia se convirtió en un desencuentro —afirma mi amiga—. Los dos intentan vivir con el recuerdo de un amor, bueno para mí lo que ustedes tenían no era amor, pero ahora después de escuchar todo lo que me has contado, creo que sí.

—Yo tampoco lo creo.

—¿Le darías una oportunidad? —inquieta y sé a qué se refiere.

Aiden me abraza desde atrás y no tengo la oportunidad de responderle a mi amiga.

—¿Lista para irnos, señora Hall?

—Lista, señor Hall.

Me despido de todos con el corazón encogido por los sentimientos,

cuando llegamos a casa Aiden se acuesta a mi lado y comienza a tocarme. Si supiera la agonía que vivo desde que no hacemos el amor, no soy una mujer a la que le interesa el sexo, pero estos meses de abstinencia comienzan a pasarme factura. Él decide que es momento de romperlos y me hace el amor tan lento que creo que voy a morir de gozo, nos damos placer mutuamente al tanto que nos susurramos palabras de amor eterno.

Al corrernos grita mi nombre y cae sobre mi pecho, cierro los ojos imaginado que nuestra vida será siempre así un sueño. Cuando siento que se ha dormido me quedo mirando en silencio la inmensidad de la noche, y el temor me invade como un monstruo que se esconde debajo de la cama.

Cuando los primeros rayos del sol entran por la ventana, abro los ojos con la convicción que nada de lo que suceda puede asustarme, solo necesito un poquito más de tiempo para hacer feliz a Aiden. Mi móvil vibra con una llamada en la mesita de noche y cuando miro no conozco el número, contesto previendo que sea algún paciente.

—¿Sí?

—Mir.

Reconozco la voz de inmediato y me levanto de la cama evitando que Aiden se despierte. Salgo al pasillo.

—Dime.

—Te casaste —me recrimina como si aún le perteneciera—. Y yo te sigo echando de menos, parece que fue ayer que me dejaste.

—Por favor...

—Me niego a perderte —susurra tan bajito.

—Lo siento.

—Si me das alguna oportunidad, te juro que te haré feliz.

—Cuídate —le pido.

—Te seguiré esperando.

Cuelgo la llamada y contengo las ganas de llorar, no puedo creer que aún las palabras de Daniel sean capaces de afectarme. Bajo a la cocina con deseos de que esto sea una pesadilla, quiero despertar en la casa de doctores en Nairobi y mirar el monte desde mi ventana, saber que puedo curar y que los niños van a abrazarme, quiero estar cerca de la selva en el Congo y jugar fútbol con los niños aunque el calor me asfixie.

—Buenos días —me saluda Aiden con un beso.

—Buenos días.

—Ya dentro de dos días nuestra vista será una playa.

—Lo sé.

—Quiero morir feliz en el único lugar donde lo fui —expresa con voz queda.

—Aiden.

—Miranda, sabemos que voy a morir aunque niegues la realidad.

Entonces él con su entusiasmo me golpea con una verdad, una que simplemente me niego aceptar, porque significa perderlo y ahora entiendo a Daniel, pues no quiero que lo que tengo con Aiden se termine nunca.

Jambo Mombasa

Cuando bajamos del avión creo que estoy viendo al Aiden que conocí por primera vez, la euforia por estar de nuevo en casa lo ha transformado. Llegamos a Nairobi luego de unas cuantas horas de vuelo, lo cierto que la escala fue lo que más le estresó, sin embargo, después de tomarse las drogas que mi madre le ha recetado estuvo un poco más calmado. Llegar a casa, como ha dicho él, ha sido como obtener la paz que perdimos al partir de aquí, en pocos días estaremos en Mombasa, solo que debió someterse a una de sus terapias de quimio y debíamos aguardar unos cuantos días.

Nuestros amigos están apoyándonos dándonos alojamiento, cuando se queda dormido definitivamente, me levanto de la cama y voy hasta mi ventana que tiene vistas exquisitas de la ciudad. Siempre recuerdo lo mucho que me hablaban antes de llegar sobre Kenia, que era unas de las naciones más prominentes de África, aunque su capital fue fundada para ser usada como depósito ferroviario que une a Mombasa y Uganda, con sus cuatro millones de habitantes es uno de los centros políticos y culturales del continente.

Cuando Médicos Sin Fronteras me envió la primera vez por dos meses, creí que estaba en una ciudad pequeña de América y fue como me enamoré de Nairobi, su nombre para mí significa paz y sus habitantes la conocen como “Ciudad Verde en el sol”. Solo necesito unos cuantos días más para estar en nuestro hogar y darle margen al tiempo, para que me ayude a curar mis confusiones.

No puedo negar que mientras estuve en Seattle tuve sentimientos contradictorios, ya que Daniel fue como un reencuentro tormentoso, pensar en él estando lejos me causaba dolor y pensé que podía dejar todo atrás, no obstante, me di cuenta de que el amor nunca te abandona, se guardará en algún lugar de tu corazón, tan solo te pide libertad y que cuando amas tan intenso como lo hicimos él y yo, no puedes olvidar y dejar de sentir algo por esa persona.

¿Por qué soy tan emocional?

No puedo evitar que mis emociones nublen mis pensamientos, más cuando debería estar pensando en el hombre que está en mi cama y con el que me casé. No puedo dejar de pensar en Daniel y todas las conversaciones que tuvimos, soy incapaz de evitar recordar los besos que nos dimos y menos aquella palabra que salió de la boca de Joana:

“Desencuentro”

Antes de conocer a Aiden, los primeros meses que estuve aquí sostuve la convicción por mucho meses, que tal vez Daniel vendría por mí y que estaríamos felices cual perdices, que todo lo malo que sucedió sirvió para que entendiera que no podíamos estar separados, sin embargo no fue así y yo sabía en el fondo que lo nuestro nunca iba a funcionar, porque cuando no eres capaz de reconocer los sentimientos y dejas ir lo que quieres, terminas por perderlo.

Mis lágrimas aprendieron a reír cuando mis heridas sanaron, los niños fueron mi mayor terapia y los paisajes más hermosos que el ser humano pueda imaginar. Descubrí que aquellas personas que conocen el lado oscuro de la humanidad, que son capaces de luchar y sonreír a pesar de las adversidades que se le presente, son supervivientes. Aquí vi niños morir por desnutrición, por enfermedades que en América han sido erradicadas como el cólera. También conocí un lado oscuro del sida.

Quizás para muchos lo mío sea altruismo, pero debo aceptar que no logro aceptar todavía según qué cosas y aunque creen que un soy ángel, soy una simple mortal queriendo salvar a todos. Conmigo traigo una de las posesiones más preciadas, el dibujo de Emmy, quiero verme como ella me vio a pesar de que fallé en el intento de salvar su vida.

—Miranda... —me llama entre sueños Aiden.

Regreso a la cama con ganas de sentirme en casa, aunque no puedo negar que parte mí de nuevo se quedó en Seattle. Junto a Emmy, Alice, Joana y Daniel...

Daniel.

Daniel.

A veces quisiera no haberlo visto nuevamente.

—Al fin —susurra Aiden cuando entramos a nuestra casa.

Las olas del mar pueden escucharse y relajarte como nunca, para mí eso es como una sinfonía que logra adormecerme. Lo ayudo a llegar hasta las puertas que conducen al patio, miro alrededor y todo está limpio, la señora a la que le pago tuvo que venir a organizar todo y dejarlo a punto para nuestra llegada.

Abro las puertas y mi mirada se pierde en el azul turquesa del agua, esto es el paraíso y vivo en él. Todo parece tan bonito y perfecto que creo que es

mentira y, que no estoy aquí nuevamente disfrutando del sitio que me hace feliz. Aiden aprieta mi mano, debe sentirse igual que yo, pues fue este el lugar en donde soñó construir una familia conmigo, porque para él siempre fui la única mujer y nada más.

—¿Recuerdas todas las cosas que deseamos hacer, todos los planes y sueños? —No logro descifrar si me lo está preguntando o solo tiene nostalgia—. Siempre supimos que íbamos a volver aquí, sucediera lo que sucediera.

—Lo sé, estamos aquí.

—Quiero que cuando me vaya sepas que no pudiste amarme mejor. —Giro mi rostro y lo observo asustada—. Te amo tanto, que mi único miedo por morir es dejarte sola y que no logres ser feliz.

—Aiden, por favor —le ruego.

—El cáncer vino como un veneno a destruirnos, no todo podía ser perfecto y no podemos fingir que no va a suceder, estoy muriéndome.

—Lo sé, sin embargo no quiero pensar en eso. —Aprieto su mano y reprimo las ganas de llorar—. Sé que es cuestión de tiempo y que debo dejarte ir, pero no te despidas ahora.

—Miranda, somos doctores y sabemos que en los últimos momentos quizás no pueda hablar, así que prefiero decirte que no me arrepiento de nada, porque conocerte fue lo mejor que pudo pasarme y que te fijaras en mí fue como ganarme la lotería, yo estoy listo para irme y cuando suceda quiero que estés lista para despedirte.

—Lo estaré —le aseguro.

Nos sentamos en un sofá tipo columpio y me abrazo a Aiden, porque necesito aferrarme a la idea de que estoy aquí para hacerlo feliz. El mar me arrulla y contengo las ganas de llorar, porque las chicas grandes no lloramos.

—Necesito descansar —me pide.

Lo acompaño hasta nuestra habitación y nos acostamos juntos, el aire acondicionado nos refresca bastante y no puedo evitar sentir la pesadez en mis parpados, la respiración sosegada de Aiden me indica que se ha dormido. Me acuesto sobre su pecho con cuidado de no tocar la vía central que le hemos colocado, pongo mi oreja lo más cerca que puedo de su corazón y escucho sus latidos hasta que me quedo dormida.

Mombasa tiene muchísima influencia árabe y la mayoría de sus habitantes

son musulmanes, la señora Amina siempre ha cuidado de esta casa y ahora es la que me ayuda a mantenerla limpia. Nos cocina mientras los dos caminamos por la orilla del mar o simplemente leemos un libro. Hoy he decidido ayudarla pero las náuseas no me han dejado, debí pescar algún virus estomacal al llegar.

Mi móvil suena y veo el nombre de Joana desplegarse así que lo tomo a pesar de que no quiero hablar con nadie.

—Al fin contestas el aparato ese —me recrimina en modo de saludo.

—Tengo dos días bastante enferma —le contesto.

—Tienes quince días en Kenia y solo sé de ti por mensajes. —Suspira cansada—. ¡Vamos, que no puedes hacerme de lado! Estoy segura que necesitas hablar de vez en cuando.

—Lo necesito, pero en este momento solo quiero morir y dejar de vomitar.

Ella se aclara la voz.

—¡Cuidado! Viene un sobrino en camino —se burla.

—Joana deja de decir estupideces, no estoy de humor para eso.

—Vale —acepta en voz baja—. Te llamo para decirte dos cosas, la primera saber de ti y la segunda decirte que me encontré con Daniel hace un ratito.

—¿Y qué tengo que ver con eso? —le pregunto irritada.

—Sabes que no es santo de mi devoción, bueno para mí es como el mismo diablo en persona, sin embargo lo he visto realmente derrotado.

—Hmmm —murmuro, no entiendo que tengo que ver con eso—. Lo siento, sabes que no quiero saber de él.

—¿Así seas la razón por la cual está así? —inquiere con voz cauta.

—Joana —la nombro—. Entiende que esa historia debe quedar en el pasado, que lo que hubo entre él y yo terminó, estoy casada —recalco cada sílaba de la palabra.

—Lo sé, pero...

Las náuseas me golpean y corro hasta el baño para vomitar, no puedo creer que me sienta tan mal. Escucho unos pasos y reconozco quién es enseguida, cuando sus manos me recogen el cabello. Aiden ha llegado de su caminata habitual y me sostiene mientras dejo hasta el alma en el sanitario.

—Vamos a tener que hacerte unos análisis —me dice con voz dulce.

—Es un virus estomacal —le contesto y me levanto.

Me giro y me doy cuenta de que él me observa risueño, aunque la

enfermedad ha hecho que pierda casi veinte kilos, sigue siendo el hombre más guapo del mundo. Sus ojos verdes parecen dos piedras preciosas y brillan por la adoración que puedo percibir en ellos, sonrío porque mi peor pesadilla es perderlo y sé que pronto puede suceder. Me acerco y lo abrazo sabiendo que muy pronto tendré que despedirme de él y me duele, claro que me duele tener que hacerlo.

—¿Te ha bajado el período? —me pregunta en voz baja. Me tenso.

—Aiden, no creo...

—Dicen que los milagros pueden suceder para brillar cuando la oscuridad nos arroja —murmura y deja un beso en mi cuello—. Me daría ilusión saber que cuando me vaya tendrás algo nuestro.

No puedo evitar sentir ganas de llorar por sus palabras. Rompe el abrazo y me toma por las mejillas. Borra las lágrimas que se me han escapado y sonrío.

—Yo he aceptado que muy pronto me iré, estos meses te ayudarán a ti. — Besa mi coronilla y murmura contra ella—: Lo único que me hace mantener el control eres tú, por eso te necesito a mi lado y me temo que soy un egoísta por no dejarte ir.

—No me iré, porque también te necesito.

Aiden me saca del baño y vamos hasta la cocina en donde encontramos a Amina cocinando, al vernos nos sonrío y me ofrece un vaso de jugo de naranja fresco. Escucho las olas del mar y siento que como una hermosa nana que calma mis ansiedades.

Dicen que la cura para todo es el agua salada: el sudor de dos cuerpos luego de entregarse a la pasión, las lágrimas que se derraman por el dolor y el mar. Aiden me lleva al salón y me deja de pie mientras se acerca al equipo de sonido, toca el iPod y yo me quedo mirándolo. Nosotros muchas veces encontramos pedazos de nosotros y nuestras historias en una canción, la música también puede sanar y creo que los dos hemos venido a casa de cierta forma a eso; debemos curar nuestras heridas para poder enfrentar lo que pronto nos llegará.

Escucho que comienza la melodía y reconozco de inmediato la canción, Aiden se acerca y me abraza para bailar. Aunque es una hermosa declaración de amor, no es tan lenta para bailar tan lento como él lo hace. Cuando Lukas Graham canta el estribillo, Aiden lo susurra en mi oído:

*Because when you love someone
you open up your heart.*

*When you love someone
you make room.*

*If you love someone
and you're not afraid to lose them*

*you probably never loved someone
like I do.*

*You probably never loved someone
Like I do.*

—Aiden...

—Te amo... —susurra.

—No vas a perderme —le aseguro cuando termina la canción y los dos salimos hasta la playa, sé que necesitamos un momento para respirar. Los dos sentimos tantas cosas, tenemos tantos pensamientos y uno de ellos es la despedida, porque es difícil decirle adiós a alguien cuando lo amas.

Positivo

Muchas veces pueden causarte risa las definiciones que encuentras en el diccionario, podemos decir que cuando uno lee la de positivo en mis circunstancias, podría darte un ataque de histeria, quizás hasta llorarías. Mi diccionario personal definiría la palabra de esta manera:

Positivo, Positiva:

Adjetivo.

1. Que es cierto o real, o no ofrece duda alguna. “Aiden experimentó una mejoría positiva”.
2. Que produce algún beneficio o resulta favorable para algo. “Tu presencia resulta positiva para mí, me dijo Aiden hace dos noches”.

Persona.

Que tiende a ver y a juzgar las cosas en su aspecto más favorable o más útil. “Debo ser más positiva y mirar hacia el futuro con un poco más de confianza”.

Análisis o experimento.

Que confirma lo que se busca o se espera encontrar. “La prueba de embarazo ha dado un resultado positivo”.

Mi amiga Kate se queda mirándome mientras proceso sus palabras, sabe que desde hace quince días me niego a aceptar que existía esta posibilidad. Nunca he sido una persona de mirar el futuro con negatividad, pero viendo mi presente sé que pronto tendré que atravesar una tormenta. No obstante, parece que el cambio ha hecho que Aiden esté mejor o el simple hecho de que estaba seguro de que estoy embarazada.

—Miranda —me llama preocupada Kate.

—Estoy embarazada —musito.

—Necesito hacerte una ecografía, para saber cuánto tiempo llevas de embarazo.

Comienzo a reírme y es que mientras Aiden se está colocando uno de sus tratamientos, he decidido hacerme unos análisis para descartar que fuera un virus, por petición de él me hice la prueba y les juro que solo lo hice por complacerlo, me ha bajado la menstruación aunque eso no tiene nada que ver. No puedo negar que estoy en estado de shock.

—Mir, vamos que me estás asustando.

—¿Sabes lo que significa? —le pregunto.

Kate sonríe pues claro que lo sabe, porque ella vino a Kenia como voluntaria en obstetricia y conoció al amor de su vida, desde hace dos años vive en Mombasa junto a un keniano que hace que ella parezca un montón de nieve a su lado. Ella se sienta a mi lado y toma mi mano, estoy asustada por lo que el futuro puede prepararme.

—Sabes que nunca he aceptado perder un paciente y aunque desafiamos a la muerte todos los días, no somos inmunes a ella. —Me quedo mirándola, al tanto que mi mente trata de sopesar sus palabras—. Tienes miedo y es normal, eres una brillante doctora y un maravilloso ser humano.

—Kate, pero es que Aiden va a morir —sollozo.

—Y es injusto que te toque vivir el lado que nos negamos ver —apunta cansada—. Nosotras hemos visto de cerca la muerte y cuando nos toca comunicarlo, nos sentimos como un pedazo de mierda y si estuviera en tus zapatos, creo que estaría igual, pero mira este embarazo como una bendición y la oportunidad de un nuevo comienzo, puede que tu hijo o hija sea una manera de tener a Aiden cerca luego de que parta.

—¡Virgen Santa, estoy embarazada!

Kate asiente y sonríe, nos ponemos de acuerdo que esperar  a que le d  la noticia a Aiden y que vendremos los dos para la ecografía. Al salir del consultorio, camino hasta el patio central del hospital y dejo que el calor y la humanidad me envuelvan, no quiero soltar la mano de él cuando más necesito aferrarme a él.

Mi móvil vibra en el bolsillo de mi vestido y lo saco, cuando veo el nombre de Joana contesto.

—Joana... —susurro su nombre asustada.

—Soy Daniel. —Y su voz rebota en mi mente recordándome la veces que so e tener una familia con él.

—Vale, ahora mi mejor amiga y t  son los mejores amigos —comento de manera despectiva.

—No te pongas así —me pide—. Acept  de mala manera, necesito saber que est s bien y que no necesitas nada.

—Te dije que no necesito nada de ti —le aseguro y aprieto el aparato.

—Hace tiempo que no se ti, necesito saber si es cierto que est s bien —insiste—. Lo siento, pero te necesito.

—Estoy bien, gracias por preocuparte —le contesto y doy un resoplido—. Daniel no puedes hacerme esto.

—No puedo olvidarte y menos sabiendo que estás sufriendo con todo lo que sucede con él, no puedo hacerme el ciego ante una realidad que nos afecta a todos.

—¿Cómo puede afectarte a ti? —le pregunto.

—Te extraño, yo no te he olvidado y me hundo en el sentimiento que me produce haberte perdido, me dijiste que pensarías ser mi amiga y aquí estoy intentándolo.

Suspiro.

—Estoy mal, pero estoy tratando de ver lo positivo de esto. —Toco mi vientre—. Daniel, estoy embarazada.

—Jesús... —murmura apenado—. ¿Qué piensas hacer?

—Ahora que mi mundo se está cayendo en pedazos y la oscuridad no me deja mirar la luz, estoy segura que él o ella me darán la esperanza que he perdido.

—Solo tú puedes hablar así —me asegura y sé que está sonriendo—. Cuando él no esté, sabes que puedes contar conmigo, como amigo con eso me conformo y puedo ayudarte, sabes que puedo hacerlo —apunta. «Lo sé» contesto en mi mente.

—Tengo que dejarte.

Cuelgo la llamada porque aunque sienta que la voz de Daniel me calma, creo en mi mente que estoy engañando a Aiden. Voy en su búsqueda para comenzar a llenar su mundo de colores aunque la oscuridad se acerque.

Aiden tiene uno de sus brazos tapándose los ojos y su otra mano acaricia mi vientre plano. Sé que hay vida, pero no puedo negar que al no ver cambio luego de dos meses es difícil creer que estoy embarazada.

—¿Crees en Dios? —inquire en murmullo.

Suelto una carcajada, pues como mujer de ciencia soy bastante escéptica ante la idea de un ser omnipotente capaz de dar vida y quitárnosla, porque no puedo concebir que además de eso pueda ser injusto y hacer que sus hijos sufran.

—Sabes que no —contesto.

—Lo sé, pero mi crianza fue diferente a la tuya —se burla—, mis padres son católicos, creo que más que el mismo Papa.

—Lo sé.

—Creo que Dios nos envió esta bendición para recordarnos el milagro de la vida, que puede ser que no llegue a conocerlo.

—Aiden.

—Miranda, no podemos tapar la realidad o evadirla como haces tú, sé que te alientas con cada cambio positivo, pero tengo metástasis en todo el cuerpo y sabemos que muy pronto dejaré este espacio, espero que si el cielo existe, pueda entrar en él.

—Si alguien merece eso, eres tú. —Trago el nudo de emociones que tengo, porque cada día es un recordatorio de que me dejará pronto—. Solo quiero creer que estás bien y que no sucederá.

—Lo tendrás a él para cuidarte —afirma acariciándome el vientre y dejando su palma un momento—. Debes prometerme que no vas a llorar y que lo buscarás.

Frunzo el ceño.

—¿A quién?

—A Daniel. —Su respuesta solo hace que me siente en la cama, Aiden se quita la mano de sus ojos y puedo ver las lágrimas que retienen sus ojos—. Nos amas a los dos, antes eso podía causarme muchos celos, porque te quiero solo para mí —asegura y sonrío—. Pero no mereces quedarte sola cuando él ha aprendido que te ama, solo tienes que darle una oportunidad.

—¿Estás loco?

—No, solo estoy muriendo —se burla.

Me levanto de la cama molesta, porque sus bromas me parecen idiotas y quisiera partirle la cara. En este momento, no me puedo creer que me esté diciendo que busque a la persona que me hizo daño y que haga una vida con él y nuestro hijo. Puedo sentir algo todavía por Daniel, sin embargo nada en el mundo me haría buscarlo.

—Lo conocí, hablé con él y estoy seguro de que te ama —me asegura.

Me detengo frente a la puerta por sus palabras y me giro lentamente para enfrentarlo, los efectos de la quimioterapia hacen que Aiden esté débil las primeras cuarenta y ocho horas, por eso hemos pasado la mayor parte de la tarde en la cama.

—No puedes estar hablando en serio —le increpo—. Por él casi no estamos juntos y no te olvides que desde que regresé ha tratado de que vuelva a su lado, sé que te estás muriendo y que voy a quedarme sola, pero que me digas que lo busque es una tremenda estupidez, no puedo aceptar que estés resignado a irte, puedo ser una mujer de ciencia y creer que nuestro hijo sea

una luz en tanta oscuridad —le digo, y mi voz se rompe, sin embargo me niego a creer en un Dios que me quite lo que me hace feliz, mi mundo eres tú y estaré perdida el día que me dejes, lucho cada día para poder sonreír y hacerte los días más fáciles, aunque tú solamente piensas en morirme y no en vivir pensando que vas a morirme en poco tiempo, me haces daño que te despidas cada vez que tengas la oportunidad.

—Miranda...

—Somos doctores, lo sé, todos me recuerdan que desafiamos a la muerte todos los días y quizás por eso me cuesta aceptar que no puedo salvarte, pero estoy harta de que todos quieran opinar sobre mi futuro y el único que parece estar claro que no va a estar es Daniel, ¿por qué él lo acepta y tú no lo haces?

—Porque no quiero dejarte sola.

—No lo haces, me estás dejando un hijo y es el fruto de lo que sentimos, entiende que nadie puede reemplazar lo que siento por ti. Sí, yo amé a Daniel y encontrarme con él de nuevo hizo que me tambaleara desde los cimientos, sin embargo te amo y la paz que me da tu amor nunca la he sentido, nadie es reemplazable —sollozo.

—Pero... —Lo detengo.

—No, Aiden. Entiende de una maldita vez que nadie podrá ocupar tu lugar, así como tú no ocupaste el lugar de Daniel, porque él sigue en mi corazón a pesar de todo el daño que me hizo y creo que debes entender algo.

—¿Qué?

—Que el amor nunca va a irse de mi corazón, porque te vas porque esa maldita enfermedad te arrebató de mis brazos, no vine a casa a verte morir —le aseguro.

—¿A qué vinimos?

—A ser felices el tiempo que nos resta, puede que sea mañana o en un mes, no quiero vivir pensando que vas a irte, entiende que solo deseo ser feliz a pesar de saber que te irás de mi lado.

—Miranda, perdóname —me pide arrepentido.

—Aiden, comienza a vivir el presente, porque puede que nuestro futuro esté escrito, pero necesito ser positiva ante lo que me espera. Me aferro a tus mejorías, porque eso me da esperanza de estar más tiempo con el hombre que amo y si no puedes entenderlo, lo mejor es que me pidas que me vaya.

Trata de levantarse, aunque se tambalea y cae de nuevo en la cama. Corro a su lado para ayudarlo, puede que muchas veces él no soporte que lo ayude, sin embargo en este momento me deja y se sienta derrotado en la cama. Mi

tristeza no es que se vaya de mi lado, porque lo he aceptado a pesar de lo duro que es; mi tristeza se debe que se niega a intentar a vivir lo poco que le queda sin pensar que va a morir.

—Perdóname —susurra arrepentido.

—Te perdoné hace tiempo. —Beso sus labios castamente, cuando me separo puedo ver en sus ojos una llama que pensé se había extinguido—. Te haré feliz, solo prométeme algo.

—Aiden...

—Miranda, sé que ahora quieres vivir el tiempo que nos resta y lo haré, pero estoy seguro de que Daniel te ama, cuando estés preparada debes darle una oportunidad.

Asiento sin poder responderle nada más, porque puede ser más terco que una mula y la verdad es que no quiero seguir desgastándome en un tema que no va a parar en nada.

No me ames

Los pacientes con cáncer sufren por ellos y por las personas que están a su alrededor, la enfermedad no solo consume a quien la padece sino también a sus familiares. Los cambios de humor son constantes, cuando los días se tornan fáciles pueden ser la misma persona que siempre han estado con nosotros, pero cuando su frustración y dolor los alcanzan pueden ser las personas más crueles de este mundo.

Me ha tocado un embarazo difícil sabiendo que el padre de mi hijo en poco puede dejarme, ha pasado un mes desde que nos enteramos y aunque Aiden intenta ser feliz los pocos días que le quedan, falla en el intento. Hay noches que simplemente está tan irascible que salgo de la habitación para no discutir, aunque hay días que como hoy salimos a caminar para despejar la mente.

Hay silencios entre parejas que no dicen nada y otros que pueden decir tanto, tenemos que saber interpretarlos. Estamos callados, pero nuestros cuerpos hablan por los dos, sus brazos me poseen y me hacen sentir la esperanza que hemos perdido. No les miento si les digo que trato de ver lo bueno en todo lo que sucede, y desde nuestra última discusión sé que ha intentado mejorar cada aspecto, sin embargo, cuando más necesita de mí, me aleja y eso me hace entristecer.

Joana me llama a diario desde que la llamé llorando y agotada, porque hacerme la fuerte en esta situación me consume y me hace sentir que pierdo las fuerzas para continuar. Me ha prometido que cuando cumpla el quinto mes de embarazo vendrá para ayudarme. Amina me protege como una madre y soy feliz cuando me hace medialunas para comer en las tardes con té, no puedo negar que me refugio en ella cuando no puedo más.

Mis padres me llaman cada dos días y aunque están al tanto de la evolución médica de Aiden, no han manifestado si quieren venir o no para ayudarme. Y Daniel, bueno... Daniel parece estar empeñado en conectarnos y me escribe a diario para saber que estoy bien, no niego que sus conversaciones son un bálsamo para mi corazón herido, no obstante muchas veces me canso de escuchar a mi esposo rogarme que lo deje morir solo.

—He pensado en los nombres, ¿tú no? —me pregunta Aiden interrumpiendo el silencio.

—No, no he pensado en nombres —le confieso.

Cuando lo miro me sonrojo por la culpabilidad que me hace sentir, estoy embarazada y muchas veces percibo la emoción de estarlo, sin embargo hay otras como ahora, que simplemente no me causa ningún tipo de sentimiento. Lo cierto es que poseo pensamientos y sentimientos contradictorios.

—No pasa nada, Miranda.

—Lo siento, creo que seré una madre terrible —declaro y Aiden sonrío.

—Serás la mejor madre del mundo —asegura.

Se acerca y me lleva con él a la orilla, se sienta y me obliga a sentarme en sus piernas. Pierde la vista en el azul turquesa de la orilla y yo en el infinito extenso de azul oscuro que se une con el cielo.

—No lo creo. —Toma mi rostro y me obliga a mirarlo.

—Soy muchas veces un idiota que te pide que te largues de mi lado, cuando en realidad solo te necesito.

—Qué bueno que te das cuenta —le espeto dolida.

—Tengo miedo.

—Pero yo no tengo miedo a pasar juntos el tiempo que nos reste, porque ahora necesito en cada anochecer que te quedes otro día junto a mí.

—No merezco tu amor —murmura arrepentido—. Muchas veces no sé qué decirte y termino lastimándote, porque cuando te pido que te vayas solo quiero que te quedes y cuando veo la tristeza de tus ojos, me odio.

—Aiden, vive por lo poco que tenemos y te prometo que siempre estarás a mi lado. —Sonrío—. Siempre me han gustado Hope y Mathias.

—Me gusta Hope, por todo lo que significa. ¿Mathias? —pregunta alzando una ceja.

—No lo sé. —Alzo mis hombros y le doy un beso—. Simplemente me gusta.

—Puede llamarse Hope si es niña, pero me gustaría que el niño se llamara Nathaniel y no es nada fuera de este mundo, pero sigo creyendo en Dios y su nombre significa “Dios ha dado”

Aiden pone sus manos en mi vientre que sigue plano, porque apenas se ve un pequeño cambio en él.

—Me gusta ese nombre —le digo.

—Dios nos ha dado la esperanza de la vida con este hijo, estoy seguro que te dará las fuerzas para continuar y perdona que hable de esto, prometí vivir un día a la vez, pero quiero que sepas que los días contigo siguen siendo un verano.

—Aiden...

—Cuando te pido que te vayas y hasta que no debes amarme, lo hago porque estoy dolido y sé que no puedo ser el hombre que mereces, me frustra no poder hacerte el amor como antes, no poder salir a trabajar y salvar vidas, ni ver que alcanzas tus sueños y que quizás algún día alguien tome el lado izquierdo de nuestra cama.

—Sabes que no sería infiel a tu recuerdo.

—Estoy seguro de ello, pero no puedo evitar sentir celos y sé que Daniel está cerca, que lo quieres de una forma diferente a mí y que te quedaste a mi lado.

—Me quedaré siempre a tu lado, eso ya no es opción. —Sonrío—. No te dediques a perderme, dedícate a amar aunque te sientas frustrado, entiendo lo que sientes y comprendo que no debe ser fácil para ti vivir sabiendo que vas a morir, no lo es para mí, pero vamos a vivir. Mira el paraíso en donde estamos, disfrutemos del tiempo que nos resta, porque lo creas o no, estoy asustada, muy asustada y solo quiero correr en dirección a lo que me dé seguridad.

—¿Daniel?

—No, porque sería fácil hacerlo y no pienso lastimarte, porque aunque digas que quieres que lo acepte, sé que te hace daño que solo lo piense. Vivamos y no sigas alejándome.

Aiden asiente en silencio y pierde de nuevo su mirada en la infinitud del mar, yo solo me abrazo a su cuerpo y me concentro en los latidos de su corazón, ya no me importa lo que me deparará el mañana solo quiero vivir el presente, acepté que no está en mis manos decidir si se salva o no, ya creo entender lo que dicen que eso solo lo decide Dios.

A medida que los tratamientos avanzan los efectos secundarios son mayores, los dolores son más intensos y parece que Aiden se entregara a la enfermedad. Sus gritos me despiertan en mitad de la noche, mientras vomita lo poco que ha podido ingerir. Me levanto para ayudarlo, y cuando llego al cuarto de baño se levanta tan aprisa que pierde el equilibrio y cae de nuevo.

—Aiden —lo llamo asustada.

—¡Lárgate! —me grita y puedo ver la rabia reflejada en sus ojos de color azul que parecen dos glaciales.

—Vamos Aiden —insisto tomándolo de su brazo y abrazándolo para que pueda levantarse—. No voy a ir ninguna parte.

Se levanta pero se suelta de mi agarre, lo dejo porque no deseo por nada del mundo discutir de nuevo. Baja la cadena molesto y va hasta el lavado para enjuagarse la boca, cuando me percato que tiene las comisuras de sus labios llenos de sangre y me parte el alma verlo de esa manera.

—Aiden...

—No quiero tu lástima, no te quiero cerca cuando estoy así, te quiero lejos de mí y si es posible lo más lejos que puedas estar.

Siento que las lágrimas me queman y que las palabras se quedan atoradas en mi garganta, me doy media vuelta y salgo de ahí picando cabos. Voy hasta el salón y sin pensarlo dos veces salgo hasta la playa, la brisa marina es capaz de calmarme y el reflejo de la luna, esa preciosa mangata perfecta que se ve en el agua me da un poco de luz en la oscuridad de la noche. El firmamento parece que está infinitamente estrellado con miles de diamantes, nunca he sido tolerante a los malos tratos y aquí estoy aguantando al hombre que amo, que me trate como le dé la gana y entiendo cada una de sus frustraciones, pero no lo merezco. Me dejo caer en uno de los escalones y me quedo ahí hasta que escucho sus pasos.

—Lo siento.

Me trago las lágrimas y me muerdo los labios para no hablar, porque si lo hago estando molesta como lo estoy ahora, quizás termine por estallar una bomba nuclear.

—No debí condenarte a esto, no debí casarme contigo y arrastrarte a este sufrimiento. —Habla tan arrepentido que sé que está por decir que me ama, aunque sus acciones muchas veces hacen que quiera salir corriendo de su lado —. Lo siento tanto, no eres feliz y siento que se lo trasmites al bebé.

Ya está, no puedo más.

—No soy feliz, porque no me permites ser feliz, porque cada día que te sientes mal o estás simplemente irritado, me tratas como a un pedazo de basura. —Respiro hondo—. Entiendo por lo que estás pasando, trato de justificar tus arrebatos y hasta lo atribuyo a tu desesperación de saber que te estás muriendo y cada día lucho por encontrar una sonrisa, esa que decías que iluminaba tu mundo como un anuncio en Las Vegas, pero estoy que tiro la toalla y dejo esto hasta aquí, necesito proteger a mi bebé y a mí.

—Me estoy muriendo —se justifica con esas tres palabras. He pasado los últimos meses escuchándolas y esa es su manera de pedir disculpas, sin embargo esta vez no lo voy a permitir.

—He visto miles de niños con cáncer y ¿sabes qué es lo que más admiro

de ellos? Que son valientes y aunque se mueren de miedo porque no saben qué sucederá, siempre tienen una sonrisa. —Me levanto—. No tienes que justificar tu actitud con el hecho de que te estás muriendo o recordarme que te queda poco tiempo, lo sé. ¡Cristo! Claro que estoy consciente de eso, pero estoy cansada de cada grito y desplante injustificado.

—Miranda —me llama arrepentido.

—Yo no tengo la culpa de que te estés muriendo, yo no soy la culpable de esto que te está sucediendo. Te amo con toda mi alma y el cáncer no solo te consume a ti, también lo hace conmigo cada día que me alejas.

—No sé qué decirte.

—A donde vayas te seguiría, creo que hasta la misma muerte y no con esto estoy diciendo que quiero morirme. Cada vez que me alejas me siento pequeña, lo único que hay en mi mente es que quiero estar a tu lado hasta que te vayas, me estoy tragando mi orgullo y te estoy diciendo lo que siento, porque esto no puede seguir así y tampoco deseo darme por vencida con lo nuestro.

—Te amo... —susurra acongojado.

—No es nada fácil para mí tener que decirte adiós y solo trato de vivir lo que nos queda, estoy harta de cada grito, de que cada vez me pidas que corra a los brazos de mi ex, y que cada vez justifiques tu comportamiento en una maldita enfermedad.

—Estoy jodido, Miranda, no sé qué hacer con todo lo que siento y cuando veo la tristeza de tus ojos o la lástima me dan ganas de matarme, no quiero seguir con la quimio y retrasar algo que sabemos que está a la vuelta de la esquina, solo quiero vivir lo que me queda y tratar de ser un mejor esposo para ti, pero necesito que entiendas que cuando te grito esas cosas muere una parte de mí.

—Y me matas a mí.

Aiden se derrumba ante mi atenta mirada y se arrodilla delante de mí, nunca lo había visto tan derrotado, parece que todo el peso del mundo está sobre sus hombros.

—Perdóname, sé que he sido un idiota y que en vez de disfrutar nuestro tiempo juntos, te alejo. ¡Cristo! Debería disfrutar que llevas a nuestro hijo dentro, aunque solo pienso en todo lo que me perderé cuando me vaya y eso me está matando.

—Aiden vive, solo vive y disfruta lo que nos queda.

24

Haría todo por ella

Daniel Wimmer

Cuando viajé a Kenia hace dos semanas por negocios, sentí la necesidad de acercarme hasta Mombasa y para ver a Miranda, pero luego pensé que su vida no estaba siendo lo suficientemente fácil, como para ir a complicársela con mi presencia. Muchas veces pienso en ella como un recuerdo que es inmarcesible.

No se pueden marchitar los recuerdos cuando esa persona fue lo mejor que te ha pasado en la vida y no puedo negar que los pocos días que estuve de nuevo a su lado, me dieron una idea de todo lo que tiré por la borda. Soy un humano que ha cometido errores y que por muy duro que sea lo estoy pagando caro. Ni todo el dinero del mundo me bastaría si la recupero, puede ser una posibilidad y es que sus ojos me transmitieron un poco de aquel amor que llegó a sentir por mí.

Fui un tonto. Un perdedor. Debí arrodillarme ante ella y rogarle hace cinco malditos años que no me abandonara, sin embargo no lo hice porque pensé que después de follármela como lo hice, no se iría de mi lado y cuando lo hizo, juré que nunca más la molestaría hasta que la vi en el ferry con él, fue una cachetada de vuelta a la realidad. Yo estaba junto a alguien que no significaba nada para mí, ni siquiera Heather que fue la mujer con quien la engañé.

Miranda es como un ángel capaz de alejar la oscuridad, brilla con luz radiante y propia, aunque lo que más sorprende de ella es su corazón. Le hice mucho daño, lo admito, fui un cobarde cuando debí ser todo para ella, Miranda me daba todo y yo solo me limitaba a coger lo que deseaba e irme, pero la amaba, Cristo, la sigo amando como un idiota. Solo la hice sufrir y ella es lo que más quiero en este mundo.

Tomo mi móvil y me tiemblan los dedos cuando busco su número para llamar, estoy aquí y aunque tengo miedo de herirla, solo deseo ver que está bien y que su embarazo le sienta bien. Nunca pensé en tener hijos, ni con ella y mucho menos con nadie, no obstante saber que está esperando su primer hijo y que no es mío, me duele en el alma, me la destroza.

Escucho el tono varias veces, cierro los ojos perdiendo la esperanza que conteste. Sin embargo, cuando estoy decidido a cortar, la escucho y el mar de fondo.

—Daniel...

—Mir...

—¿Qué tal estás? —me pregunta.

—No tan bien como quisiera —contesto y no le miento—. Estoy en Nairobi, tengo ya dos semanas y muero por verte.

Silencio...

Uno que hace eco, porque muchas veces un instante así, vale más que mil palabras.

—Miranda, vamos, dime algo pequeña y dame la oportunidad de pintar mariposas en la oscuridad.

—No puedes venir, no es un buen momento. —Escucho su voz romperse.

—¿Qué ha pasado? —Exhalo temiendo lo peor—. ¿Él está bien?

No quiero pronunciar su nombre, me duele realmente saber que no es mía y de por sí me mata que ella tenga que estar a su lado, aunque entiendo que no es egoísta como yo y que la bondad que posee dentro de su corazón es única.

—No, no lo está —solloza—, ha dejado el tratamiento y se acelera el proceso de perderlo y me estoy consumiendo entre las lágrimas y dolor, sin embargo no puedo hacerle daño también encontrándome contigo, ya con las llamadas y mensajes me siento culpable.

—Soy tu amigo —justifico tratando de que ella no llore.

—Y también fuiste el hombre que amé antes de estar con él y lo creas o no, para un orgulloso eso es una patada en trasero.

—Cuanto le amas, veo que nada de lo que yo haga puede hacerte cambiar de opinión, solo quiero verte y ver con mis propios ojos que estás bien, me tocó perder y lo acepto, déjame verte.

—Daniel.

—Esto es una maldita agonía y no resisto, sé que necesitas el apoyo de las personas que te amamos y estoy seguro de que tus padres no lo harán, pero Joana y yo estamos dispuestos.

—Si te pido algo, ¿lo harías? —me pide con voz rota—. Trae a Joana, necesito a mi amiga y me da miedo pedirselo. —Rompe en llanto y siento que todo lo que está pasando, la sobrepasa y eso está borrando el ser que todos amamos—. Por favor...

—Lo haré, lo prometo.

—¿Sin condiciones? —inquieta. Me río.

—Sin condiciones, ángel.

Cuando la avioneta se detiene Joana se quita el cinturón de seguridad y baja como alma que lleva el diablo al visualizar a Miranda en la pista de aterrizaje. Baja corriendo para fundirse en un abrazo con su amiga y me quedo mirando la escena a los lejos, porque lo desee o no, pienso quedarme unos días para ayudar en lo que sea necesario.

Al bajar veo que las dos todavía no se han separado y a medida que me acerco a ellas, puedo detallar que ella ha aumentado unos cuantos kilos que solo la hacen ver más bella. Miranda parece percibir mi presencia y se separa de Joana dándome una vista perfecta de su pequeño vientre abultado de cuatro meses.

—Daniel —musita con voz rota.

—Tenía que verte —me disculpo, y en un acto de valentía la tomo por la cintura para pegarla a mi cuerpo. El suyo reacciona al instante tensándose, pero cuando acaricio su espalda con anhelo, siento la manera en la que va relajándose poco a poco.

—No deberías estar aquí —susurra conmovida.

—Estoy donde debo estar y en este momento estoy donde quiero, por favor, no me alejes.

Miranda asiente y nos separamos, llevo una de mis manos a su vientre y me doy cuenta de que había encontrado la mujer perfecta, la dejé ir y nunca encontraré a nadie como ella, quizás con el tiempo pueda aceptarme y darme la oportunidad de ser lo que necesita para su hijo y para ella.

—Estás hermosa —la halago y ella se sonroja. Me acerco para darle un beso en la coronilla—. Las llevaré a casa, para luego instalarme.

—Uff, pensé por un momento que me había vuelto invisible —comenta Joana y no puedo evitar sonreír—. Para variar de nuevo el mundo desaparece entre ustedes dos.

—¡Joana! —le increpa Mir.

—Calla y vamos, no puedo creer que soporte este calor.

—Te lo dije —le apunta con suficiencia Mir.

Joana la ignora y toma su mano para obligarla a caminar, no puedo dejar de mirarla con ese hermoso vestido color rojo que solo hace resaltar el color de su piel, su cabello dorado y ojos como el cielo, al lado de su mejor amiga parecen ser el ying y yang, porque la morena es igual de hermosa que mi ángel.

Cristo, sigo enamorado de Miranda como un adolescente.

Cuando me acerco, ella toma mi mano con la que tiene libre y me observa, pronuncia un gracias silencioso y puedo ver que sus ojos me

observan con un brillo especial, uno que nunca vi en los años que fue mía.

La espera

Si algo bueno tiene que Joana esté aquí es que la espera se ha hecho un poco más soportable, creo que hasta Aiden disfruta de los comentarios mordaces de mi mejor amiga y es la primera vez que comparten tanto tiempo, ahora disfruto un poco más de mi embarazo y las lágrimas están dando paso cada vez más a las risas, no creo saber cómo explicarlo, parece que de repente un pequeño remanso de paz nos hubiera envuelto.

Días como hoy eran los que necesitaba desde que decidí venir a Mombasa pensando que así podíamos ser felices. Joana no para de hablar sobre su nuevo empleo y estoy segura que mi amiga hace un sacrificio enorme estando aquí.

—Además debes conocer a Cal —me comenta con ojos brillante.

—¿Cal? —le pregunto, mientras Aiden acaricia mi panza.

—Sí, bueno se llama Calloway, su madre era fanática ferviente del cantante. —Pone los ojos en blanco—. Cal me gusta.

Al escuchar su confesión y ver su sonrojo, Aiden no puede evitar soltar una risita, en cambio yo me doy cuenta de inmediato que mi amiga estaba enamorada de Cal.

—Eso es un milagro, ¿ningún defecto?

—Ninguno, creo que tiene el pene más hermoso del mundo y el cuerpo esculpido por el maldito Zeus.

—¡Joana! —la increpo sorprendida.

—Déjala, me causa gracia escuchar lo que dice, me imagino que así me describiste a mí —me pide Aiden con un tono bromista en su voz.

—Nah, para mi amiga fuiste como el príncipe encantador. Llegué a pensar que iba a ser algo tórrido tipo *Anatomía de Grey*, pero Miranda no es Meredith y tú por supuesto no eres Derek.

—Bueno, te aseguro que eso pasa también en los hospitales —le asegura Aiden—. No es fácil no ligar con mujeres hermosas, durante mi residencia me tiré a unas cuantas compañeras.

—¡Dios mío! ¿Cuéntame los tórridos detalles? —le pide mi amiga.

Amina deja una jarra de limonada fresca en la mesa, mientras escucho como mi esposo tuvo aventuras sexuales en el trabajo y les aseguro que con el físico de él me imagino que tuvo más polvos de los que nos confiesa. Joana lo pica, le dice que debió verme en mis años de residencia pues no partía ni un

plato. Los dos se ríen y me quedo detallando a Aiden, su piel está un poco más pálida a causa de la enfermedad a pesar de bajar tanto de peso, aún puede verse algo de aquel cuerpo atlético y les digo que eso es genético, porque nunca hacía ejercicios, donde antes había una abundante cabellera ahora no hay nada, sus pestañas no son tan pobladas como antes y hasta aquella barba incipiente ha desaparecido.

Sin embargo, para mí sigue siendo el hombre más guapo del mundo y hasta el más noble, puede que parte de lo que vivimos se haya llevado consigo parte de nosotros, sin embargo parece que al fin estamos bailando en la oscuridad y aceptando el futuro que está escrito.

—Deberíamos llevar a Joana a ver el monte Kenia —propone Aiden.

—Eso sería increíble, me encantaría hacer un safari —comenta emocionada.

—Tenemos que pensar en algo —acepto, pero cuando tomo la mano de Aiden, me mira y sabe lo que mi mente está pensando.

Irnos de excursión sería peligroso, porque estando fuera y lejos de un hospital podría suceder cualquier cosa y si algo deseo es que al menos pueda ver a su hijo con vida.

Kate entra al consultorio con una sonrisa, Aiden toma mi mano emocionado, porque al fin sabremos el sexo del bebé y no puedo negar que me da ilusión saberlo. La dulce espera, así le llaman al tiempo que dura el embarazo, por fin comprendo la razón pues es desde que encontré un poco de paz, porque nada es más dulce que saber que llevas una vida dentro de ti y que amas sin verle, porque es algo que nace de la nada, es un sentimiento inexplicable. Amar sin conocer, cuidar sin esperar nada a cambio y ver que ese amor durará cientos de años porque simplemente es algo que no puedes evitar, solo es amar.

—¿Listos? —pregunta Kate.

—Lo estamos —contesta Aiden.

Pone el gel que ayuda a las ondas, está frío por eso me remuevo un poco ya que últimamente la piel de mi vientre es muy sensible. La primera vez que escuché su corazón sentí que era el sonido más hermoso que había escuchado nunca y cada vez que vengo le pido escucharlo, así que es lo primero que hago.

—¿Lo escuchan? Ese el corazón de su bebé —nos dice con una sonrisa.

Ella comienza a mover el transductor del ultrasonido y vemos a nuestro bebé que mueve sus manitas como si saludara.

—Nos está saludando —susurro emocionada.

—Papá y mamá estamos aquí —le dice Aiden con voz dulce.

Kate nos va diciendo cuanto mide para los cinco meses de gestación, pesa doscientos cincuenta gramos y mide veintiséis centímetros.

—Va a ser un niño, muy grande.

Muerdo mi labio.

—¿Nos estás diciendo que es niño? —le pregunta Aiden.

—Sí, tendrán un varoncito fuerte —nos asegura Kate—. Le voy a tomar una foto para que puedan mostrarla y los dejaré solos.

Kate tomó las imágenes y me pasó el papel para limpiarme, luego de unos minutos con la mirada perdida en la pantalla, creo que se ha encendido mi alma nuevamente y estoy finalmente en un lugar seguro.

—¿Estás bien? —me interroga Aiden con voz dulce.

—Lo estoy —contesto y me giro a verlo con una sonrisa en los labios.

Quisiera poder vivir mi embarazo desde otra perspectiva, quizás cambiar el ritmo de la historia o decirle al escritor que cambie de parecer y que Aiden no esté enfermo, pero nada eso se puede hacer y me ha tocado de esta manera enfrentar la espera más hermosa del mundo. Aiden se acerca y deja un beso en mi vientre, por arte de magia parece que nuestro hijo lo ha sentido y se mueve. Los dos nos miramos emocionados.

Salimos de la consulta y Joana se une emocionada, esta tarde Aiden parece haber experimentado una mejoría así que decidimos caminar un poco por la ciudad, la llevamos a la parte histórica y ella disfruta del choque cultural. Esto es un pequeño paraíso, el estallido de color de las ropas de las mujeres hacen que mi amiga alucine, sobre todo nosotras que muy poco usamos tantas gamas de colores juntas. En cambio las mujeres musulmanas tapan su cabellera y sus atuendos, para mí en su momento fue un choque cultural bastante asombroso.

Tomamos una bebida fresca mientras disfrutamos del clima que está bastante agradable, Joana no para de hablar. Su móvil suena y se aleja para contestar.

—Seguro es Cal —comenta Aiden y yo sonrío—. Me gusta como te queda ese vestido.

Estoy usando un vestido de color blanco y unas sandalias bajas, pero no

es nada del otro mundo, sin embargo, Aiden se queda mirando mi escote y entiendo que mis pechos han crecido junto a mi vientre.

—Lo que te gusta son mis pechos —bromeo.

Aiden se quita los lentes de sol y observo en sus ojos la llama del deseo encendida, muerdo mi labio y siento como mis mejillas se encienden.

—Siempre me has gustado, además el embarazo realza tu belleza. — Toma mi mano y se la lleva a sus labios para dejar un beso—. Estás preciosa.

—Gracias.

—Estoy emocionado que entre toda nuestra tragedia tengamos un halo de esperanza, sé que nuestro hijo me da la fuerzas para continuar.

—Eso espero.

—Quiero llevar a Joana al safari, estuve hablando con unos amigos y creo que es posible y en dos semanas tengo una revisión, podríamos ver qué dicen y vamos.

—Sería arriesgado, sabes que tienes momentos como este y otros en donde necesitas atención médica.

—Me estoy tomando los medicamentos y el tratamiento de tu madre, sé que no voy a tener una remisión, solo quiero vivir lo que me queda como el hombre que era.

Suspiro y en ese momento Joana se sienta de nuevo.

—Creo que la he cagado —nos anuncia y resopla.

—¿Por qué? —le pregunto.

Nos observa contrariada y veo el arrepentimiento en sus ojos cuando fija su mirada en mí. Tiene un mes aquí y no creo que haya hecho algo de lo que pueda arrepentirse.

—Lo siento, Aiden —se disculpa—, pero Daniel viene para acá.

Abro los ojos como platos, me quedo mirando a mi amiga y parece darse cuenta de lo deseos inmensos que tengo de matarla.

—Debería agradecerle que estés aquí —le contesta como si nada.

—¿En serio? —inquieta nerviosa, mientras me mantengo en silencio.

—Sí, realmente es parte del pasado y de cierta manera ayuda a mantenerlas unidas.

—No debiste decirle —le reclamo.

Aiden toma mi mano y la aprieta infundiéndome todo su calor, sé que para él será un mal trago verme con mi ex, me sorprende la resignación con la que aceptó que trajo a Joana, no discutió y no gritó cuando le confesé que mantenía el contacto. Creo que algo está elucubrando en su mente, algo que no

lograré explicar nunca.

Joana cambia la conversación y nos confiesa que le gustaría vivir aquí, que ahora entiende porque sentimos que este es nuestro refugio de paz. Esperar a que Daniel aparezca es algo que me pone los nervios de punta y no puedo evitar sentir remordimiento, porque con el único hombre que le he sido infiel en el pensamiento y hasta con los labios a Aiden es con él.

Nunca quise que mi presente y pasado se juntaran, porque las huellas de ese amor todavía no se han borrado como sucede con las marcas en la arena. Y de repente Daniel aparece en mi campo visual vestido tan informal que parece más joven, lleva una bermuda de color caqui y una camisa manga corta de lino, su cabello rubio desordenado dando la sensación de que no se peinó y cuando sus ojos se centran en mí una sonrisa se dibuja en sus labios, una de esas que puede iluminar el mundo entero y es que sus dientes blancos brillan. A él parece no importarle que a mi lado está Aiden y a mi esposo tampoco, porque sé que ha detallado cada microsegundo que he perdido mi vista en mi ex.

Ella y Él
Aiden Hall

Cuando ella pierde su mirada en las personas que se aproximan al café, sé que ha llegado el momento de verla junto a la persona que dice amarla. No puedo negar que dentro de mí bulle la llama de los celos, porque su historia tuvo que ser tan intensa que ninguno de los dos ha podido olvidarse. Nunca reconocería a un adversario, si la historia hubiese sido otra nunca dejaría ir a una mujer como Miranda, pero parece que Daniel está dispuesto a enmendar su error.

Él solo tiene ojos para ella y eso me permite detallar cada rasgo, parece un hombre desenfadado disfrutando de unas vacaciones. Ya lo había visto otras veces de lejos y la vez que hablamos sobre lo que deseo, sin embargo, esta es completamente distinta, ya que he llegado a la conclusión que mi hijo y mi esposa estarán protegidos a su lado. El gesto de traer a Joana no puede saltarse y eso ha hecho que Miranda pueda sonreír a pesar de que cada día se acerca el momento.

Cuando él llega a nuestra mesa se queda mirando un poco más de lo debido a Miranda, que sigue absorta en él y los celos me hacen perder la cordura, tomo su mano y la aprieto tan fuerte que rompe la conexión.

—Es bueno verte, Daniel —le asegura Joana.

Solo sonrío en respuesta y al fin quita la mirada de mi esposa para ver a su amiga. Miranda se acerca y me da un beso en la mejilla como tratando de reconfortarme. Respiro hondo y finjo una sonrisa.

—El gusto es mío de verlos —contesta y entonces se dirige a nosotros—. Mir... —Odio que corte el hermoso nombre de ella—. Aiden es bueno verte recuperado.

Me ofrece su mano y yo la estrecho tratando de calmar la revolución de sentimientos, quiero dejar protegida a mi familia y a pesar de eso, no puedo dejar de odiarlo, porque mi mujer nunca me ha visto de la misma manera que a él.

—Gracias —respondo.

Joana lo invita tomar asiento con nosotros y entabla una conversación, él la sigue sin quitarle la mirada de encima a Miranda. Ella toma mi mano tratando de hacerme sentir cómodo, cuando realmente quisiera tener todas las

fuerzas del mundo para nunca estar en esta situación. Se remueve incomoda y me acerco para susurrarle:

—Si quieres nos vamos.

Ella sonríe y lleva nuestras manos entrelazada a su vientre, cuando percibo los movimientos no puedo evitar sonreír. Parece que nuestro hijo ha decidido hacerse sentir.

—Tengo hambre —me confiesa mordiendo su labio inferior—. Parece que Nathaniel también.

—Ya veo.

—¿Cierto, Miranda? —le pregunta Joana y rompe nuestra pequeña burbuja.

—¿Ah? Lo siento es que Nathaniel ha decidido que tiene hambre y yo también —le dice y se sonroja—. A este paso será un mamut.

—Cada día estás más preciosa —la elogia Daniel.

No puedo evitar fruncir el ceño y mirarlo con odio, aunque en vez de intimidarse solo sonríe.

—Gracias.

—Entonces tenemos que darles de comer a los dos —agrega Joana emocionada—. Le decía a Daniel que su casa parece un paraíso aislado, que ahora entiendo que deseen estar aquí, lejos de todo.

—Todo es precioso en Kenia —contesta Miranda—. Aiden y yo tuvimos suerte de encontrar esa casa a un precio sumamente bajo, al parecer el dueño no podía verse ahí luego de perder a su esposa.

—Una historia interesante —interviene Daniel—, realmente es tormentoso perder el amor de tu vida y saber que nunca más estarás a su lado.

Miranda se remueve y yo tomo su mano. Sé que el comentario de Daniel la ha puesto incómoda y también ha provocado que se sonroje. Lo cierto es que si estuviera en la posición de mi adversario estaría profundamente arrepentido.

—¿A qué te dedicas, Daniel? —le pregunto tratando desviar su atención a otra cosa que no sea Miranda.

—Soy CEO de una corporación internacional —contesta.

—Entonces estás detrás de un escritorio más horas del día que nosotros, parece que Joana y tú hacen la pareja perfecta —añado el último comentario con molestia en mi tono de voz.

—Qué va, Daniel estuvo enamorado de Miranda desde la primera vez que la vio —me discute Joana.

—Joana... —la llama con voz ronca Miranda, y ella pone los ojos en blanco.

—Lo siento, pero no estoy diciendo ninguna mentira y a estas altura sabes que siempre fue así, me imagino que a Aiden también le sucedió igual.

—Es cierto, solo tuve ojos para ella desde el primer momento que la vi —le aseguro—, Miranda lo sabe.

—Lo siento, creo que es mejor que me marche —se disculpa Daniel—, si necesitan alguna cosa, saben que pueden localizarme.

Joana asiente y él se levanta no si antes asentir hacia nosotros. Se despide en silencio y escucho el suspiro que suelta Miranda. No puedo sentirme más inseguro.

—Joana, ¿en qué estabas pensando? —le reclama Miranda molesta.

—Yo se lo pedí —contesto para salvarle el culo a su mejor amiga y es cuando Miranda al fin fija toda su atención en mí—. Quiero conocer un poco más de cerca al hombre que tuvo tu corazón por tanto tiempo.

—Aiden...

—Creo que es mejor que me vaya andando —comenta Joana y se levanta—. Nos vemos en la casa.

Miranda no le dice nada a su amiga y se limita a ver como se aleja en silencio, puedo ver su molestia en su cuerpo y es que todo está tenso, las facciones de su rostro se han endurecido y cuando al fin fija su mirada gélida en mí, estoy seguro que está por lanzarme una buena discusión.

—No entiendo qué pretendes, pero puedo asegurarte que no me gusta —me asegura.

—Miranda...

—Daniel es parte del pasado y te empeñas en traerlo a nuestro presente. Entiende que nada de lo que haga puede cambiar lo que viví junto a él, no ando preguntando por tu ex o las mujeres que follaste, nunca lo hice.

—Vi cómo se miraban y entendí que aún se aman —le reclamo—. Estás conmigo porque estoy enfermo, pero cuando muera eres libre de correr a su lado.

—Eres un idiota, Aiden.

—Lo vi.

—No sé qué conjeturas te haces en tu mente, yo estoy contigo porque quiero y no por las razones que te imaginas.

Miranda se levanta y yo saco todas mis fuerzas para sujetarla, no puedo dejarla ir así de molesta. Los celos son los peores consejeros y quiero

lastimarla, necesito que sienta el dolor que estoy concibiendo en mi ser, me enervó que el mundo se detuvo para ellos mientras él venía hacia nosotros.

—Lo siento.

—Aiden los celos son falta de seguridad, no puedo negarte que Daniel me hace sentir aún —confiesa y parece que ese pensamiento la hiriera—. Sin embargo, estoy concentrada en esto y cuando digo que nada cambiaría, es porque si estuvieras sano tampoco me iría. Tienes que aprender a aceptar que significó mucho en mi vida, solo que en este momento tú eres más.

—Cuando muera, estoy seguro que terminarás con él. —No puedo evitar que el comentario salga sin un ápice de celos.

—Cuando mueras tendré un hijo que criar y te apuesto a que Daniel no quiere hijos, nunca los quiso y no va a meterse con una mujer que tiene uno. —Trato de tomar su mano y ella me la quita—. Esa es mi historia y no puedes juzgarme por ella, no lo hiciste antes y no vengas a hacerlo ahora.

Miranda se levanta molesta y toma sus cosas, siento que la he cagado y que solo hago cosas para amargarle su existencia. Todo cambió en mi vida después que ella llegó, no puedo evitar sentir temor al dejarla sola y menos sentirme un hombre egoísta por hacerla vivir los momentos más dolorosos de mi existencia.

La impotencia de saber que estoy muriendo me hace viajar entre muchos pensamientos, si no fuera porque está embarazada hace mucho tiempo hubiera tomado la decisión del suicidio. El cáncer no solo me consume físicamente, sino que también lo hace de una manera increíble mentalmente y es que vivo pensando que será de ella y de nuestro hijo luego de que parta de este mundo. Quiero dejar todo en orden, pero todo lo que tengo no se compara con lo que Daniel tiene y aunque ella no lo entiende, necesito que esté tranquila cuando me vaya.

No he decidido dejarla ir por las buenas, más bien lo hago por las malas. Soltar su mano es lo más difícil que me ha tocado hacer, ella no lo entiende y que el corazón no sabe de razones, nos esforzamos en vivir una vida que tiene fecha de caducidad, nos empeñamos en ser felices aunque sabemos que el dolor es inminente. Saber que estoy muriendo solo ha hecho que me convierta en un insensible, sin embargo ella no es consciente de que mi vida se ha puesto patas arribas desde que entendí que no iba a quedarme.

Ya no soy el mismo y me perdí en la rabia, en la frustración y el dolor de saber que todos los planes futuros se quedaran en suspenso. No estoy perdiendo a Miranda por algún error que haya cometido, la pierdo porque

simplemente nuestro cuento de hadas terminará con lágrimas, porque no puedo evitar lastimarla al morir y por más que quiera que se vaya de mi lado, no lo hace y sigo causando cicatriz, cuando la rabia emerge como un veneno en mi mente.

Amo a esa mujer más que a nada en el mundo, pero no puedo evitar sentir celos por el amor que calla su corazón y aunque ellos se nieguen a verlo, todos somos capaces de ver la sombra de ese amor. Miranda es del tipo de mujer que deja una huella imborrable, por eso comprendo a Daniel mejor que nadie, pues seguro mi ángel sigue siendo la misma de ayer, la mujer incondicional que es capaz de amar sin medida. Su corazón es tan benevolente que es capaz de opacar a cualquier mujer, sin embargo ella no se da cuenta de que su belleza es capaz de eclipsar a la de otras y su bondad se refleja en cada poro de su piel.

Miranda es excepcional y sé que él sabe que ha perdido a la mujer perfecta. Ella me cambió la vida, me hizo ser mejor hombre y también me enseñó a tener la empatía que nunca tuve con mis pacientes, mientras ella atendía por vocación, yo lo hacía por deber. Es capaz de salvar vidas pues es a lo que vino a este mundo.

Ella es la dueña de cada uno de mis sueños, de esos que nunca se cumplirán. Me toca aceptar que ella y él en algún momento van a reunirse, se darán cuenta de que su destino es estar juntos y solo le pido a Dios que ese hombre cuide de ella y de nuestro hijo. Solo quiero morir en paz, aunque no puedo hacerlo hasta saber que no estará sola.

Me levanto de la mesa y me mareo un poco, cada día me siento más débil y solo sé que el final se acerca poco a poco.

Que me alcance el tiempo

Tantos momentos de felicidad vivimos entre estas paredes, pero parece que hemos regresado a construir malos recuerdos. Cada día la enfermedad consume un poco más a Aiden, desde nuestra última discusión ha dejado de vivir con el fantasma de Daniel entre nosotros.

No puedo negar que sigo sintiendo algo por mi exnovio, creo que su cercanía solo ha hecho que añore un poco lo que tuvimos, también porque los malos momentos me están volviendo loca y no logro conseguir la calma. Mis días son grises a pesar de que afuera hace un sol maravilloso, gasto cada momento en tratar de alargar la agonía en la que vivimos y muchas veces me siento egoísta al tratar de que se quede a mi lado.

¿Han pensado en la muerte?

Cuando somos médicos y la desafiamos, nos llegamos a sentir invencibles, y créanlo, un doctor siempre hará todo lo posible para salvar a su paciente. Digamos que la vida es lo que realmente nos da esa adrenalina, sin embargo, ahora pienso más seguido que hay en el más allá y seamos sinceros, nadie se ha devuelto a contarnos que tan maravilloso es el cielo o que tan horrible es el infierno.

Solo Dante nos dio un pequeño abreboca y aunque sabemos que es ficción, nos encantaría que al menos el Paraíso fuera así. No quiero que Aiden muera, pero me toca aceptar que debo dejarlo ir y ahora que estoy de siete meses, creo que el momento está golpeando a la puerta. Hace un mes que no puede levantarse de la cama, las enfermeras y yo nos encargamos de su cuidado diario, lo distraigo leyéndole libros de romance y muchas veces se burla de mí por creer en el amor de esa manera.

Días como hoy que las chicas lo atienden y yo salgo a caminar, lo hago un poco más lento pues ya comienza a pesar más mi vientre. Joana me acompaña en silencio, mientras andamos por la orilla del mar, no sé si han visto alguna vez un agua tan cristalina, aunque hace que se vea de un azul turquesa y a medida que alcanza mayor profundidad se oscurece.

—Debería volver, sin embargo creo que estos dos meses me han hechizado —murmura mi amiga con la vista perdida en el mar.

—Sé lo que se siente.

—Mir, no quiero dejarte sola y siento mucho esto, ver a Aiden así solo te consume y más estando embarazada. —Toma mi mano y le da un fuerte apretón

—. Eres la mujer más valiente de este mundo.

—No tienes que decir eso.

—Lo digo y punto. Esto es tan horrible que no logro comprender cómo tienes la valentía y te admiro, suena muy cobarde de mi parte lo que estoy a punto de pronunciar, pero hubiera sido yo y tomo mis cosas para vivir mi vida —declara. Me río bajito.

—Lo dices porque no estás enamorada.

—Tampoco creo que estés muy enamorada de Aiden.

—Joana...

—Estamos lejos de la casa, por eso puedo hablar con libertad y te juro que no estoy juzgándote. —La observo cuando se sienta en la orilla sin importarle que se moje su vestido—. Daniel te llama a diario, compartes mensajes con él y además estoy segura que si tuvieras la oportunidad le pedirías que estuviera aquí.

—Eso no significa nada.

Me siento y ella me ayuda, el agua es cálida y la espuma de las olas revienta justo debajo de nosotras.

—No tienes que estar a la defensiva, no conmigo cuando te conozco desde el jardín de infancia.

—Es que...

—Es que todavía sientes algo por Daniel, lo vi en tus ojos y no puedes ocultarlo. —Toma mi rostro y me obliga a mirarla—. Cuando lo ves se detiene el mundo y solo tienes ojos para él, sucede igual con Daniel y es tan increíble, no te digo que no quieras a Aiden, pero en el fondo creo que él fue un bote salvavidas para ti.

—Estoy confundida, también con todo lo que sucede... —Rompo a llorar—. Aiden se desvanece en cada anochecer y no soy feliz con lo que vivo.

—Por eso estoy aquí, no voy a dejarte caer Miranda, ten por seguro que si llamas a Daniel, tomará el primer avión y se reunirá con nosotras. No estás sola, tus padres también lo harían y no quieres verlo, porque elegiste vivir así y no con el apoyo de quienes te amamos.

—Lo sé —afirmo, porque reconozco que los he alejado a todos

—Los padres de Aiden llegan en unos días, necesitan despedirse y debes intentar hacerlo, tienes que dejarlo ir.

—¿Cómo dejo ir al padre de mi hijo? —le pregunto entre lágrimas.

—A veces decir adiós es lo más difícil a lo que nos enfrentamos, no creas que he pensado alguna vez en despedirme, si algo tenemos seguro en esta

vida es la muerte. —Mi amiga me abraza—. Piensa en los bellos momentos y todo lo especial que juntos vivieron, sé que su amor fue así como una lluvia de cometas, ahora todo quedará en calma, piensa en lo bonito y no en estos meses.

—África.

—Sí, imagina los atardeceres y ustedes dos bailando como me contabas, recuerda los safaris y cuando vieron por primera vez esta casa, pero sobre todo recuerda al Aiden que te conquistó y no mires al hombre que desea morirse, sé que el tiempo corre y quieres hacerlo feliz, pero intenta por una vez ponerte en sus zapatos.

—Sé que está sufriendo —acepto finalmente.

—Tienes que dejarlo ir, no estarás sola y te queda un maravilloso recuerdo. —Toca mi vientre—. Le hablarás a Nathaniel sobre su padre y estará vivo en cada palabra, le contarás historias en donde Aiden será el superhéroe y con cada recuerdo estará presente, pero suelta su mano y hazlo antes de que se acabe el tiempo.

—No sé si pueda —hipeo.

—Puedes, solo que no quieres hacerlo.

—Tienes razón.

Joana se queda callada cuando acepto finalmente que no quiero dejar ir a Aiden, aunque no puedo mentirles que en el fondo quisiera vivir una situación diferente y poder ser feliz con el hombre que amo, sin embargo es lo que me ha tocado y no puedo hacer más nada.

Con la llegada de Ann y Thomas, el final se ve cada día más cerca y mi mente se pelea con la realidad tratando de que no suceda lo que debe suceder. Estoy acostada a su lado mientras descansa después de aplicarle una dosis alta de morfina, estudio su perfil y puedo ver muchos de los rasgos que me enamoraron.

Su nariz aguileña, su mentón cuadrado y fuerte, sus labios mullidos. Su pecho sube y baja con tranquilidad, al tiempo que la máquina de oxígeno lo ayuda a respirar. Mi Aiden parece que en sueños se desconecta y entra a un mundo de paz, cuando abre los ojos muerdo mi labio y tomo su mano para hacer lo que debo.

—Miranda...

—Sabes que cuando me pediste salir la primera vez, tuve un miedo atroz de enamorarme de nuevo y que me hicieran sufrir, pero sé que soy la mujer más afortunada de este mundo.

—Nena, fuiste el regalo más hermoso de mi vida.

—Recuerdo que fuimos de compras a aquel mercadillo y comimos algo, te molestaste conmigo porque me gasté parte de mi sueldo en ropa para los desamparados, pero cuando te dije que era parte de mí, colaboraste y llevamos todo a la casa hogar.

—Lo sé, lo hice con fines egoístas y no altruistas, solo quería impresionarte —me confiesa.

—Luego comenzaste a construir recuerdos, esos que nunca voy a olvidar como nuestro primer safari juntos y todo lo que vimos, creo que los atardeceres más hermosos los he vivido a tu lado.

—Miranda, ¿fuiste feliz a mi lado?

—Lo soy, puede que ahora no sea el mejor momento de nuestras vidas, sin embargo te agradezco que luches por mí y nuestro hijo.

—Quiero que me recuerden, porque así voy a vivir y él me podrá conocer con todo lo que le cuentes sobre mí. —Aiden toma mi mano—. Así te cases con otra persona, quiero que le hables de mí, porque tendrá dos padres que lo amarán.

—Aiden —sollozo su nombre.

—Yo todos los días recuerdo lo feliz que he sido a tu lado, espero que si existe vida después de la muerte puedas reunirte a mi lado, para así ser feliz de nuevo.

—No quiero que mueras —le confieso llorando.

—No voy a morir si me recuerdas, solo mueren aquellos que son olvidados y sé que me llevarás en tu corazón.

—Igual, no lo quiero y necesito un poquito más de tiempo.

—Ojalá pudiera devolver el tiempo, sin embargo no puedo.

—Lo sé.

—Lo malo y lo bueno, todo eso es lo que me llevo conmigo y el amor inmenso que siento por ustedes.

—¿Te estás despidiendo? —le pregunto con terror.

—Lo hago —contesta—. Quiero que puedas tener lo que muchos no pueden tener, quiero que seas feliz y que puedas construir la vida que siempre soñaste. Yo me llevo todo el amor que tengo por mis padres y por ti. —Toca mi vientre—. Por él.

—Esto es muy difícil —sollozo—, te voy a extrañar cada día.

—Hay personas que no tienen este momento para despedirse, mira lo afortunados que somos. —Sonríe y me sorprende que diga algo así—. Somos polvo y nos convertimos en polvo, sé que para alguien tan escéptico como tú es difícil de comprender, pero me enseñaron que al lugar a donde voy, es uno lleno de paz y estoy deseando partir, ya me despedí de mis padres.

—Nunca he entendido cómo la vida puede terminar en un segundo, pero espero que si existe ese lugar me permitan llegar. —Respiro hondo—. Aiden, entiendo que deseas descansar, si debes irte no te retengo más, aunque entiendo que para mí decirte adiós es lo más difícil que tengo que hacer.

—Cuando llegue el día solo acuéstate a mi lado y déjame saber que me amas, no te pido más.

—Lo haré —le prometo.

Me abrazo a él mientras sus manos acarician mi vientre, lo que acabo de hacer creo que es lo más espantoso que me ha tocado y aun así he sido valiente, porque era lo que Aiden necesitaba y comprendo que era algo que debíamos hacer. No quisiera darme por vencida, sin embargo acepto que el cáncer ha ganado la batalla y que perdimos luchando.

¿Cómo puedo decirle adiós a lo que tuvimos?

Los buenos momentos que vivimos, superan todos los malos a lo largo de nuestra relación. Los cafés compartidos entre las guardias, los viajes conociendo el continente y los muchos atardeceres que disfrutamos juntos. Todo lo que viví junto a Aiden, me hizo creer que estaríamos juntos para siempre, pero ese para siempre se ha ido y ahora qué hago yo. Me llevaré cada recuerdo que tengo nuestro, para que en los días grises sean el sol que ilumine mi vida.

Aiden me besa los labios y yo le correspondo, cuando rompemos el beso limpia con sus pulgares mis lágrimas. Sonríe con tristeza aceptando que ha llegado el momento y que debo estar preparada para aceptarlo, le he prometido estar juntos hasta el final. Si así lo ha decidido Dios, no puedo hacer nada y creo que este instante por primera vez, creo en ese ser omnipresente al que todos oran con fe, solo le ruego que me dé las fuerzas para continuar.

Mi lugar es a su lado hasta el final, porque se lo prometí y duele; me duele tanto que estoy segura de que cuando parta, se llevará parte de mi corazón. Aiden nunca puso condiciones para amarme, por eso es por lo que estoy aquí y sueño con un milagro, ese, que sé que es imposible, no obstante dicen que Dios puede hacer que lo imposible, sea posible.

Aiden cambi3 mi vida y fue lo mejor que me pudo pasar, no me arrepiento de nada, porque nuestro amor fue perfecto. Perdon3 sus errores antes de que los cometiera, porque nunca lo compar3 con Daniel, ya que los dos eran completamente diferentes, las cosas que uno hizo, el otro no, por eso creo que a veces los amo a los dos. Parte de mi coraz3n se ir3 con Aiden, solo espero que me d3 tiempo de aceptar la verdadera despedida.

El adiós

Las semanas que han transcurrido fueron las más difíciles de mi vida, no les miento si les digo que cuando llegó el momento no estaba preparada para dejarlo partir. Acostarme a su lado, y escuchar cómo su respiración se iba apagando hasta que finalmente cesó, me dejó el alma rota y me sumí en el dolor de la pérdida. No pude ver su cadáver, así no quería recordarlo y me levanté cuando escuché que inhaló por última vez, su mano que sostenía la mía aflojó su agarré y supe que finalmente se había ido para siempre de mi lado.

Lloré frente al mar un veintinueve de junio, apenas eran las doce del mediodía y el sol resplandecía en el cielo azul. Sus padres aceptaron mi decisión de no repatriar su cuerpo, nosotros habíamos decidido envejecer los dos juntos y morir en esta tierra lejana llenos de hijos y nietos. Nuestra historia se terminaba y aún quedaban tantas hojas en blanco por escribir, aquí en este lugar donde la paz es infinita estoy por decirle adiós al hombre que me hizo feliz por cinco hermosos años.

Me estoy quedando aquí y no pude hacer nada para que él se quedara, siento que solo me mantengo en pie porque en unos meses mi hijo nacerá. Joana me toma por el brazo, y me ayuda cuando me doblo un poco para dejar las rosas encima del ataúd de Aiden y lo beso. Escucho los sollozos de Ann cuando se acerca.

—Hijo mío —hipea.

Verla a los ojos es como mirar los ojos azules de su hijo, ella toma mi mano sobre el ataúd y me quedo mirándola.

—Mi hijo te amaba más que a cualquier otra persona, sé que están desgastadas esas palabras, pero espero que me dejes estar en la vida de mi nieto —me ruega.

—Nunca voy a alejarte de él —le prometo con la voz rota.

—Ann, vamos —le pide Thomas, quisimos una ceremonia sencilla y solo estamos los cinco despidiéndonos.

Ann rompe a llorar, porque ha llegado el momento de despedirse de su hijo. Joana me sostiene, mientras los obreros accionan la polea que lo baja hasta su última morada. «Adiós dulce amor, adiós amor mío, algún día nos volveremos a encontrar», me despido en mi mente de él.

Me desmorono en los brazos de mi mejor amiga, siento que Aiden me ha abandonado y me ha dejado sola, que sus recuerdos van a perseguirme y

atormentarme, porque la vida continuará sin él y no quiero que eso suceda. Quiero devolver el tiempo y no regresar nunca a Seattle, recuperar el tiempo que perdimos y que Aiden regrese a mí, que me quiera como siempre lo hizo y vivir felices en nuestro pequeño cielo.

—Miranda, por favor —me suplica Joana cuando ve que no deseo moverme—. Vamos a casa.

—Mi vida se ha apagado, no tengo a Aiden —sollozo.

—Tienes a Nathaniel, me tienes a mí y estoy segura de que tienes a tus padres —me asegura.

—Lo quiero a él.

—Lo sé, nena, lo sé, y te juro que si en mis manos estuviera la posibilidad de darte lo que quieres, no dudaría ni un segundo en hacerlo.

Asiento y acepto irme, ya volveré de nuevo para hablar con Aiden así no obtenga respuesta. Tengo ocho meses de embarazo, solo faltan algunas semanas para que nuestro bebé nazca, pero se fue y aunque esa misma noche en su agonía me dijo que me amaba, yo no pude responderle, no pude y creo que él comprendió que en ese momento, estaba muerta del miedo y me sentía impotente al no poder hacer nada para salvarlo.

Al salir del cementerio me quedo de piedra al encontrarme con mis padres, mi madre me observa con ternura y mi padre con preocupación, cuando corren hacia a mí, de nuevo las lágrimas comienzan a salir. Me abrazan haciéndome sentir segura, tenía años que no me sentía protegida por ellos y ahora cuando más lo necesito están aquí para mí.

—Están aquí —exteriorizo con voz rota.

—Hija, perdón por no llegar antes —me pide mi mamá.

Yo me dejo abrazar por unos segundos más y cuando rompemos el abrazo, puedo ver al artífice de que esto sea posible. Daniel asiente y se da media vuelta para subirse en el auto, sé que esto que ha hecho es solo un pedacito de lo que podría ofrecerme si decido volver con él. Sin embargo, el dolor que tengo en ese momento no me deja ver más allá y no pienso volver por ahora, ni quizás en mucho tiempo a su lado y creo que es lo mejor para los dos.

Solo pido que me dejen llorar para poder sanar mi corazón, pero parece que todos están preocupados. No pueden entender que el vacío que se siente

en nuestra habitación, los recuerdos se aglomeran como hojas en otoño que hacen que vea mis días de color sepia, sin embargo el silencio enmudece mi días ya que Aiden se ha ido, y yo estoy aquí tratando de entender lo que ha sucedido en mi vida, porque realmente solo necesito un poco de tiempo.

Las lágrimas me ayudan a drenar la tristeza, la frustración y la rabia de haberlo perdido. Creo que nunca más volveré a entregar mi corazón. Cada mañana siento que estoy perdida en un mundo en el que no quiero estar, salgo a caminar y creo que estoy a su lado, sin embargo, me doy cuenta de que no es así y lo extraño al despertar, en mis paseos cuando veo el atardecer y mi día va de caída. Siento que no hay vida después de Aiden, no quiero seguir viviendo sin él y sin todo lo que necesito para ser feliz.

Lo amo y aunque ya no esté lo seguiré amando, ya nada me importa, nada si no estoy con él y si alguien me hubiera dicho que cada pedazo de mi vida y mi mundo entero con su partida se iba a derrumbar, no me lo hubiera creído. No sé cómo explicar lo que siento.

Creo que el tiempo se detiene y que estoy en piloto automático, porque duele, duele saber que no podré mirarlo de nuevo a los ojos, porque estoy segura que no podré escuchar su voz de nuevo y, no podremos escuchar de nuevo *Creed* de Radiohead, no podremos bailar bajo la luz de luna y estoy segura que si tuviera la cura para el cáncer haría que se quedara. Saber que no iba a perder lo que amaba, porque lo hacía como se ama lo sublime, lo más bonito, mi amor no se iba a marchitar nunca y las dudas que sentí cuando Daniel, se fueron disipando como las tinieblas.

Si viviera otra vida elegiría a Aiden de nuevo para ser mi compañero de vida, si tan solo tuviera una máquina del tiempo para volver a su lado, le diría que tendría que chequearse para salvarlo y hacerlo que se quede a nuestro lado. Miro las fotos que tengo esparcidas por la cama y tomo en mis manos la primera que nos hicieron juntos, fue saliendo de una guardia espantosa en un hospital en Goma en donde atendimos muchos heridos y casos de violación.

Recuerdo que María, una doctora mexicana se iba de vuelta a su país y nos tomó fotos a todos, cuatro meses después se enteró que éramos novios, y me envió un hermoso correo electrónico adjuntando la foto en el Congo. Cuando tuve la oportunidad de imprimir cada recuerdo que tuvimos en cada lugar que visitamos, hicimos un álbum con nuestra historia. África fue el continente que nos unió, quizás llegamos por razones distintas, pero aquí fuimos capaces de tratar de ser mejores seres humanos y no puedo negar que amar a Aiden fue una de las mejores decisiones que he tomado.

Tocan a la puerta y luego la abren, mi madre se asoma y no puedo creer que Lauren Evans esté aquí dejando de lado su trabajo, para estar conmigo.

—¿Puedo pasar? —pregunta temerosa.

Asiento en silencio, porque si hablo mi voz saldrá apagada y creo que he perdido hasta eso. No tengo capacidad para hacer nada más, solo llorar y es que estoy dejando ir a la persona con la cual deseaba compartir mi vida entera, porque odio todos los sentimientos que emergen desde que Aiden se ha ido. Mi madre se sienta a mi lado y se queda mirándome, yo pierdo mi mirada en el edredón lleno de fotos que están esparcidas como recuerdos que me perseguirán de por vida.

—¿Estás bien? —me pregunta tomando una de las fotos.

—No lo estoy, esa foto es de cuando nos trasladaron a Kivu del Sur. Fue una época dura, porque había muchas violaciones y la mayoría de los casos que atendíamos eran eso, creo que nunca me imaginé ver a una niña de dos años así.

—¡Cristo!

—Cuando me fui ustedes pensaron que estaba loca, pero realmente quería hacer algo con mi vida y poder salvar el mundo.

—Lo sé, solo que creímos que estabas huyendo de nuestro legado —me recrimina mi madre.

—Es difícil aceptar un legado al cual no estás destinada. —Suspiro—. Ser hija de Mark Evans y Lauren Evans es bastante engorroso cuando también eres doctor. Mamá, yo no estudié medicina para ser igual a ustedes, lo hice para construir mi propio legado.

—Entendemos eso.

—Cuando conocí a Aiden sé que quedó deslumbrado al descubrir que era su hija, aunque fue la primera vez que uno de mis compañeros se acercó a mí, por lo que soy y no por de quién soy hija. —Sonrío—. Aiden era el hombre más increíble del mundo.

No puedo evitar sollozar cuando digo esto último, mi madre toma mi mano y me abraza. Creo que pocas veces en mi vida lo ha hecho y le agradezco en el alma que tenga este gesto, porque solo ella puede comprender lo que siento.

—No voy a negarte que salí huyendo por Daniel, me fui herida pues había despertado en la oscuridad luego de saber su engaño.

—Nunca imaginé que era eso, solo pensé que estabas siendo inmadura y te pido perdón. —Acaricia rítmicamente mi espalda—. Sé que he sido todo,

pero no una buena madre y quizás todas las palabras entre nosotras están desgastadas.

—No lo creo, sin embargo no puedo negarte que me alegro de que estés aquí —le confieso.

—No he sido la mejor madre del mundo, no obstante no puedo dejarte en el momento en el cual más me necesitas, decir adiós es muy difícil y sé que piensas que estar sola es la mejor decisión que puedes tomar, aunque no lo es.

—Siento que mi mundo se ha derrumbado, que ya no puedo seguir viviendo sin él.

—Nunca te di consejos de amor, creo que he tratado de que crecieras libre y que tomaras tus propias decisiones. Cuando dejaste a Daniel, no puedo negar que me decepcioné y quizás para mis ojos Aiden no era el mejor partido, pero luego supe que te hacía feliz y eso me bastó para aceptarlo. —Mi madre me separa—. Me opuse a tu boda para evitarte este dolor, sin embargo tu corazón es mucho más noble de lo que pude imaginar.

—No sé si es nobleza, pero amo a Aiden.

—El amor puede curar muchas veces y también puede destruirte, conociste las dos caras del amor y sé que podrás seguir adelante. —Posa su mano en mi vientre—. Estoy segura que serás mejor madre de lo que yo fui.

—Fuiste una buena madre —le aseguro.

—No la que querías, sé que estuve muchas noches sin cuidarte y que tu abuela fue una madre para ti, cubriendo esos espacios que yo no supe llenar. Estoy segura que podrás hacerlo mejor que yo.

—No lo sé, tengo mucho miedo.

—El miedo lo podrás superar como todo lo que te propones —afirma—. Aiden quisiera que vivieras una vida feliz, que no te detengas solo a llorar que se ha ido, necesitas saber que puedes continuar con tu vida, tienes que dejarlo ir y ser feliz.

—¿Cómo ser feliz cuando no tengo nada a que aferrarme?

—Tienes a tu hijo, tienes a Joana que te quiere como a nadie, nos tienes a nosotros y creo que sabes que tienes a Daniel, te ha demostrado que puede ser tu amigo y que solo quiere verte feliz.

—Mamá...

—No te estoy diciendo que corras a sus brazos, no sería capaz de algo así —me interrumpe arrepentida—. Solo decirte que la vida tiene colores, los has vistos y no puedes sumergirte en este que te va a consumir si lo dejas, Aiden no sería feliz viéndote así.

—Mis fuerzas se fueron con él.

—No, solo tienes que aprender que se ha ido y, te prometo que encontraremos la cura contra el cáncer en su nombre, pero sonrío de nuevo porque la vida te está dando razones y tienes que ver más allá de la tormenta.

—Mamá —sollozo.

—Aiden te dejó el mejor regalo, ser madre y sé que tu hijo te devolverá las ganas de vivir, ya lo verás y lo sentirás.

Me abrazo a mi madre y lloro como una niña pequeña a la que le han quitado algún juguete, siento que parte de mi vida se ha ido, también sé que debo continuar por la vida que llevo dentro de mí, pero decir adiós al hombre que amo es una de las cosas más difíciles que me ha tocado hacer en este mundo.

Carta para Miranda

Aiden Hall

“Miranda.

Si esta carta llegó a tus manos es porque ya no estoy a tu lado. Hace mucho tiempo me hice a la idea que no podíamos ser felices, que todos los sueños que teníamos se iban a quedar guardados en un desván y que tendrías que continuar tu vida sin mí.

Cuando despierto siento que falta menos para la despedida, fui por ti un hombre que se atrevió a soñar. Es la primera vez que escribo lo que siento y plasmo mis sentimientos, seguí cada uno de tus sueños y quería cumplir cada uno de ellos, me enamoró la tozudez con la cual salvabas cada vida. Fuiste luz en un mundo lleno de injusticias y creo que conocí un ángel, porque tu bondad nunca tendrá límites.

Nena, sé que en este momento sientes que tu corazón está vacío, que no tienes nada por lo cual luchar y como te conozco, estoy seguro que solo despiertas, comes y haces todo lo demás por nuestro hijo, ¿qué mejor razón para vivir? No puedo quedarme, no porque no quiera, sino porque simplemente no puedo. Maldita mi suerte, ya que no pude permanecer el tiempo suficiente para estar a tu lado, y me imagino tu carita triste cada vez que me veías luchando para sobrevivir. Nunca pensé que algo así podía sucedernos, salimos de nuestra burbuja de amor para que pudieras alcanzar tus sueños, pues por ti era capaz de renunciar a los míos.

El destino nos golpeó, pero estoy seguro que puso en nuestro camino a las personas que necesitas para seguir el viaje de la vida. Recuerda que en un momento estamos y en el otro, simplemente no tenemos la certeza de seguir viviendo.

Nunca olvidaré mi primer día como internos, nos llevaron a la morgue a ver cadáveres y se suponía que estábamos ahí para salvar vidas. Fue como una terapia de choque, para enseñarnos que no somos dioses y que aunque juguemos a serlo, la muerte es lo más seguro que todos los seres humanos tenemos. Me enamoré de ti cuando comprendí que eras más fuerte que yo, nunca olvidaré las atrocidades que vivimos, puede que muchos países del continente africano sean bendecidos por sus recursos y bellezas naturales, aunque son tan malditos porque la humanidad solo quiere aprovecharse de

ellos, y hacen de la vista gorda, sin embargo ahí entran personas como tú, Miranda, tú eres capaz de dar esperanza al mundo y fue aquello lo que me hizo saber que era el hombre más afortunado, porque habías aceptado estar a mi lado.

Nuestro hogar podía estar en cualquier lugar del mundo, porque aquella tarde en que te pedí ser mi esposa supe que tú eras mi hogar, no puedes comprender lo mucho que me duele abandonarte en el momento en el que más me necesitas, pero te puedo asegurar que no me rindo por ustedes. Si pierdo la batalla, no me odies, por favor no lo hagas, porque te amo tanto y te juro que quisiera quedarme a tu lado para siempre, por eso me duele tener que dejarte ir.

Aquellas veces que traté de alejarte fue porque vi como poco a poco te consumías con lo que sucedía, sé que te herí de verdad, muchas veces muero de rabia por hacerlo, sin embargo vivir sabiendo que muy pronto vas a morir, duele, te enajena el pensamiento y te hace decir cosas que nunca dirías. Nos aferramos a una esperanza, aunque somos hombres de ciencia y sabemos a lo que nos enfrentamos, solo te pido perdón; perdón por no tratar de quedarme.

Cuida de nuestro hijo, no estoy seguro si hay vida después de la muerte, pero si la hay te juro que estaré a su lado, que los cuidaré desde el cielo infinito, que nunca me separaré de ustedes. Fuiste una luz celestial cuando todo se volvía gris, fui feliz, contigo encontré la felicidad, y no quiero que mi recuerdo haga sombra en tu corazón, ya que quiero que estés segura que nunca renuncié a nuestro amor, ni la vez que salí huyendo creyendo que alejarte serviría de algo.

Miranda, no fui un hombre perfecto, aunque tú me hiciste mejor persona de lo que nunca imaginé ser. Los dos viajamos para explorar algo, no te estaba buscando y sin embargo, sabía que podría encontrarte. Tú y mi hijo son mi mayor legado, por eso te pido que luches por salir de la tristeza que deja mi partida. Mira a tu alrededor, observa con detenimiento, estoy muy seguro que encontrarás de nuevo el camino de baldosas amarillas, que viajarás al reino muy, muy, muy lejano en donde Fiona y Shrek son felices. Tú fuiste el comienzo de algo hermoso y el final perfecto para mi corta existencia.

Sé que prometí quererte para siempre, pero el destino tuvo planes diferentes para nosotros, sin embargo estoy seguro que podrás perdonarme, porque no te dejo por voluntad propia, de eso puedes estar segura. Y por eso

debes ser feliz, necesitas dejarte ser feliz y cuando creas que no puedes, solo tienes que recordar que vivo ahí, en ese músculo que bombea la sangre a tu torrente sanguíneo, siempre viviré en tu corazón y estaré a tu lado, por eso sal a la playa da un grito a la nada y llora, porque luego te secarás las lágrimas y vivirás la vida que te mereces.

Te amo con toda mi alma.

Siempre tuyo.

Aiden.”

Ser madre...

Y cuando nació Nathaniel ya había hecho lo que me pidió Aiden, la vida fue regresando a la normalidad y poco a poco iban llegando los colores que se habían desteñido con cada lágrima que había derramado. Los meses pasaban lentos, pero paso a paso iba encontrando sentido a mi vida y lo que realmente quería de ella.

Una vida se había ido y otra llegó, mis lágrimas aprendían a reír con cada gorgoreo de mi hijo y así fue, cuando me di cuenta que habían transcurrido ocho meses desde que él me dejó y siete meses desde que mi hijo llegó. El destino puede que tenga planes, y el veintinueve de julio a las doce del mediodía di a luz a un hermoso niño de cabello castaño oscuro y ojos azules, cuando dio su primer grito, supe que por él sería capaz de todo, hasta de volver a sonreír.

Mi encuentro con mi pequeño dio el paso para liberar el dolor, poco a poco fui encontrándome con una Miranda que creí perder cuando partí por primera vez de Seattle. Mis padres y Joana se quedaron hasta año nuevo, creo que no querían dejarme y me rogaron volver con ellos, no obstante, había decidido quedarme un tiempo aquí, en mi pequeño remanso de paz. Los padres de Aiden volvieron a mediados de marzo y Daniel..., bueno si les soy sincera no supe nada más de él y creo que fue lo mejor, no estaba segura de poder soportar sus miradas llenas de amor y al mismo tiempo de lástima, porque estaba tan perdida, que no podía creer que podía seguir en pie.

Ser madre me ha cambiado la vida, razón tuvo la mía en asegurarme que Aiden me había dejado el mejor regalo del mundo. No puedo estar más agradecida, pero todo no es color de rosa como seguro piensan, mi historia de cuento de hadas había terminado estrepitosamente, seguía recordando al hombre que amaba, tan solo que ya había dejado de llorar.

Aprendí que la vida era un ciclo sin fin, si algo así como el Rey León, esa película puede enseñarnos tanto si nos detenemos a ver los mensajes que guarda la historia. Creo que todos los cuentos de hadas pueden dejar moralejas, nacemos para crecer, para formar una familia, para alcanzar nuestros sueños y para morir. Es triste, creo que lo más difícil de vivir es saber que algún día darás tu último respiro.

Siempre podemos ver algo bueno entre todo lo malo, hasta en el lugar más oscuro se cuela un rayo de luz. No puedo negarles que me costó mucho

volver a ver la vida de colores, aunque lo intento con ahínco cada día al abrir los ojos. Amina me ayuda con Nathaniel, porque desde hace un mes he vuelto a trabajar.

Paso consulta todas las tardes en el hospital de Mombasa, los niños son capaces de ver a través de mí y creo que realmente hago algo por ellos. Aunque esta ciudad es maravillosa y está lejos de todo el dolor que encierra África, volver a ejercer me hace sentir un poco más viva.

—Amina, no puedes darle tanta comida —me río—, parece un cerdito de lo regordete que está.

Ella pone los ojos en blanco y Nathaniel me ofrece sus brazos cuando me ve, mi niño es lo más hermoso de este mundo.

—Usted debería comer un poco más —me regaña, y ahora soy yo la que blanquea los ojos.

—Estoy bien —le aseguro.

—Si usted lo dice —me contesta y estoy a punto de decirle algo cuando me fijo en la caja que hay en el mesón.

—¿Qué es eso? —le pregunto acercándome con mi hijo en brazos, que lleva un mechón de mi cabello a su boca.

—Ha llegado para usted.

—Amina, por favor, ¿cuántas veces debo pedirte que me tutees?

—Las que desee, no lo haré —me desafía y sonrío—. La cena está lista y el señorito Nathaniel está duchado y ha merendado un rico pudin de mango.

—Gracias, Amina.

Ella se acerca y le da un beso a mi hijo, se despide para ir a su casa. Creo que no sabría qué hacer sin ella, realmente Amina es parte fundamental de mi vida y la de mi hijo. Le saco el mechón a Nathaniel de la boca y me quedo mirando el paquete, no he pedido nada y mis padres ni los de Aiden mencionaron algún regalo. La curiosidad me mata y haciendo malabares lo abro con una sola mano, quito todo el papel de color marrón que lo envuelve y sonrío al ver que es un hermoso tiovivo de juguete. No tiene remitente, sin embargo tengo una leve idea de donde proviene.

Salgo de la cocina y como todos los días voy a dar un paseo con Nathaniel, mi hijo tiene siete meses y ya intenta escapar de mis brazos. Como todas las tardes me siento a la orilla del mar para ver el atardecer y como

todos los días le hablo sobre él.

—Tu padre quería cambiar el mundo, aunque era tan bueno que decía que eso me lo dejaba a mí, cuando lo conocí creí que era como el príncipe encantador, iba a rescatarme y subirme a su corcel blanco para ser felices. — Sonríó—. Nadie te quiso más que él, sé que si te hubiera visto, diría que eres un ángel. Para mí eres todo, al principio tuve miedo de tenerte, muchas cosas sucedían y tu padre estaba empeñado en alejarme.

Nathaniel gorgojea.

—Sí, era muy tozudo, pero era un gran hombre y tú te pareces a él, sé que serás igual o mejor que tu padre. Los dos te amamos, sé que él luchó para verte nacer, sin embargo hay batallas que por más que quieras ganarlas, estás destinado a perderlas, mi principito, te juro que tu padre en donde esté te cuida y te ama.

Me quedo mirando a mi bebé luego de pronunciar esas dos palabras, como si se tratara de una sutil caricia una brisa nos roza, y cierro los ojos pensando que Aiden está con nosotros. Me levanto y voy hasta la casa, hago nuestra rutina pijama y le leo Harry Potter hasta que se duerme.

Bajo a la sala a recoger todo y dejar la cafetera programada para el día siguiente, me fijo en el regalo y sin pensarlo tomo el móvil. Marco el número y espero hasta que salta el contestador, muerdo mi labio cuando escucho su voz, no insisto y me voy a dormir. Contesto los mensajes de mis padres y Joana, y me sorprendo al encontrar uno de Mandy.

Mandy: He visto la foto que subiste al Instagram, tu hijo es precioso y me encanta que puedas sonreír de nuevo. Estoy aquí, este es mi número, siempre estaré aquí.

Mi móvil suena y cuando se despliega el nombre mi corazón late apresurado. Suspiro tomando valor y contesto.

—Mir... —La voz de Daniel me golpea a la realidad.

—Te llamaba para darte las gracias.

—No es nada.

—El tiovivo es hermoso...

—Lo vi en Macy's, y no puedo negar que pensé en ustedes.

—De nuevo, gracias.

Daniel carraspea nervioso, nuestras llamadas en los últimos meses son bastante incómodas, por así decirlo. Creo que desea decirme tantas cosas, pero sabe que no estoy preparada para ello.

—¿Cómo estás? —pregunta tratando de romper la tensión.

—Estoy bien, adaptándome a la rutina.

—La Doctora Bianco piensa que volverás pronto —me comenta.

—Ya pronto serán dos años, seguro tienen un buen pediatra.

—Todo fue tan rápido... —murmura—. Cuando te vi en ese ferri, parece que fue ayer.

—En julio serán dos años, tengo un año de regreso aquí y sí, todo sucedió muy rápido.

—Lo siento, no quise.

—No te disculpes —lo interrumpo—. No creo que vuelva, quiero que Nathaniel cumpla el año y quiero ver qué sucede.

—Estamos a febrero, Mir, faltan cinco meses...

—Lo sé, pero Aiden está aquí y no quiero volver —confieso—, lo siento, Daniel, esa es la verdad, no quiero volver.

Un silencio se instala y por más de un rato creo que ha colgado, hasta que suelta el aire contenido en sus pulmones.

—Lo entiendo, te dije que siempre seré tu amigo y así será.

—Lo sé y gracias.

—Tengo que colgar —se disculpa.

—Y yo tengo que dormir.

Cuelgo la llamada y por un segundo creo que he lastimado a Daniel, sin embargo tengo que pensar en mi hijo y en mí. No puedo negar que me encantaría que mi hijo creciera en Seattle, que recorra las calles que yo misma recorrí en mi niñez, que me acompañe al mercado del pescado al atardecer y vea el espectáculo, que viaje conmigo en los ferri, que podamos jugar con la lluvia o que simplemente podamos hacer hombres de nieves.

No estoy preparada para regresar, porque en estas cuatro paredes todavía está el recuerdo de Aiden. Esta es nuestra casa, nuestro hogar, nuestro sueño y él descansa muy cerca de aquí,irme significaría dejarlo ir para siempre de mi vida y no quiero, no puedo y tampoco me parece justo que Nathaniel esté lejos de él.

Me pidió que lo enterrara aquí, el lugar en donde fuimos felices. Siempre quiso cambiar el mundo y Aiden sin pensarlo cambió el mío. Lo hizo, claro que lo hizo, por él puedo ver los colores de la vida y sonreír a pesar de que el cielo esté oscuro. Junto a él supe el otro significado del amor, creo que nunca imaginé que el amor podría traer paz, aprendí que el amor es paciente, es fiel y que nada puede quebrantarlo.

Aiden nos amó hasta su último aliento, no puedo dar un paso tan grande.

Todos quisieran que volviera a Seattle, era lo más lógico luego de perderlo. ¿Acaso algo tiene lógica? Nada lo tiene por más que deseamos buscarla, creo que todo sucede por algo y, cuando es tan inverosímil nos empeñamos en buscar una respuesta. Ahora me toca pensar en mi hijo, me gusta la paz de este lugar y poder ir y venir sin estrés del hospital, pasar la mañana junto a él jugando, cuidar todos y cada uno de los detalles de su día a día.

No deseo ser el tipo de madre que se pierde su primer paso, su primera palabra y su primera molestia con los dientes. No quiero ser mi madre, suena duro y cruel, pero necesito vivir cada momento de su vida. Si me mudo a Seattle, estoy segura de que me perdería todo y no tendría tiempo para los dos, no, no voy a mentirles que tengo miedo en fracasar como madre.

¿Es normal o no?

Yo creo que sí, no obstante, cada vez que hablo con Daniel y de alguna forma saca el tema, me cierro, no voy a volver, no creo que lo haga, no por ahora, no en un futuro, solo sé que quiero seguir con mi vida tranquila, con mi rutina y solo ser la madre de Nathaniel, la doctora Clark, la amiga de Joana y Kate, la viuda de Aiden, la mujer a la que Amina ayuda.

¿Muy difícil?

No lo creo...

Solo quiero ser yo, no hay nada detrás, solo eso y creo que de alguna manera tengo que hacérselo ver a todos cuanto antes.

*Malditas las ganas de volver a verla**Daniel Wimmer*

Cada vez que cuelgo una llamada de Miranda siento que mi mundo se paraliza, tengo ganas de volar hasta Mombasa y secuestrarla. Entendí que la vida es un millón de momentos, muchos se convierten en recuerdos que nos persiguen y desde que no está a mi lado todas mis noches son heladas. Si tuviera que elegir, la volvería a elegir a ella, solo que haría todo diferente, porque no puedo negar que el que ella no esté a mi lado me vuelve loco, tan loco, que no puedo ni trabajar ni concentrarme en las tareas cotidianas de mi día a día.

Muchas veces quisiera borrarla de mi corazón, porque amarla es como un disparo que me lastima y me mata, sé que la cagué, que fui yo quien se empeñó en perderla cuando la tenía a mi lado. Yo la lastimé, entiendo todo eso, sin embargo, sé que ahora no es el momento de decirle que la amo, ella necesita un amigo que sepa comprender sus decisiones.

Cuando me hace parte de su vida me emociona, gestos como enviarme fotos de Nathaniel, me hace sonreír e imaginarnos a los tres juntos volando una cometa en Gas Works Park, quizás recorriendo el Pike Place Market o llevarlo al Woodland Park Zoo. No quiero reemplazar a Aiden, pero me encantaría ser parte de la vida del pequeño y eso que nunca pensé en tener hijos, sin embargo con Miranda tendría dos más y el suyo sería nuestro.

¿Le es tan difícil verlo?

Mi corazón siempre late rápido cuando tengo noticias de ella, luego siento un vacío inmenso al saber que no quiere volver a la ciudad. Siento que cada día estoy un paso más cerca de recuperarla, aunque después me doy cuenta de que no es así, parece que ella simplemente no lo desea; no desea dar su brazo a torcer o simplemente no persigue ser valiente, dejar todo lo que tiene allá y encontrar la aventura de su vida a mi lado.

Siente algo por mí, lo sé, lo veo en sus ojos cuando las videollamadas. No he tomado un avión, no es que no quiera, simplemente le he dado el tiempo que necesita su corazón para que me deje entrar. Sabía que tenía que esperar, pero no pensé que sería tanto tiempo. Si tan solo se detuviera a ver todo el amor que tengo encerrado en mi pecho, si tan solo se diera la oportunidad de ser feliz de nuevo

Tomo mis cosas y salgo de la oficina, cuando me encuentro con mi chófer esperando y me subo al Audi. Pienso en todo lo que ha cambiado en mi vida, antes salía a recorrer las calles de Seattle en motocicleta y ahora lo hago en el asiento trasero de un auto de lujo. En algún momento de mi vida me perdí y comencé a andar en círculos, tengo treinta y nueve años, creía que a estas alturas de la vida tendría todo resuelto.

Nunca se lo dije, nunca fui capaz de expresar todos los sueños que tenía a su lado, nos imaginaba juntos, quizás sin niños, porque soy un maldito egoísta, porque la quiero solo para mí. Sin embargo, no lo pensé cuando Heather se atravesó en mi camino y me la follé como un animal en celo, cometí el error que todos los hombres cometen, me sentí seguro, creí que la tenía en mis manos y nada de lo que hiciera iba a afectar nuestra vida, la perdí, aunque estoy seguro que voy a recuperarla.

—¿No irás a por ella? —me pregunta Mandy.

—Amanda... —le increpo.

Estamos tomando el almuerzo, le he contado sobre la conversación que tuve hace dos noches con Miranda, pero ella parece estar alucinada por mi comportamiento tan racional.

—No le veo lógica, ustedes se aman, Dios, un amor como el suyo no se puede olvidar. —Sonríe—. Sé que Miranda te sigue amando, ella nunca va a encontrar a un hombre como tú.

—Encontró algo mejor. —Mandy me observa sorprendida, lo poco que conocí a Aiden me hizo comprender que ellos estaban hechos el uno para el otro—. A ver, creo que ellos eran las personas perfectas en el momento perfecto, en cambio nosotros éramos las correctas en el momento equivocado. —Sonríe—. Aiden era un gran hombre, yo sería incapaz de viajar al Congo a salvar vidas.

—Pero donas millones de dólares en una sala de neonatología que va a salvar miles de niños —me increpa molesta—. No puedes y ella no puede compararte con él, tampoco puede quedarse en África. —Suspira—. No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo.

—Mandy, yo dañé nuestra relación, fui quién arrojó nuestro amor y ella solo rehízo su vida y me alegro, porque ahora si volvemos a estar juntos, vamos a durar toda la vida. —Tomo la mano de mi hermana—. No quiero

presionar a Mir, cuando ella esté lista, ella me buscará, lo sé.

Mi hermana niega y por sus gestos sé que está decepcionada porque no lucho, pero lo hago a mi manera y estoy seguro de que va a funcionar, que va a llegar el momento en que Miranda volverá.

—¿Quiénes son ellos? —pregunto.

En el lugar en donde estamos está sonando una canción y no los conozco, sin embargo, ¿no les sucede que muchas veces escuchan la letra de una y les dice en pocas palabras todo lo que está sucediendo en su vida? Pues con esta canción me pasó.

—A Great Big World, creo que debes actualizarte, hermanito —me contesta.

—Hmmm, ¿sabes cómo se llama la canción? —le pregunto.

—Creo que se llama *Alredy Home* —responde y frunce el ceño—. Daniel.

—Espera.

Tomo mi móvil y escribo veloz un mensaje pensando en que quizás la canción pueda decirle lo que siento a Miranda.

Daniel: Nunca he sido un romántico, tampoco soy hombre de dedicar canciones. ¡Diablos! Soy un idiota que no sabe expresar lo que siente, pero escuché esta canción y como tú dices, me dijo todo lo que estaba sucediendo en nuestras vidas. Cambia Nueva York por Mombasa, cuando sientas que no puedes piensa que si pudiera volar y regresar el mismo día, estaría ahí contigo. Me estoy comprometiendo por nosotros y por él, te sigo esperando en casa, aquí en Seattle.

—Estás enamorado —susurra mi hermana.

—Dime algo que no sepa.

Ella sonrío y se queda mirando en algún lugar de la calle, este pequeño restaurante siempre me ha gustado. Aquí podemos comer sin tantos lujos ni ceremonias y mi hermana se puede escapar de sus guardias, sé que ella con nuestra ruptura perdió a una de sus mejores amigas y eso le ha afectado, nunca me lo dice, nunca es capaz de recriminarme nada y siento que le debo una disculpa.

—Perdóname —le pido.

—¿Ah?

—Cuando todo terminó nunca me detuve a pensar que perdías a una de tus mejores amigas, nunca quise que las cosas acabaran así, sabes muy bien que la amaba, la amo con toda mi alma, pero era un idiota que me sentía

seguro de lo que tenía y ahora la he perdido, aunque tú también la perdiste a ella.

—No pasa nada —contesta—. Bueno sí, Daniel, te quiero con toda mi alma, sin embargo cuando todo esto sucedió te apoyé creyendo que no habías hecho nada y, me decepcionó enterarme finalmente que si tenías la culpa.

—Mandy...

—Cuando amas a alguien quieres cuidar su corazón, yo no sé de amor, todavía no llega esa persona que me enamore.

—Lo siento, ya llegará.

—Cuando la recuperes, no seas un idiota dañándolo todo, te toca esta vez hacer las cosas bien.

—Lo sé.

Mi móvil suena y cuando leo quién es me disculpo con mi hermana, me retiro para escuchar su voz.

—Miranda...

—Daniel, gracias. —Su voz está cargada de nostalgia—. Necesito tiempo.

—Te daré el que desees, solo recuerda que estoy aquí.

—Lo sé; lo sé —solloza.

—¿Qué sucede? —le pregunto angustiado por su llanto.

—Cuando me permito sentir algo por ti... —se le rompe la voz—, siento que de alguna manera le estoy fallando a Aiden, no sé qué hacer, solo te pido que me des tiempo para sanar y dejarlo ir completamente.

—Te esperaré toda la vida.

—Daniel...

—No te miento, soy capaz de esperar toda la vida por ti. —Sonrío como un idiota—. Tengo días imaginando nuestra vida juntos.

—¿Y qué te imaginas? —inquire hipeando.

—Nosotros jugando con Nathaniel en una casa con un patio trasero inmenso, tú cocinando mientras yo lo ayudo con sus tareas y también imagino dos o tres niños más —me sincero.

—Daniel...

—Siento que es tarde para decirte que me disculpo de nuevo por mis errores, espero desesperado que pase el tiempo que necesitas, porque te amo, Miranda y cada vez que me envías una foto o video de Nathaniel, me enamoro de él.

—En ocasiones como esta, no te reconozco.

—Lo sé, últimamente no me reconozco ni yo, y todo te lo debo a ti, te amo, nena, te amo.

Suspira.

—Tengo que dejarte —susurra.

—Sé que te amo, porque te dejo marchar, sin embargo te estaré esperando.

Cuando escucho el clic de que ha colgado regreso a la mesa. Mandy y yo comemos en silencio. La llamada solo ha servido para acrecentar el deseo de tenerla, porque su confesión me da esperanza de que ella siente algo por mí. Al terminar salgo en busca de alguien que puede ayudarme.

Veinte minutos después entro al despacho de Joana que escribe algo en su computadora. Ella levanta la vista y sonrío, no puedo creer que después de tantos años sea ella la que me ayude a recuperar a Miranda. Toma su móvil y lo desbloquea buscando algo.

—Mira a mi sobrino, ¿no es precioso? —Sonrío.

—Lo es...

—Daniel tienes que darle tiempo —me pide.

—¿Más?

—Solo han transcurrido ocho meses, tienes que entender que perdió al amor de su vida.

Y esas cuatros palabras me pegan como una patada en el estómago, porque yo soy el amor de su vida, él solo fue un recuerdo, no puedo aceptar eso.

—Daniel... —me llama.

—Lo siento, solo es que siempre pensé que el amor de su vida era yo.

Joana sonrío.

—¿Escuchaste alguna vez sobre las almas gemelas?

—¿Ah?

—Ya veo que no...

—Claro que sí, pero son sandeces, por favor, Joana.

—No lo son, soy de las que piensa que eso sucede y ¡por Zeus! —Pongo los ojos en blanco—. Creo que tenemos más de una, muchas veces las encontramos a todas y en otros casos como el mío ninguna.

—Ya llegará...

—En fin, pienso que Aiden fue el amor de la vida de Miranda, pero tú también y ella lo aceptó, ¿sabes? Pienso que no te ha podido olvidar, aunque a pesar de todo cuando encontró la paz que necesitaba fue feliz y, es duro perder a alguien que amas, sobre todo cuando piensas que vas a pasar el resto de tus días con esa persona.

—No me ayudas...

—Lo sé, solo necesito que calmes un poco esa ansiedad. —Suspira—. Conoces a Miranda y sabes que a ella le gusta resolver sus cosas, sola. Sola —me repite, y quiero matarla.

—Vale.

—Ahora cuéntame sobre tus planes.

Hago lo que me pide, tengo meses buscando la casa perfecta para los tres. Deseo que sea un hogar en donde podamos ser felices y que ella se sienta a gusto. He buscado en varios barrios, sin embargo no creo encontrar la casa perfecta. El arquitecto de la empresa me sugirió ver lugares y desde entonces busco ahora un lugar para construir la casa de nuestros sueños, antes de romper ella siempre me dijo cómo quería que fuera, y ahora voy a cumplir cada uno de sus sueños. Solo necesito que ella pueda ver que debe regresar, no quiero esperar más tiempo, pues comienzo a impacientarme.

Cuando creo que estoy cansado de hablar y Joana prácticamente me echa de su despacho, voy hasta mi ático y me quedo observando la panorámica perfecta que me da Seattle, puedo ver la Aguja y unas pequeñas luces en el mar, solo necesito un minuto de calma y solo me la puede dar ella.

*Dime que no te darás por vencida***Dos años después...**

¿Recuerdan que les dije que la vida está llena de ciclos, que muchas veces debemos cerrar y simplemente volver al que no terminamos? Algunos ciclos se repiten de alguna manera constante en nuestras vidas, pero de diferente forma. Cuando llego a la casa de mis padres en Seattle creo que tengo de nuevo veintisiete años y que estoy por viajar al Congo, sin embargo resulta que estoy volviendo a casa.

Mi madre besa emocionada a Nate y observo con una sonrisa esa escena, mi pequeño ha hecho que mis padres bajaran las barreras y se convirtieran en unos abuelos consentidores. He vuelto porque mi padre ha sido nominado al premio Nobel, ha logrado una cura con células madres para el cáncer de páncreas y estoy orgullosa de ser su hija. Mi padre le dice algo a mi madre y ella por fin suelta a mi hijo.

—Bienvenidos a casa —me dicen al unísono con emoción.

—Gracias, mamá voy a darle una ducha a Nate y luego regreso.

—Vale, Joana debe estar por llegar.

Asiento, cuando paso cerca de mi papá, me detiene para darme un beso en la mejilla. Sonrío y tomo la mano de mi bebé. Parece mentira que estamos a meses de su tercer cumpleaños y que aunque la primavera se acerca, hace un frío de mil demonios. Subo hasta mi antigua habitación y le doy un baño a Nate.

—¿Viene la tía Joa? —pregunta.

—Sí, debe estar por llegar —respondo. Nathaniel sonrío y toma su patico de hule.

—¿Y Mina? —inquire.

Muerdo mi labio inferior, dejar ir a Amina ha sido algo duro. Ella simplemente no quiso venir y me prometió que al volver a casa estará esperándonos. Lo cierto es que Amina o Mina como la llama mi pequeño se ha convertido en una madre para mí y una abuela para Nate, el pobre lloró dos horas cuando tuvo que despedirse de ella.

—Ella está en casa —le contesto sacándolo de la bañera.

—Yo quiero a Mina.

—Lo sé —afirmo.

Nathaniel lloriquea y lo deja de hacer cuando le prometo que pronto volveremos a casa, no obstante, no estoy segura de cuando cumpliré esa promesa. He vuelto para quedarme, luego de pensarlo y meditarlo, no quiero seguir estando lejos de la poca familia que tengo y el simple hecho de que Joana se case en dos meses, me hizo darme cuenta de todo lo que he perdido exiliada mientras mi dolor menguaba. Según lo estoy vistiendo me doy cuenta que el jet lag, son once horas de diferencia. Aquí son las seis de la tarde y en Mombasa son las cinco de la mañana, comprendo que tenga sueño y me acuesto con él para que pueda dormir. Bajito le canto la canción de Barney *Te quiero yo*.

—Te quiero yo, y tú a mí, somos una familia feliz, con un fuerte abrazo y un beso te diré mi cariño es para ti. Te quiero yo, y tú a mí, somos una familia feliz, con un fuerte abrazo y un beso te diré mi cariño yo te doy...

—Te quero, mami —musita.

—Y yo a ti, bebé.

Le doy un beso en la coronilla y él se duerme, me levanto para bajar y esperar a Joana. Mis padres están en la cocina y me quedo asombrada cuando veo que los fogones están ardiendo. Creo que mi madre nunca cocinó para mí.

—¿Qué cocinas? —le pregunto.

—Solo unos espaguetis con salsa roja —contesta—. Nada difícil, soy un asco en la cocina. —Mi madre se sonroja.

Alzo mis hombros, la verdad es que también lo soy y cuando vivía con Aiden, era él quien se encargaba de alimentarnos y luego fue Amina, así que lo máximo que me sale son unas tortitas que me quedan de muerte.

—Entonces es de familia —bromeo con una sonrisa.

Mis padres han tratado de estar más tiempo conmigo, creo que verme tan afectada luego de la muerte de Aiden les hizo una idea de todo lo que se perdieron, realmente era su hija, pero no me conocían casi nada y ahora quieren estar en mi vida por Nathaniel y por mí. Mi padre me acerca una copa de vino blanco.

—¿Volverás al hospital? —inquire.

—Sí, la doctora Bianco quiere que vuelva y creo que es lo mejor, los dos años que pasé en el hospital en Mombasa fui la directora del área pediátrica y aún mantengo contactos con doctores de todo el mundo.

—Estamos orgulloso de ti —me confiesa mi madre.

—Y yo de ustedes.

—¿Serás Miranda Clark o Miranda Hall? —inquiére mi madre y mi padre esconde la mirada en su copa, sé que para él es doloroso que no use su apellido.

«Tienes que comenzar a construir nuevos vínculos, Miranda» me regaña mentalmente y le doy vuelta a mi anillo de casada.

—Hall —musito y aunque todos crean que es una locura, todavía no estoy lista para dejar ir a Aiden.

Siento que está a mi lado y que cuida cada paso que doy, creo que en definitiva hay vida después de la muerte y que es nuestro ángel guardián.

—Cariño, no está mal querer mantener su legado —me asegura mi madre—. ¿Quieres hablar de ello?

—No mamá, no es fácil y todos los días le pido que me dé la fortaleza de seguir adelante y aquí estoy casi dos años después tratando de seguir con mi vida. No me doy por vencida por Nathaniel, aunque muchas veces al abrir los ojos, quisiera que él estuviera a mi lado.

—¿Has pensado en enamorarte de nuevo? —inquiére curiosa.

—Lauren... —le increpa mi padre.

—Es que Daniel...

Y la mención de mi ex se queda suspendida en el aire cuando tocan el timbre, mi padre me pide disculpas con la mirada, y yo lo entiendo. Cuando Joana entra, todo se convierte en gritos y emociones, hasta despierta a su sobrino con la excusa de que no le había visto desde hace ocho meses. Cenamos y compartimos en familia, creo que hemos retrocedido en el tiempo a cuando ella se quedaba a dormir, mis padres siempre traían la cena. Se va, pero eso sí, no sin antes conseguir que le prometa que mañana saldremos a recorrer la ciudad juntas en busca de casas.

Mis padres me prestarán el dinero para comprar el hogar perfecto para Nathaniel y para mí, por lo que me toca escoger una casa con valla blanca y en la que podamos tener un perro que es lo que tanto sueña.

Buscar casa en Seattle que es considerada la ciudad de los barrios residenciales, puede ser sumamente extenuante y solo quiero que imaginen por un segundo, tener tres días pasando de un lugar a otro buscando el hogar perfecto. Mis padres viven en Pioneer Square, un vecindario que queda al suroeste del centro y alguna vez fue el corazón de la ciudad, ya que los

fundadores se establecieron aquí. Toma el nombre de una plaza que es conocida como Pioneer Place, que es principalmente un distrito histórico que incluye a esa plaza y a varias cuadras se encuentra el Registro Nacional de Lugares Históricos.

Los vecindarios en Seattle carecen de fronteras definitivas, este barrio está cerca de Alaskan Way Street, en el oeste, un poco retirado de los muelles de Elliott Bay, por South King Street en el sur, un poco más allá de SoDo, por la quinta avenida en el este, muy cerca del Distrito Internacional y se extiende, entre una y dos cuadras al norte Yesler Way, podemos decir que ocupa parte del centro de la ciudad.

Sin embargo, me gustaría vivir lejos del centro y aunque aquí he visto algunas casas, ninguna siento que es mi hogar.

Cuando vamos al café en donde tuve mi primera cita con Daniel, muy cerca de la quinta avenida, Joana se sienta con Nathaniel para hacerle caras mientras compro. Sigo pensando que el tiempo se detuvo en este lugar y que de nuevo vuelvo a tener veintiuno, no puedo creer que hayan transcurrido trece largos años. La campanilla de la puerta suena cuando estoy ordenando.

—Mir...

Y esa voz aún es capaz de congelarme. No tengo que adivinar quién le ha dicho que estamos aquí, me giro despacio y me encuentro con él. Daniel lleva unos vaqueros desgastados, una camisa de color blanco y una cazadora de cuero negra, cuando sonrío, creo que estoy viendo al mismo hombre que me enamoró cuando apenas era una cría.

—Daniel...

La empleada carraspea y él ensancha su sonrisa cuando me sonrojo, no sé cómo logra que el tiempo se detenga y que todo lo que está a nuestro alrededor desaparezca. Tomo mi pedido y voy hasta la mesa, Joana sonrío y yo pongo los ojos en blanco, no puedo creer que esté haciendo esto.

—Me las vas a pagar —la amenazo.

—Vale —contesta presumida.

—¿Puedo? —pregunta Daniel señalando la silla que está justo a mi lado. Asiento y él toma asiento.

Por un rato deja la mirada en Nathaniel y sus ojos brillan de manera especial, hoy está de ese color tan raro, parecen amarillos y sé que está feliz, que algo lo tiene contento. Mi hijo come su *muffin*, Joana lo ayuda y yo pierdo la mirada en él.

—¿Estabas cerca? —le pregunto a Daniel. Él deja de mirar a Nate y

sonríe.

—Joana me avisó que estarían cerca.

—Mentira —tose mi amiga. La fulmino con la mirada y ya buscaré algo con que hacerla pagar esto.

—Es hermoso —murmura Daniel mirando de nuevo a Nate.

—Lo es —conuerdo—, creo que te he enviado miles de fotos de él.

—Las tengo todas —confiesa.

Cuando me mira creo que años de amor está contenido dentro de sus ojos, todo es tan intenso que desvío la mía hacia mi amiga que sonríe. Se levanta y toma a mi bebé, me asusto porque sé qué es lo que pretende hacer.

—Joana...

—Te veo en casa de tus padres —me dice—, despídete de mami, Nate.

—Joana, no. —Me levanto y Daniel toma mi mano.

—Quédate —me pide.

Mi amiga muerde sus labios para sonreír y se despide de nosotros, me quedo mirando la escena y siento que me han tendido una emboscada. Me siento y comienzo a jugar con mi taza, creo que no podría tomar nada.

—Miranda mírame... —solicita con voz ronca.

Cuando alzo mi mirada me encuentro con una que tenía años sin ver, realmente la del hombre del que me enamoré, solo que ahora tiene casi cuarenta años. No necesito su honestidad, porque sus ojos hablan por él y estoy segura que los míos hablan por mí cuando me dice:

—No tengas miedo —me ruega.

—Daniel, no sé qué hacemos aquí.

—Ser amigos —me asegura y toma mi mano—, mientras que espero que vuelvas a casa.

—¡Oh Dios! —exclamo.

—Te sigo amando, no puedo dejar de amar a lo único bueno que tengo en mi vida.

—No puedo —musito apenada.

—Lo sé, pero te esperaré toda vida si es necesario —afirma con voz dulce—. Siempre que escucho una canción, pienso en nosotros —declara y yo sonrío—. Hay canciones capaces de describirnos. ¿Cuál describiría nuestro amor? —me pregunta.

—No lo sé, tengo tantas que hablan de ti, que quizás termine por no gustarte —me sincero—. Cuando volviste a mi vida pensé en *When I was your man* de Bruno Mars, creo que estabas arrepentido de todos tus errores y lo

comprendo, nuestro amor fue muy intenso.

—Pues ahora te voy a dedicar una canción, suma esta nueva a las tres que te he dedicado. —Sonríe—. *Just say won't let me go* de James Arthur.

Claro que conozco esa canción, creo que él y Ed Sheeran tienen las mejores canciones de amor del mundo.

—Daniel.

—Por favor, no te des por vencida por nosotros.

—No hay un nosotros —le aseguro.

—Lo hay, tienes miedo de dar un paso porque crees que estás retrocediendo, pero cuando veo tus ojos creo que miro al cielo, cuando veo a Nate creo que seremos felices —afirma y sonríe—. Seguiré esperándote pacientemente, porque tú y él son todo lo que necesito.

—Daniel —musito al borde de las lágrimas su nombre.

—No me daré por vencido, por ti, por él, por mí y es que creo fervientemente que existe un nosotros.

Arrima su silla para acercarse más a mí, toma mi rostro entre sus manos y con sus pulgares borra las lágrimas que he derramado. Besa mi coronilla y escucho el acorde de piano de *Thousand years* de Christina Perri.

—No estoy lista.

—Dame una oportunidad de acercarme —me pide, cuando sus brazos me acogen y por primera vez en tres años vuelvo a sentirme segura. Cierro los ojos y me dejo impregnar de su amor—. No te des por vencida, hazlo por nosotros.

*Tú eres la razón**Daniel Wimmer*

Cuando dejo a Miranda en casa de sus padres siento que he retrocedido en el tiempo, que ella y yo somos novios y, que todavía no encuentro la manera de decirle que la amo con toda mi alma. Lo supe la primera vez que la vi en aquella fiesta. Mandy cumplía veintiuno y quiso tirar la casa por la ventana, lo hizo, pero mis ojos se quedaron prendados de la rubia que estaba a su lado.

Su belleza no tenía comparación alguna con las mujeres que conocía, creo que hasta dejé de respirar cuando nuestras miradas se cruzaron. No pensé que podría enamorarme a primera vista y con ella fue así. No descansé hasta ganarme su confianza y su amor, ella era mía y siempre sería así. Creo que le pertenecemos por siempre a una sola persona, que pueden pasar luego muchas, sin embargo esa persona siempre significará algo.

Por ella era capaz de cruzar el país para pasar cortas horas juntos, cuando estaba a su lado el tiempo se desdibujaba y solo existíamos los dos, creo que mi gran error fue que nunca le expresé todo lo que me hacía sentir. Mi amor era como una granada que podía destruir todo a su paso, la cagué y la perdí, entonces te das cuenta de lo que tienes cuando ya no lo tienes a tu lado. Entiendo que tenga miedo, yo también lo tendría si la persona que ahora me pide que confíe es la misma que me rompió el corazón.

Llego al ático y me sirvo un vaso de bourbon, estoy roto y la única persona que puede arreglarme es Miranda, ruego a Dios que ella pueda ver que es la razón por la cual despierto todas las mañanas e intento ser un mejor hombre, porque ahora no es solo ella, es el pequeño Nathaniel que se ha ganado mi corazón. Voy hasta mi estudio y veo todas las fotos que tengo detrás de mi escritorio, cuando le dije que las tenía toda no le mentí, las imprimo y las enmarco.

Tengo la evolución del pequeño desde el día que nació hasta ahora, guardo en mi ordenador todos los vídeos. Solo necesito algún tiempo para demostrarle que puedo ser el hombre de su vida.

—Señor Wimmer, la señora Miranda Hall ha venido a verlo y no tiene

cita —me anuncia por interfono Lucy. Sonrío.

—Hazla pasar, ella siempre podrá entrar a verme, Lucy.

—Sí, señor.

La puerta de mi despacho se abre y Miranda entra con un hermoso vestido primaveral y con Nathaniel de la mano. Ella observa rápido mi despacho, pero el repiqueteo de sus tacones en la moqueta me hace imaginar que estamos casados y que viene porque simplemente me extraña.

—Pasaba por aquí... —comenta nerviosa—, pensé que era buena idea invitarte a comer.

Sonrío.

—Eres bienvenida. —Me levanto y me abrocho la chaqueta de mi traje en un gesto automático.

Me acerco a ellos y Miranda se sonroja, le doy un beso en su mejilla cerca de la comisura de sus labios y me acuclillo frente a Nate.

—Hola, campeón —lo saludo y me acerco para darle un beso en la coronilla.

—Hola —musita, escondiéndose detrás de las piernas de su madre. No me deja acercarme y lo respeto, me levanto y Miranda me observa sonriendo. Revuelvo el cabello de Nate y él suelta una risita.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

—A un lugar en donde pueda comer Nate, mi hijo no es de comidas refinadas —apostilla.

—¿Te gustan los macarrones con queso? —le pregunto.

—Yummi —contesta. Ahora el que se ríe por la respuesta tan particular soy yo, tomo la mano de Miranda y salgo de la oficina con ellos de mi mano.

—Lucy, cancela todas mis citas.

—Sí, señor... —Mi secretaria ve la escena sorprendida, pero se recompone cuando alzo una ceja para que haga lo que pido.

—Daniel, no... —me pide Miranda.

—Vamos a casa —la interrumpo—. Avisa a Luke que espero el auto.

Lucy asiente e insto a Miranda a caminar, ella se detiene y alza en brazos a Nate. Yo se lo quito y él niño reacciona pegando su carita a mi pecho, una sensación que desconozco se apodera de mi corazón y en un acto inconsciente le doy un beso en su cabello. Ella suspira y tomo su mano para entrar al ascensor. El silencio nos envuelve, sin embargo más que incómodo es uno que encierra tantas palabras que no nos atrevemos a decir.

«Te amo, Miranda» susurro en mi mente, cuando se cuele un pensamiento.

«Y amo a Nathaniel también»

Cuando llegamos a mi ático, le digo a Miranda que se descalce y me ayude a cocinar. Ella pone cara de circunstancias y me confiesa que no sabe. Suelto una carcajada tan sonora que Nate se contagia y se ríe conmigo. Me quito la corbata y la chaqueta, los arrojo sobre un mueble y me arremango la camisa, creo que estoy viviendo un sueño.

—Entonces me verán cocinar —le digo.

—Te ayudo —acepta—, pero en tareas fáciles.

—Vale. —Tomo su mano y los llevo a mi cocina.

Saco unas cajas de macarrones y queso americano, porque confieso que me encantan desde que soy pequeño. Le digo que lea las instrucciones, al mismo tiempo que busco una banana para picarla en trozos y dársela a Nate. Miranda me observa, mientras interactúo con él y sé, que está atenta a cada reacción que pueda tener el niño.

—¿Qué tal la búsqueda? —le pregunto comenzando a cocinar.

—Infructuosa y no quiero quedarme con mis padres para siempre —me contesta frustrada.

—Te entiendo hace unos años traté de dejar el ático, aunque no encontré nada —miento, porque sí encontré el sitio perfecto para vivir los tres, y esa casa espera cerrada hasta que ese día llegue.

—Cuando encontré la casa en Mombasa fue amor a primera vista, no puedo decir lo mismo aquí. —Suspira—. Quiero algo que haga clic cuando lo vea.

—Te entiendo.

—Pienso pasar el resto de mi vida ahí, así que tiene que ser perfecta —murmura. Me quedo congelado, quiere quedarse, va a quedarse. «Dios, gracias por traerla de nuevo» pienso—. Viajaré en verano a Kenia, creo que nunca podré despegarme de ese pedacito de paraíso, sin embargo voy a quedarme en Seattle.

Conversamos de sus planes a futuro y cuando comemos, la ayudo con Nate que se convierte en un desastre de queso. Creo que es como si aquí es donde ella perteneciera, creo que también lo siente porque se queda mirando cada vez que le arranco una risa a su pequeño. Me ayuda a recoger los platos y meterlos en el lavavajillas mientras el niño explora la casa, cuando

terminamos salimos en su búsqueda y el corazón se me paraliza al ver la puerta del estudio abierta.

Miranda entra primero que yo y cuando lo hago asustado, la encuentro mirando todo a su alrededor. Hay fotos de Nathaniel, de ellos juntos y de ella que no sabía que yo tenía. Mi estudio es un santuario a ellos, mi rincón en donde puedo imaginarnos juntos.

—Daniel...

Nate está jugando con mis autos de colección y eso en vez de molestarme, solo me alegra y me acerco sigilosamente para abrazarla desde atrás.

—No quiero pelear, no quiero esconderme. No quiero nada malo, te necesito, los necesito —le confieso susurrando en su oído—. Vuelve, Miranda.

—Tienes fotos nuestras.

—Ustedes son la razón por la que no puedo dormir en las noches, por las cuales mi corazón y mi mente se aceleran. —Dejo un beso en su cuello—. Por ustedes escalaría montañas, nadaría en el mar abierto solo para estar juntos, para arreglar lo que he roto y construir cosas nuevas.

—Dios, Daniel...

—Me enamoré de tu hijo con la primera foto que me envió Joana, luego una que me enviaste tú en donde lo sostenías por primera vez en brazos. —La giro lentamente para que pueda ver mi rostro—. Me enamoré de su gorgojeo en cada nota de voz, de sus risas en los videos y disfruté ver cuando dio sus primeros pasos hasta a ti.

—Y aun así nunca fuiste a visitarnos —me recrimina.

—Me pediste tiempo y te lo di, te lo seguiré dando, pero quiero que sepas que sueño con estar los tres juntos. —Tomo su rostro entre mis manos y la hago mirarme—. Sé que te decepcioné, que destruí todo lo que teníamos, por eso estaba dispuesto a decirte adiós.

—No estoy segura.

—Tocaste mi alma, siempre lo haces, por eso me dolió que no quisieras volver a mi lado. —Suspiro—. Eras la única para mí.

—Yo estaba con él.

—Y lo comprendo, eso no rompió mi corazón. Sé, que el fondo recordabas cada momento que vivimos, fuimos nuestros, tú eras mía y yo tuyo, pensé que sería el padre de tus hijos, pero seré el padre para Nate.

—Daniel, yo... —Pongo mis dedos en su boca.

—Conozco y comprendo todos tus miedos, sin embargo no quiero decirte

adiós, ni ahora ni nunca. Estoy vacío sin ti y solo tú puedes salvarme.

—Mami —nos interrumpe Nate.

La suelto y ella se acuclilla para escucharlo, le dice que tiene sed y sueño. Busco un vaso con agua y ella se lo da. Sé que va a irse, pero no quiero, por eso cuando recoge todas sus cosas, tomo su mano y la aprieto para hacerla entender que solo necesito que me dé una oportunidad.

—Dame una razón para alejarme y lo haré, aunque prefiero que me des razones para quedarme a tu lado.

—Daniel...

—Te amo, no huyas de mi lado. —Me acerco y la abrazo—. Aún tenemos toda la vida por delante.

Dejo un beso en su hombro y cuando sale de la habitación, estoy seguro que he ganado de nuevo terreno en su corazón. Que podremos arreglar todo y que estaremos juntos, porque nos complementamos. Tenerla cerca con Nate me ha recordado lo que he perdido por idiota, sin embargo, estoy más que dispuesto a recuperarlos.

Regreso a mi estudio y trabajo desde casa, mis negocios no van a caerse por una tarde lejos de la oficina. Tomo la foto de Miranda cuando se graduó de doctora y me quedo mirándola por un tiempo, en aquel momento todo se deslumbraba fácil, resultó que el amor puede doler muchas veces, que somos capaces de lastimar a los que amamos, no obstante, sin amor no podemos vivir, porque el amor también es capaz de curar y yo solo deseo que me deje entrar y curar su corazón de nuevo, que me deje hacerla feliz.

Entiendo que está luchando una batalla interna, que quizás los dos debemos enfrentar los errores del pasado y derrotar sus miedos. Por Miranda soy capaz de arrodillarme, porque la única razón por la cual estoy dispuesto a morir sería por ellos, pero sobre todo por la mujer que conquistó mi corazón aquella noche de mayo en casa de mis padres.

Recuerdo quién era yo

Daniel...

Cada vez que entra a mi vida, definitivamente lo hace como un huracán queriendo derrumbar todo a su paso. Recuerdo exactamente la noche que lo conocí, Mandy cumplía veintiuno, todos estamos descansando de una ola de exámenes y teníamos al fin las vacaciones de primavera, quizás debimos celebrar en Las Vegas, pero no, ella quiso hacer su propia fiesta temática en casa. Fue una casualidad que las dos éramos de Seattle, solo que fuimos a diferentes institutos y no nos conocíamos.

Aquella noche todos bebíamos como locos, yo apenas tenía veinte porque cumplo el diecinueve de abril y ella el veintitrés de marzo, pocos días de diferencia. Mi novio estaba en Boston en casa de sus padres y yo queriendo probar cuánto alcohol aguantaba mi cuerpo. Entonces llegó Daniel, llegó como un chico malo destilando poder, vestido con unos vaqueros de color negro, una camiseta blanca con el cuello en uve y la cazadora de cuero, parecía la personificación moderna de James Dean, creo nunca sentí las mariposas en el estómago hasta el momento en el que nuestras miradas se cruzaron y sus ojos almendrados se volvieron de un dorado intenso.

Él rompió el contacto primero y subió las escaleras de dos en dos, me olvidé de él mientras disfrutaba de la fiesta, sonaba el éxito de The Black Eyed Peas, *Pump It*. Joana y yo salimos a la improvisada pista a bailar. Disfrutábamos moviéndonos al ritmo de la música y riendo de las locuras que se le ocurrían a mi amiga, Mandy se nos unió y comenzamos a cantar a todo pulmón, agitar las caderas y gritar el estribillo. Al girarme me quedé piedra al verlo de nuevo, todo se desdibujó a mi alrededor, solo existía él y nadie más. La música cambió y Justin Timberlake comenzó a cantar *SexyBack*.

Daniel se abrió paso y llegó a donde estaba petrificada, puso una de sus manos en mi cadera y me giró para pegar mi espalda a su torso, su otra mano posesiva se aferró a mi cintura y sin darme cuenta empecé a moverme al ritmo de la música. Cerré los ojos al sentir su aliento caliente en mi cuello, estaba como en una nube y no deseaba bajarme de ella. El tiempo se detuvo mientras bailaba y en algún punto de la canción sentí su erección, me dio la vuelta cuando la canción terminó y las notas de *You're beautiful* de James Blunt comenzaron, hechizados el uno por el otro nos olvidamos del mundo. Tomó mis manos y las llevó a su cuello, mi corazón se aceleró y me sentía eufórica,

me imaginaba que mis niveles de dopamina estaban elevados, sin embargo, sentía nervios porque aquel hombre me hacía sentir cosas que nunca imaginé, por lo cual también la noradrenalina estaba en un nivel tan alto. Mis latidos alcanzaron un nivel cumbre cuando sus labios se acercaron a los míos para acariciarlos.

Suspiré y él sonrió.

Creo que me enamoré en ese mismo instante, por lo que la oxitocina estaba haciendo su trabajo. Anhelé sus labios y cuando terminó la canción, sujetó mi muñeca y me sacó de ahí, subimos lentamente a su habitación y fue cuando las piezas en mi cerebro encajaron.

—Eres el hermano de Mandy —afirmé.

—Lo soy, ¿algún problema con eso? —me preguntó con voz canalla.

—Es mi mejor amiga —contesté.

Mordí mi labio inferior nerviosa y él se humedeció el suyo, no podía estar con el hermano de mi mejor amiga, parece que estaba sopesando mis palabras y resopló frustrado.

—Me llamo Daniel —se presentó y me ofreció su mano.

—Miranda —susurré mi nombre.

—Miranda —repitió.

En un movimiento rápido me atrapó por la cintura y me besó, uno de esos besos que te hacen levantar el pie como las películas románticas de los cincuenta. Gemí y de su garganta se escapó un sonido ronco, no podía creer que estaba me besando y que se sentía tan bien. En ese preciso momento en mi mente sonaba *Nessun Dorma*, porque me sentía la protagonista y él era el hombre que era capaz de conquistarme con tan solo un beso. Cuando nuestros labios se separaron, pegó su frente de la mía y solo se escuchaban nuestras respiraciones aceleradas, creí que mi corazón se me saldría por la boca.

—Eres hermosa —murmuró y subió su rostro para dejar un beso en mi coronilla.

No pude responderle, porque salió de la habitación dejándome hecho un lío de sentimientos y sensaciones, porque en mis veinte años nunca había percibido algo así.

Daniel...

Daniel es capaz de cambiar mi vida entera, por eso salí corriendo cuando entré al estudio y descubrí todas las fotos. Parecía que era un esposo venerando a su esposa y padre orgulloso de su hijo, me dio pánico enamorarme de nuevo. Sin embargo, sabía que no lo estaba haciendo, nunca

dejé de quererlo y mientras estuve con Aiden, mi corazón puso en pausa aquel amor, quise a mi esposo no voy a mentir, mas no lo amé de la misma manera tan intensa.

Cristo, ¿qué voy a hacer ahora?

Dejé a Nathaniel con mi madre, al salir de casa para venir al hospital me llené de miedo y los recuerdos me inundaron la mente al estacionar el auto. Esta vez venía sola y no estaba Aiden conmigo, me sentía un poco perdida. Deseo alcanzar mis sueños, solo que de nuevo tuve que poner todo en una pausa, necesitaba estar bien para regresar, para poder afrontar la realidad. Mombasa era la burbuja que me mantenía a salvo de la realidad.

Seattle era un recordatorio de que aquí intenté ser feliz y no puede, pero ahora todo va a ser diferente, ya que aprendí que para serlo no necesito de alguien a mi lado, porque todo lo que soy me permite encontrar el camino hacia la felicidad. Era simple, era fácil y todos estos años lo compliqué.

Me bajo del auto y aliso mi falda tipo tubo de color negro, alzo la mirada al cielo cuando una gota cae en mi rostro y tranco la puerta para salir corriendo. El cielo se derrumba en forma de agua y al poner el pie en la puerta del hospital, un rayo retumba. La ciudad más húmeda de los Estados Unidos y la más hermosa, no puedo negar que amo vivir aquí. Entro al hospital y voy hasta la oficina de la doctora Bianco, para mí esto es como Déjà vu, siento que el tiempo no ha pasado, aunque sí lo hizo y ahora soy una mujer diferente, soy una doctora con otro tipo de visión y estoy segura que pronto alcanzaré todas mis metas. La secretaria anuncia mi llegada y me hace pasar.

—Miranda —me saluda con una sonrisa Alessandra.

—Alessandra.

Ella se levanta y me sorprende dándome un abrazo, lo cierto es que siempre fue buena conmigo y comprendió cuando dejé todo para cuidar de Aiden.

—Es bueno tenerte de vuelta —me dice.

—Estoy emocionada, sé que no seré tu jefa de pediatría, pero me encantar estar de nuevo aquí.

—Tengo algo mejor para ti —me asegura y guiña uno de sus ojos—. Ahora cuéntame un poco de tus días en Kenia.

Salto la historia de Aiden, pues me imagino que ella debe darse cuenta de

que ese tema es algo que no quiero contar. Eso sí, me emociono al nombrar a mi hijo y el tiempo que estuve de jefa de pediatría en el hospital general de Mombasa. Siento que estoy en la capacidad de manejar cualquier situación y le comento que el tiempo que estuve fuera, comencé a estudiar una forma de cirugía no invasiva para amputar los tumores cancerígenos.

—Siempre supe que llegarías lejos —me comenta orgullosa.

Alessandra se graduó tres generaciones antes que yo en Harvard, la verdad es que creo que no nos cruzamos. Sin embargo, siempre sobresalí en la universidad haciendo trabajos de investigación junto a mis profesores y muchos de esos ensayos llevan mi nombre como colaborador. Cualquiera que los lea, sabe que Miranda Evans Clark colaboró codo a codo con eminencias de la medicina actual y estoy orgullosa.

—Gracias.

—Por eso he decidido que sea la jefa de cirugía del hospital —me anuncia.

—¿Qué?!

—Lo que has oído, Miranda, tu currículum es envidiable. Fuiste una de las más jóvenes en graduarte y además tienes un postgrado en Oncología. —Sonríe—. Me imagino que fuiste una joya para Médicos Sin Fronteras, por eso cuando decidiste venir la primera vez no dudé en contratarte, porque estabas hecha para el puesto y la sala de neonatología es lo que es por ti, el proyecto es tuyo y lo creas o no, esa fue tu prueba.

Lo sabía...

—Pero ese puesto es tuyo —le digo. Alessandra sonríe.

—Estoy embarazada —me informa.

—¡Enhorabuena! —la felicito realmente emocionada—. Es una gran noticia.

—Tengo cuarenta años, sabemos los riesgos que corro y es mi único hijo, no puedo seguir aquí y creo que eres la persona idónea para llevar las riendas del hospital. No solo eres una gran doctora, tienes algo que a muchos doctores les falta y es humanidad, viste lo que otros no hemos visto y eso te hace la mejor candidata.

Y aquí está Alessandra recordándome quién soy, lo que he logrado y por un momento creo que lo olvidé.

—Pero cuando vuelvas, te daré tu puesto —le aseguro y con esas palabras acepto el nuevo reto.

—No voy a regresar, pero gracias —me dice—, sé que este nuevo reto lo asumirás como todos.

Asiento y conversamos sobre todas mis tareas, parece que no voy a estar muy cerca de los quirófanos por un tiempo, esto es algo que me dará algo que hacer. Recordar lo que fui, lo que puse en pausa y retomarlo con mayores responsabilidades.

Al salir del hospital ha dejado de llover y corro hasta el auto, sin darme cuenta salgo disparada hasta el distrito financiero. Estaciono frente al edificio de la empresa de Daniel, el oficial de seguridad me entrega el pase de visitante y entro al ascensor con los nervios a flor de piel.

—¿Qué piso? —me pregunta un ejecutivo.

—La planta cuarenta y cuatro —contesto.

Aprieta el botón, y se gira para verme con cierta curiosidad. Esa planta entera es para Daniel y nadie más. Solo están sus asistentes y su secretaria personal, también está la sala de reuniones de la junta directiva. La conozco completa, porque muchas veces me hizo el amor en esa planta, a su manera, ustedes lo saben. Todos van bajándose y algunos subiéndose, mientras percibo algo en mi estómago y son mariposas volando desafortunadas dentro. Cuando al fin llego y la campanilla suena, salgo casi corriendo.

Lucy la secretaria teclea algo en su ordenador, aunque al percibir mi presencia despega sus ojos y se sonríe.

—Señor Wimmer, la señorita Evans está aquí —le avisa por el interfono.

—Hazla pasar —le ordena y cuando va a levantarse, niego.

Esto debo hacerlo yo, así que camino valiente hasta la puerta y la abro, al asomarme lo encuentro sentado detrás de su escritorio conversando por teléfono. Al encontrarse nuestras miradas una explosión de sentimientos ahoga mi cuerpo: anhelo, nostalgia, deseo, alegría, amor...

El cuelga y se levanta, pues estoy anclada y no puedo moverme. Daniel parece saberlo y camina tan lento que siento que agonizo.

—Miranda —susurra mi nombre como la primera vez que lo hizo.

Me olvido de todo por un momento y corro hasta sus brazos para besarlo, me atrapa entre ellos con la sorpresa reflejada en su rostro, antes de que hable me estampo contra sus labios y le doy un beso tratando de transmitirle todo lo que llevo guardado por años. Todo lo que siento lo estoy dejando en sus labios.

—Amor mío —murmura contra mis labios.

Toma las riendas del beso y su lengua irrumpe en mi boca, mi mundo gira y mis piernas fallan, porque sus manos toman las riendas y me acarician en un vaivén la espalda. Gimo, gime, quiero desvestirlo y perderme de nuevo con él.

Daniel es el amor de mi vida.

*Te amo**Daniel Wimmer*

Estamos acostados sobre el parqué, la luna y las luces de los demás rascacielos se cuelan en mi oficina, el silencio es reconfortante mientras nos miramos fijamente. Ya no veía la hora de tenerla de nuevo en mi brazos, si algo define lo que siento por Miranda es amor. Entrelazo nuestros dedos hasta nuestras manos se unen, ella sonrío iluminando mi vida entera y esa sensación de ahogo que sentía en mi pecho desaparece en un instante.

—Miranda —susurro su nombre.

—Daniel —suspira el mío y me emociono.

—Te amo —le confieso y ella ensancha su sonrisa—, eres capaz de encender luces en mi alma con tan solo sonreír.

—Todavía no puedo decirlo —me confiesa apenada.

—Lo sé, pero yo sí puedo y todo contigo siempre fue perfecto, solo que no pude verlo. —Llevo mi otra mano a su mejilla y la acaricio, ella cierra sus ojos—. Nunca supe lo que buscaba, pero creo que antes de encontrarte, ya imaginaba que la mujer que amaría sería como tú. —Abre sus ojos azules y parecen un manto de estrellas—. Te amo desde el primer momento en que te vi, me enamoré de ti y no podía dejarte ir, no quería dejarte ir.

—Yo también me enamoré de ti esa noche —confiesa—, siempre fue todo tan intenso, que no sabía que podía doler tanto perderte.

—Nunca me perdiste —le aseguro.

—Nos perdimos, Daniel, queramos o no aceptarlo en el pasado hay muchos fantasmas que me llenan de miedo. —Muerde su labio nerviosa—. Deseo intentarlo, todo lo que soñé no se parece a lo que tengo y ahora estoy conquistado una nueva meta, sin embargo me da miedo entregarme a lo que siento, todo contigo es tan intenso, tan complicado.

—Todo o nada —sonrío.

—Todo o nada —concuerta—, tengo un hijo y no puedo perder la cabeza, ya no somos unos críos enamorados.

—Parece que nuestro amor es como una marea que nos arrasa a los dos. —Esbozo una sonrisa y ella se derrite.

—Siempre pensé que esa sonrisa era solo para mí —murmura.

—Esa sonrisa es solo para ti —le aseguro—. Y siempre voy a sonreír así

para ti, porque estuve aletargado en el tiempo por tu ausencia, nuestro amor se quedó suspendido en el tiempo y me obsesioné por saber de ti, por verte y tenerte de nuevo entre mis brazos.

—Daniel...

—He cometido miles de errores, perderte es uno que me persigue como un puñal clavado en el alma —confieso—. Cuando te vi de nuevo pensé que podría recuperarte. —Va a decirme algo y llevo mis dedos para callarla—. Lo creas o no lo entendí, siempre fuimos las personas correctas en el momento equivocado, aquello que sucedió hizo ver al ser maravilloso que había perdido y lo que necesitaba corregir para recuperarte.

—Fue difícil y mis sentimientos se confundieron al final, muchas veces pensé en escribirte para que me rescataras, pero Aiden me necesitaba y yo lo quería, lo quería y no podía abandonarlo.

—Y me diste la lección de mi vida cuando me dijiste que la razón por la cual te dejó en el altar eras tú, comprendí que él te amaba tanto que deseaba ahorrarte el sufrimiento. Entendí que el amor puede curar, que eras capaz de soportar eso y más. —Boto todo el aire que contengo en mis pulmones y ella suspira—. Eres la mujer más valiente de este mundo, Miranda y esperaré a que estés lista para ser felices.

—Daniel.

—Viste que te amo, que sin pensarlo amo a Nate y quiero ser un amigo y padre, quiero tener uno nuestro, porque sería hermoso tener un gran familia. —Sonrío—. Quiero la vida entera, pero la quiero contigo y como dices, ya no somos unos críos que vamos a dañar una relación, sabemos lo que queremos en la vida y estoy seguro que lo único que deseo es pasar el resto de mi vida contigo.

—Vamos paso a paso —me pide.

Yo asiento y la abrazo contra mi cuerpo. Beso su coronilla y cierro los ojos, me parece que estoy viviendo un espejismo, que tenerla en mis brazos es una vil jugada de mi mente. Creo que voy a despertar en mi cama y que ella no está. Si esto no es amar, entonces qué será, nunca me he sido tan feliz como hoy, Miranda es todo lo que necesito.

Ella es todo.

Ella es luz.

Ella es paz.

Ella es hogar.

Toda mi vida depende de ella, de lo que desee y estaré dispuesto a darle

todo lo que tengo para hacerla feliz. Desde que se fue de mi vida, no hay un minuto que salga de mis pensamientos, y la amo como nunca pensé amar. Nunca busqué amor, pensaba que el sexo era sexo y nada más, pero desde aquel primer beso supe que era mía, que me pertenecía. Me fui enamorando como un bobo y la magia de su corazón puro hizo locuras en mis sentimientos.

—Estoy enamorado de ti desde que ti vi —susurro. Ella ríe bajito.

—No lo creo —me contradice y sus manos acarician mi pecho.

—Lo estaba, solo que me daba miedo aceptarlo, el día que te dije que siempre estaría contigo, lo supe, perdóname por no decirte te quiero, pensé que mis besos y caricias lo decían.

—Daniel, solo quería escucharlo de tus labios —comenta con voz triste.

—Te prometo que de ahora en adelante, te diré te amo tantas veces que vas a hartarte de mí. —Vuelve a reír bajito—. Te amo, Miranda.

Le doy un beso lento, porque no deseo que el momento se acabe, pero sé que debe irse a estar con su hijo y que necesita poner todo en orden.

—El sábado iré a por ustedes, deseo mostrarles algo —le informo y ella capta el mensaje.

Me levanto y la ayudo a levantarse, acomoda su ropa y se sube a sus zapatos. Paso los dedos por mi cabello tratando de no atraparla de nuevo entre mis brazos, quisiera atraparla por siempre ahí.

—Está bien —acepta y se acerca. Apoya sus manos en mi pecho y se alza para dejar un beso casto en mis labios—. Hasta el sábado.

—Hasta el sábado —me despido con una sonrisa.

Cuando estaciono frente a la casa de sus padres me siento como la primera vez que vine aquí, había obligado a Mandy a que me diera la dirección. Me asombró que viviendo a pocas calles de la nuestra, nunca la vi y es que desde aquel beso no pude olvidarla. Mi hermana me advirtió que tenía novio y poco me importó, la quería para mí y no iba a descansar hasta tenerla. Aquella vez estacioné mi Ducati Monster y sus padres me recibieron con recelo hasta que les dije que trabajaba en la empresa multinacional de mi padre y que había estudiado Finanzas, con todo lo macarra que era, era un hombre con un futuro. Bajo de mi Lexus UX y sonrío por el cambio, creo que le llaman madurez, espero recostado mientras sale.

Estoy contestando un email sobre una inversión en Dubái, cuando escucho

la risa cristalina de un pequeño y el sonido de una puerta trancándose. Levanto mi mirada y Miranda baja los escalones vestida con unos vaqueros desgatados y un jersey de color gris, cuando la bajo encuentro a Nate que lleva el mismo atuendo que su madre. Sonríe y ella hace lo mismo, observa mi auto y cuando me acerco para darle un beso cerca de la comisura de sus labios, suspira. Alzo al niño que se queda mirándome, sé que está conociéndome, pero a pesar de eso se desenvuelve conmigo natural. Me acerco al auto y abro la puerta de atrás y lo siento en la silla para bebé.

—Lo tienes todo pensando —murmura—. ¿Un SUV familiar?

—Sí —contesto incómodo.

—Las motos, los carros deportivos y eso... —comenta divertida—. ¿En dónde quedaron?

Cuando termino de abrochar a Nate, tranco la puerta y la agarro de la muñeca, la pego de la puerta y la atrapo. Ella deja de respirar en ese instante.

—Respira, Miranda... —le pido—. Todo eso sigue guardado en el garaje, pero cuando voy a salir con mi familia, quiero hacerlo como un hombre maduro.

Le doy un beso rápido y abro la puerta para que suba, ella lo hace conmocionada por mis palabras. Doy la vuelta rápido y al entrar siento que estoy completo, enciendo el auto y James Arthur canta *Impossible*. Tomo su mano y entrelazo nuestros dedos, manejo por Ciudad Esmeralda y tomo la interestatal cinco.

—¿Vamos al Parque Kerry? —me pregunta.

—No...

—¿A dónde vamos?

Sigo manejando y dejo que la música llene el silencio, cuando pasamos cerca de la Gran Noria de Seattle hasta las afueras. Entramos al barrio residencial y ella no deja de mirar por la ventana del auto, aprieto su mano para hacerle saber que estoy aquí. Son los trece minutos más largo de mi vida hasta que entramos a Queen Anne Hill. Me detengo frente a una cancela y ella se queda mirando la casa que está delante de nosotros, bajo el vidrio y pongo el código. Cuando se abre, ella suspira. Sé que es hermosa pues la construí para ella.

—¿Esta casa es tuya? —pregunta cuando estaciono.

Asiento, sé que es la casa de sus sueños, la que dibujamos una noche en Boston. Es de madera con grandes ventanales, cuando vea el patio trasero y la vista perfecta que tenemos de la ciudad, va a enamorarse aún más.

Bajamos y los dos tomamos de las manos a Nathaniel para caminar, nervioso saco las llaves y abro la puerta para que puedan pasar. Ella ahoga un grito de impresión y sonrío, esto fue lo que soñamos y era este el lugar en donde construiríamos una vida.

—Es hermosa, Daniel.

—Es nuestra —confieso—. Cuando te dije que esperaría, comencé a buscar un hogar para los tres, pero cada casa que veía no era nada. Un amigo me dijo que comprara una casa vieja, la demoliera y que luego la construyera desde los cimientos, nunca te lo dije. —Ella se vuelve para mirarme y lo hace con lágrimas en los ojos—. Yo guardé el papel de la casa de nuestros sueños, todo lo que anotamos lo tiene esta casa y la construí para ustedes, para nosotros y es mi manera de decirte que quiero pasar mi vida entera contigo, que quiero casarme contigo y dejar el pasado como un mal recuerdo.

—Mami —la llama Nate.

—Dime, bebé —le contesta.

—¿Él es mi papi? —le pregunta.

Miranda lo mira y luego a mí, los dos nos agachamos y quiero responderle que sí voy a ser su padre, que lo voy a cuidar y amar como se merece. Solo que me da miedo que ella no quiera lo mismo que yo.

—Él es un amigo, pero te quiere mucho como si fuera tu papá. —Sonríe—. Tú papá está en el cielo.

—Yo quiero un papá —musita el niño y ella muerde su labio.

—Yo puedo ser tu papá, quiero cuidar de ti y ser también tu amigo, si quieres que lo sea.

Nate asiente y toma mi mano para apretarla. Ella no deja de mirarnos, estoy jugando todas mis cartas, no puedo más que esperar que ella aleje sus miedos y acepte que su lugar es a mi lado.

—Daniel... —susurra.

—Son mi familia —le aseguro—. No quiero nada más, solo a ustedes.

Suspira.

Nos levantamos y los llevo afuera, ella no puede creer en dónde estamos. Pondría el mundo a sus pies si me lo pidiera, solo necesita ver que he cambiado porque solo quiero estar con ella. Nadie dijo que el camino a la felicidad sería fácil, sin embargo creo que ella comienza a entender que esto que tenemos es más.

Jugamos con Nate en el patio, corriendo y recogiendo las flores que la primavera nos regala, muy pronto se acerca su cumpleaños y voy a hacer uno

inolvidable. Almorzamos en un picnic, le leemos a Nate y en un momento nos quedamos mirando a la ciudad. La abrazo y dejo un beso en su cuello, para hacerla sentir mi amor, porque sé que en el fondo lo que le impide avanzar es el miedo y los ecos del pasado.

Volverte a amar

El miedo es un fantasma que viene para espantarte, te paraliza y te llena de dudas, no sabes qué hacer o cómo reaccionar a pesar de que solo quieres hacer aquello. Me sucede con Daniel, porque cuando me llama siempre caigo rendida, porque hasta ahora todo lo que he vivido siento que no era para mí. Sin embargo, lo que viví con él es algo que nunca he podido olvidar y creo que nuestra historia, es una sin final que se repite, siempre con la misma intensidad. Soy parte de él, porque después de su amor, no hay nada con que pueda compararlo, cada minuto no lo dejo de pensar y es que desde que lo vi por primera vez, siento que era para mí.

Siento miedo de volverlo a amar.

La ilusión de estar juntos me ahoga, porque quiero apostar a esto y ganar, sin embargo, reconozco el miedo de su mirada, tiene tanto como yo. Los dos sabemos a lo que nos enfrentamos, no queremos repetir los mismos errores, solo queremos amarnos, ser felices de una vez por todas y olvidar nuestros miedos.

Joana se sienta frente a mí y resopla frustrada, me imagino que está molesta por el aguacero que se desató hace cinco minutos.

—Una boda en primavera —sisea entre dientes—, ¡está lloviendo!

—Hola, también te extrañaba —le digo para hacerla sonreír.

Parece funcionar porque hace un amago, solo que la quita antes de que pueda disfrutarla. Mi amiga se ha encargado de la planificación de su boda con Cal, después de todo este era su príncipe azul con brillante armadura.

—Lo siento, nada está saliendo como espero y en quince días es la boda —se lamenta.

Caigo en cuenta de que tengo un mes y medio de vuelta, estoy trabajando y cuidando a Nate, y no he ayudado en nada a mi mejor amiga.

—Perdóname tú a mí —le pido arrepentida—. Se supone que soy la dama de honor, pero no he hecho nada.

Joana esta vez sonrío de forma maliciosa.

—Me la debes, pero nunca podría cobrarte nada más.

—Lo digo en serio, ¿qué falta por hacer?

—Nada —resopla—, aunque si tienes un poder mágico que aleje la lluvia del día de mi boda, me vendría de perlas y te amaría un poco más.

—Podemos siempre cruzar unos cuchillos, eso hacen en África.

—Estás loca, aunque por eso te amo. —Suspira—. Solo quiero que sea perfecto, me costó mucho aceptar que Cal me amaba, estaba asustada de perder mi norte y mis sueños.

—Lo sé. —Tomo su mano—. Tendrás la boda de cuento de hadas que sueñas y ni la lluvia podría dañarla.

—Gracias. —Sonríe—. Entonces... —titubea nerviosa—. ¿Nada nuevo que contar?

Sé muy bien a lo que se refiere, parece ser que mi mejor amiga y Daniel se han aliado, su fidelidad hacia mí sigue intacta, aunque aquel cariño que guardó por años no le impide pedirme que lo perdone. Me recuerda que debo darme una oportunidad.

—Nada nuevo —contesto.

—Miranda —me llama o me regaña, lo cierto es que estoy confundida con todo lo que siento.

—¿Por qué no nos ocupamos de tu boda? —inquiero tratando de cambiar el tema.

—No, vamos que mi felicidad nunca estará completa. —Sonríe—. Hicimos la promesa con el meñique hace mucho tiempo.

Recuerdo exactamente hace cuánto tiempo fue eso, éramos dos niñas de once años y estábamos viendo Juego de Gemelas, nosotras prometimos estar siempre juntas.

—Tengo miedo, solo eso —confieso en voz alta—, Daniel me puede prometer amor eterno, sin embargo siempre desconfiaré de él y sé que las personas cambian, solo que no sé qué hacer. Lucho entre lo que siento y lo que quiero.

—Entiendo tu miedo —me asegura con una sonrisa—. Daniel no es perfecto, pero desde que volviste a su vida he visto que lo único que desea es que seas feliz, tú eres parte de él y lo quieras aceptar o no, eres parte de él.

—Joana...

—No, escúchame —me ordena—. Aiden fue perfecto, sé que serían el matrimonio perfecto si estuviera vivo, los dos tuvieron el tiempo para conocer otro tipo de amor. —Aprieta mi mano—. No obstante tu historia con Daniel es intensa, creo que todos alguna vez soñamos con un amor así.

—¿Cómo?

—Que duela hasta los tuétanos, que te haga tambalear porque es como un terremoto, porque el amor puede darte paz, pero si no sientes, si no hay nada, no es amor, es cariño.

—El amor son hormonas.

—No digas chorradas —me regaña—. Tienes miedo, sabes que tengo razón y te voy a decir algo que le dije a Daniel cuando estaba desesperado, hay momentos para todo y creo que su amor no estaba viviendo el momento correcto, ¿me captas?

—Lo cierto es que no.

—Que quizás son almas gemelas que estaban destinadas a encontrarse, pero en el momento en el que lo hicieron eran muy inmaduros. —Sonrío porque mi amiga tiene la habilidad de convencer a cualquiera—. Tú estabas de lleno con la medicina y con las ganas de cambiar el mundo, mira y no lo defiendes; Daniel estaba dejando de ser el canalla folla cualquier mujer para enamorarse por primera vez y de una manera que cambió su vida, tú lo cambiaste y la embarró con su infidelidad. Tu corazón es noble y capaz de perdonar cualquier cosa, aunque no te crees capaz de perdonar al hombre que amas.

—Joana, no todo es una novela de amor, por favor, debes dejar de leer a Penelope Sky y Jodie Ellen Malpas, la vida real es otra cosa.

—¡Idiota! —me insulta roja de la rabia—. Mientras más tiempo pierdas, menos oportunidad tienes de ser feliz y quiero que lo veas de una maldita vez.

—Lo sé... —acepto.

—Una vez me dijiste que el amor podía hacerte sufrir y muchas veces sanar, mira creo que nacemos por amor y es por amor que muchas veces lloramos. No somos nada sin los sentimientos, la rabia, la alegría, la pasión, etcétera existen por alguna razón. Deja de pensar tanto y date una oportunidad, cuando fuiste a la casa me dijiste que creías que al fin podías ser feliz.

—Lo dije.

—Entonces comienza a ocuparte y dejar de preocuparte, porque realmente me parece que solo pierdes el tiempo.

—Se nota que eres abogada.

—Por eso soy más lista que tú —apostilla divertida.

Zanjamos la conversación y cambiamos a la boda, mi amiga se casará en el Seattle Japanese Garden, un hermoso jardín japonés que se encuentra en Madison Park, este es uno de los jardines más antiguos y auténticos de los Estados Unidos. Creo que una de las cosas que lo hacen único es el contraste de colores, los rojos de las copas de los árboles hacen que la visión sea increíble. Dentro casi no hay flores, más bien una gran variedad de texturas de hojas, formas, tamaño y geometría de las plantas que hace una vista agradable.

Si alguien ha soñado con la boda perfecta desde niña, creo que esa es Joana y muchas veces jugamos a casarnos. Yo siempre quise algo sencillo, y ella siempre los bombos y platillos. Lo cierto es que ha movido muchos contactos para casarse ahí y lograr su boda soñada, ella y Cal pasaron por muchas pruebas. Alega que soy tozuda, aunque no tanto como ella y le costó aceptar que ese hombre de negocios no solo la amaba sino que también besaba el piso que estaba debajo de sus pies.

Al volver de Kenia tuvieron dificultades y en vez de enfrentarlas, mi amiga quiso irse por lo fácil rompiendo la relación para ser una más en el club de las despechadas. Creo que se creyó realmente que la amaba aquella noche que fue a por ella, nevaba tanto que Cal tuvo que dejar el auto a casi quince cuadras, se plantó en su casa y no se fue hasta que la convenció que estaban hechos el uno para el otro.

Estoy en la oficina estudiando el presupuesto trimestral del hospital, los días pasan lentos cuando estoy entre números. ¡Los odio! Bajito se escucha James Arthur, creo que desde que Daniel me dedicó aquella canción no pude dejar de escucharlo.

Mi vida ha cambiado desde que dejé la paz y la calma de Mombasa, creo que ahora más que nunca extraño aquel lugar. Dormir con el arrullo del mar, disfrutar del atardecer contándole historias sobre Aiden a Nate o simplemente a Amina y su manera de consentirnos. Todo era tan fácil allá, que enfrentarme a todo aquí me hace sentir un poco desubicada.

—Tengo al señor Wimmer aquí, no tiene cita. ¿Lo dejo pasar? —me comunica Alisa, mi secretaria.

Daniel... Suspiro.

—Sí, puede pasar —le digo.

La puerta se abre y muerdo mi labio pues estoy nerviosa, cuando entra con un traje color gris marengo, con una camisa y una corbata fina de color negro. Está perfecto, para mí es la personificación de cualquier personaje literario. Sonríe con su mandíbula afeitada, su cabello peinado hacia atrás y sus ojos brillando de manera especial.

—Doctora Clark —me saluda correctamente, pues Alisa espera paciente atrás.

—Señor Wimmer —correspondo.

Juego con mi bolígrafo hasta que se detiene cerca de las sillas que está en frente a mí. Le señalo una y se sienta.

—¿Café? —pregunta Alisa.

—No, nada —contesta y humedece su labio inferior.

Esperamos en silencio hasta que sale y tranca la puerta. Tengo mucho trabajo y verlo aquí solo me distrae, porque desde que tuve la conversación con Joana, no dejo de pensar que inconscientemente me estoy saboteando y que mi miedo a salir lastimada no me deja avanzar.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunto.

—Casarte conmigo, pero eso ya lo sabes —contesta sin ningún tipo de tapujo.

Pongo los ojos en blanco y él esboza una sonrisa canalla, no viene a donar dinero al hospital. Está decidido a conquistarme y no le importa que sea en mi casa, en el trabajo o donde sea, puesto de que lo único que desea es una respuesta.

—Daniel.

—Te quiero hacer una pregunta y la única manera de darte una encerrona es esta, quiero que seas sincera.

—Hazla —acepto.

Daniel respira hondo tomando el valor para hacerla, tengo miedo que se esté cansando de mis dudas y que simplemente, me deje y sin previo aviso consiga a otra.

—¿Me amas? —En su voz hay tantas emociones encerradas y sus ojos me miran expectantes.

—Lo hago —acepto—. ¿Recuerdas cómo llegaste a mi vida?

—Lo hago a diario.

—Viniste a mi vida de pronto, no pediste permiso y como si nada me hiciste tuya, porque simplemente lo era. Joana y todos no dejaban de repetir que el amor verdadero, solo que el pasado me duele como un puñal en el alma. Y te juro que llevo años luchando contra ese sentimiento, la que soñaba con cuentos de hadas era ella.

—Lo sé, solo mira su boda —concuerta sonriendo.

—Pero desde que entraste a mi vida me siento viviendo una comedia romántica, nuestra historia cambió toda la manera con la cual veía el amor. —Daniel sonrío—. Tengo miedo, tengo miedo a cometer los errores del pasado, porque no estoy sola y no quiero que mi hijo sufra.

—Solo dame una oportunidad, solo dame una —me ruega y aprieta sus

manos en puños para calmar su ansiedad.

Me quedo mirando sus ojos y me doy cuenta de que me ama, que ya debo darle una vuelta a la hoja y comenzar a escribir nuestra historia, dejar el miedo y poder ser feliz.

—Miranda. —Su voz está llena de desesperación.

Estoy luchando contra mis fantasmas, recuerdo sus palabras que nada era eterno, me ahogó y por eso tuve que respirar cuando lo vi en el ferri. ¡Dios, ese día supe que lo seguía amando!

Cierro los ojos.

—Sí, te daré una oportunidad —acepto con el corazón latiéndome a mil por hora como un auto en la Nascar.

—¿Qué has dicho? Mírame —me pide. Escucho sus pasos y siento su calor cuando gira mi silla—. Mírame, Miranda.

Abro los ojos.

—No me importa nada más, quiero ser feliz y la única persona con la que puedo serlo eres tú —murmuro emocionada.

Daniel me levanta y me atrapa entre sus brazos, me besa con tanta pasión y dejo que lo haga, ya que sus besos me hacen sentir viva. Las emociones que alguna vez sentí con nuestro primer beso, las siento ahora y la esperanza de conseguir la felicidad brilla como un farol que te ilumina el camino hacia ella.

Ciudad Esmeralda

Seis meses después La Ciudad Reina, la puerta a Alaska, la ciudad de la lluvia o como todos la conocemos, *La Ciudad Esmeralda*, esa es Seattle, parecen nombres sacados de una historia mágica, pero es solo una metrópoli que es famosa por ser la cuna del grunge y todas la bandas que lo impulsaron. Todos alguna vez hemos escuchado Nirvana o Perl Jam, por cierto este último es el grupo favorito de Daniel. También conocen esta ciudad por *Anatomía de Grey* o simplemente por el Amo y Señor del Cuarto Rojo. Simplemente es una ciudad que te hace soñar.

Solo basta dar un paseo por el aire para comprender por qué la llaman *La Ciudad Esmeralda*. Verás una mancha verde que domina toda la geografía, recortada por lagos azules. Toda la belleza natural de la ciudad hace el marco perfecto de la ciudad soñada.

Hoy es uno de los días más importantes de mi vida, he encontrado de nuevo el camino de baldosas amarillas. Creo que en resumidas cuentas ya bailé con las hadas, monté en el unicornio, nadé con las sirenas y finalmente he dejado de perseguir el arcoíris detrás de la olla con oro.

¡Me caso!

Que sí, que leyeron bien, que me caso con el hombre que siempre soñé y si tuviera que repetir mi historia no borraría nada. Ni a Aiden, no crean que lo olvidado, que no lo amo, sin embargo mi amor por él nunca se va a comparar con el Daniel. Bailé en la oscuridad por mucho tiempo, pero tenía que aprender por mí misma que nada en esta vida es fácil o perfecto, que la vida tiene idas y venidas, que caemos y nos levantamos.

La vida nos pone pruebas.

Sí, no crean que son los únicos que se ahogan muchas veces en un vaso de agua, todos tenemos pruebas que debemos superar. Debemos aprender a dejar los miedos atrás, liberar la mente de los no puedo, comprender que todo es posible por muy difícil que sea alcanzarlo. No todas las historias de amor son perfectas, nada es perfecto, aunque hay historias como la mía que simplemente es perfectamente imperfecta.

Daniel aprendió que demostrar sus sentimientos no lo hacía débil, no es que vaya diciéndome te amo, cada cinco minutos, tampoco lo hago yo, porque cuando pronunciamos esas dos palabras hacemos que signifique, que sea

perfecto, porque nosotros siempre seremos más y nada puede compararse a esa sensación de estar en los brazos de tu alma gemela.

Si pudiera resumir mi vida en canciones creo que tendría un montón, mi relación con Daniel puede definirse con *Maps* de Maroon 5 o *Love on the brain* de Rihanna, cuando encontré a Aiden me sentía perdida, creo que la canción perfecta es *All I want* de Kodakidline, pues todo lo que quería era una persona que me quisiera y él lo hacía como a nadie. Entonces volví a ver a Daniel y sentía que *When I was your man* de Bruno Mars y *Jar of hearts* de Christina Perri eran las perfecta para el momento que estábamos viviendo, porque venía después de un montón de errores muy arrepentido y yo creía que su corazón era frío como un glaciar. Solo que, cuando pensaba que había encontrado todo y que podía ser feliz con Aiden vino el cáncer, me sentía como Sam Smith en aquel video de *Lay me down*. El tiempo que estuve pasando mi duelo la canción perfecta para Daniel y para mí era *Just say won't let me go* de James Arthur.

Ahora que estoy a punto de salir de la pequeña mano de Nathaniel a la glorieta que construimos en el jardín trasero, creo que la canción perfecta es *I belong to you* de Jacob Lee.

Las canciones son historias contadas, puede que tengas miles de canciones, solo tienes que detenerte un segundo a escucharlas y sentir qué es lo que te dicen, quizás puedas resumir también tu historia en baladas de amor. Mi camino de vuelta a la Ciudad Esmeralda tuvo muchos tropiezos, pero cuando veo desde aquí una perfecta panorámica de los rascacielos y la Aguja, creo que estoy en el lugar perfecto para casarme. Al fin comprendí lo que decía Joana con eso de que simplemente éramos almas gemelas viviendo un aprendizaje.

—¿Listo bebé? —le pregunto a Nate.

Mi hijo me sonríe y parece un muñeco perfecto con su esmoquin y una pajarita azul. Tomo su mano y la voz del verdadero Jacob Lee comienza la melodía de la canción. Doy un vistazo a mi vestido de encaje y cola de color marfil con corte de sirena, las flores silvestres en mi mano y cuando alzo mi mirada, el hombre que he amado toda mi vida me espera con un esmoquin en el altar. Parece el novio perfecto, sus ojos brillan de emoción y las pocas personas que están a nuestro alrededor se desdibujan, solo existimos nosotros tres y nada más.

Cuando llego, mi padre se acerca para tomar a Nate y Daniel baja con una sonrisa que es capaz de calcinar mis bragas.

—Estás hermosa —me susurra dejando un beso en mi mejilla.

—Y tú perfecto —murmuro emocionada.

Esperamos en silencio mientras Jacob termina nuestra canción. Estoy en una nube cerca del arcoíris. Daniel me dice todo lo que siente con su mirada, me hace sentir amada, perfecta y bella. El juez comienza la ceremonia y los dos no dejamos de sonreír, no podemos sentirnos más plenos, estamos donde debemos, hacemos lo que queremos y construiremos lo que siempre soñamos. Cuando toca que recitemos nuestros votos, toma mis manos y traga el nudo de emociones que tiene en su garganta.

—Miranda, estuve perdido por veintiséis años hasta que llegaste tú y la vida me sonrió, todo era nuevo, todo me daba miedo y es que el amor no estaba en mi vocabulario, pero no quiero hablar de mis errores, porque es el momento de ser felices —declara y yo esbozo una sonrisa—. Nunca te diste por vencida, luchaste para que esto funcionara, contigo soy un hombre diferente y solo contigo puedo ser feliz. —Suspiramos los dos y sonreímos, este es nuestro sueño—. Esperé mucho tiempo a que vinieras conmigo, que aceptaras casarte conmigo y comenzar una familia, por eso hoy te prometo hacerte los días más fáciles, emprenderemos una vida y juntos solucionaremos los problema. Tu noble corazón me hará ver lo que muchas veces me niego y sé que muchas veces discutiremos, porque yo no veo la bondad del mundo, pero tú sí. Estaré en las buenas y en las malas, cuidaré de Nate, lo amo como si fuera mi hijo y espero que si tenemos los nuestros, se amen como nunca. Tú eres la razón por la que despierto todas las mañanas, te prometo amaneceres y atardeceres aquí con nuestra Ciudad Esmeralda de fondo y cuando quieras paz voy a regalarte las playas de Mombasa.

—¿Aceptas a Miranda como tu esposa? —le pregunta el juez.

—Sí, la acepto.

—Miranda —me llama el juez y despego la vista de Daniel—, ¿aceptas a Daniel como tu esposo?

—Sí, lo acepto, porque nunca imaginé que mi vida cambiaría luego de mirarte. Eres tú, solo tú lo que necesito para ser feliz, porque todos los tropiezos solo nos hicieron mejores personas, porque nuestros errores nos dieron aprendizajes, porque ya no tengo que vivir sin ti nunca más. Nuestro amor nos hirió, sin embargo también ha logrado sanarnos y todos esos recuerdos los guardaremos para que cuando demos un vistazo al pasado, podamos reírnos. —Exhalo para ahuyentar mis lágrimas—. Estoy en casa de nuevo, porque tus brazos son mi hogar y gracias por esperar tanto a que

volviera a ti.

Todos aplauden cuando Daniel no aguanta un segundo más y toma mi rostro entre sus manos, me besa como si el mundo no existiera.

—Por el poder que me confiere el estado de Washington, yo los declaro marido y mujer. —Más aplausos y nosotros rompemos el beso—. Les presento al señor y a la señora Wimmer.

Alzamos nuestras manos juntos mientras mis padres, Mandy, Joana y Cal, Alessandra Bianco y su esposo, y mi jefa de pediatría Alice nos lanzan pétalos de rosas.

Nuestra boda íntima estuvo llena de sorpresas por parte de Daniel y es que no solo consiguió que Jacob Lee cantara en la ceremonia, sino que nuestra pequeña recepción están James Arthur y Callun Scott. Ahora bailamos *You're the reason* de este último y no puedo dejar de sonreír mientras lo hacemos.

—Parece un sueño —murmuro cerca de su oído.

Daniel se separa de mí y me observa con el iris más dorado que nunca, está completamente feliz y sus ojos manifiestan ese sentimiento con ese color.

—Tú eres mi sueño —me asegura.

—Gracias —le digo y alza una ceja extrañado.

—¿Por qué? Haría todo por ti.

—Porque luchaste por mí, por nosotros y por nuestra historia. —Sonrío—. Estuviste en el momento que más te necesité y no te importó que en ese momento no era tuya, sino de él, no tuviste miedo a luchar por nosotros cuando yo sí me moría.

Sonríe y me da un beso apenas rozando mis labios.

—Los dos tuvimos un corazón roto, pero el dolor se desvaneció y nunca quise romper tu corazón por luchar por nuestros sentimientos, no tienes que agradecerme nada.

—Te amo, Daniel.

—Te amo, Miranda.

Las luces de los rascacielos, nuestro hermoso jardín y el verano perfecto para ser felices para siempre.

—Mira mis pies —le pido.

Daniel baja su mirada y sonríe al ver unas zapatillas de salón de color rubí, porque en este camino de baldosas amarillas como Dorothy, caminé hasta

encontrar la felicidad y toda la magia que encerraba la Ciudad Esmeralda, porque todos podemos vivir cuentos de hadas, solo tienes que empezar a ver la vida de otra manera y levantarte de las caídas.

Ser feliz es gratis, así que solo encuentra lo que te emociona, porque este es el comienzo de la vida. He visto todo lo bajo que puede ser el humano, he conocido todas las enfermedades que pueden matarnos y aun así sigo creyendo que venimos a este mundo para hacer algo más. Mi historia no terminó en desencuentro, terminará en el encuentro de ser felices, pues este es solo el comienzo.

Epílogo.
Yo te esperaba...
Daniel Wimmer

Dos años después.

Muchas veces hay esperas que se hacen muertos de miedos, la emoción de esperar a mi segundo hijo me hizo sentir emociones que nunca imaginé sentir. Miranda exudaba una belleza incomparable, aunque nuestra pequeña me hacía imaginar a ciegas el color de su mirada y cabello, me emocionaba sentir sus patadas y le hablaba como un niño emocionado en el vientre.

Fue la primera vez que entendí que el amor era ciego, porque apenas era una pequeña semilla y ya la amaba. Todo el amor que sentía por Miranda se multiplicó con la llegada de Elea. Nuestro pequeño Nate era el guardián de su hermana, no podía ser de otra manera y es que mi pequeño tiene un corazón que vale miles de quilates de oro puro.

Si alguien me hubiera dicho que podía recuperar a Miranda, seguro que mi respuesta iba a ser que la había perdido. Sabía que los errores que había cometido nunca me lo permitirían, cuando la vi con Aiden me sentí perdido en un mar de sentimientos, pero sobre todo me odiaba a mí mismo por no luchar por ella. No soy perfecto, Dios me libre de decir que lo soy, aunque con mi familia siento que puedo serlo, no hay nada que me importe más que ellos. Mis padres murieron cuando apenas tenía veinte años, me tocó madurar o eso creí, solo era un crío asustado y por eso cuando la conocí no supe que simplemente había encontrado la perfección.

Elea gorgojea y Miranda saca su pecho para alimentarla, me quedo mirándolas desde mi lado de la cama.

—Daniel —me llama.

—Dime.

—¿Sucede algo? —pregunta curiosa.

—No, ¿por qué?

—Llevas diez minutos mirándome —contesta con una sonrisa.

—Solo quiero saber que no estoy viendo un sueño, porque eres la historia más bonita y el cielo que toco cada noche.

—Estás muy romántico —apostilla, sin embargo sé que mis palabras han calado pues se ha ruborizado.

—¿Eres feliz? —inquiero.

—No puedo ser más feliz, creo que sería un pecado casi que imposible —responde segura.

—Ustedes son el regalo más grande mi vida, los amo con locura y solo deseo que sean felices —le confieso—. Todas las mañanas tengo miedo de que sea un sueño, que voy a despertar solo y estás en Mombasa con Aiden.

—Daniel...

—No me alegro de su muerte, me lamenté cuando tuviste que vivir todo aquello, me sentía impotente porque no podía protegerte. —Miranda toma mi mano—. Si en mis manos hubiera estado la cura para él, te la hubiera dado aunque significara perderte, te amo como nunca creí amar a nadie, tu amor es todo para mí.

—Pero estamos juntos.

—Lo sé, me has regalado dos hijos preciosos y la vida que nunca pensé tener. —Sonreímos—. Ustedes lo son todo para mí.

—Y tú eres todo para nosotros —me asegura.

Elea se duerme y ella le saca los gases, apenas tiene un mes y come como una máquina. Estoy seguro que tengo a Miranda conmigo, porque simplemente me negué a perderla, porque no podía vivir mi vida y saber que nunca más podría verla.

Muchas veces nos rendimos, caemos tantas veces que creemos que nunca vamos a alcanzar lo que deseamos y dejamos de luchar. Esto es válido para todas las situaciones de la vida, nos toca siempre levantarnos, ya que lo que no te destruye te hace más fuerte. Cuando nuestra historia comenzó como una serie de desencuentros, no lograba asimilar que no era mía. Me dolía, me ardía el alma por dolor de la pérdida, sin embargo, al darme cuenta de que lo nuestro no iba a acabarse nunca, que solo debía ser paciente, luché por ella.

Mi error fue creer que podía amar a dos, ya que le rompí el corazón a dos mujeres. Quizás Heather no se merecía aquel matrimonio tormentoso y fui un idiota al no perseguir a Miranda. Nos perdimos, fui yo quien hizo mal.

Ya no necesito nada más, me siento completo, porque voy a amarla y hacerla sentir que vale la pena haber tomado la decisión de casarse conmigo. Ya no importa si alguna vez se fue, porque juré que si ella regresaba, no la iba a soltar.

—Te voy a amar, te voy a dar todo lo que me pidas —le digo en voz alta.

—Daniel...

—Gracias por encontrarme.

—No, Daniel, gracias a ti por no rendirte.

Miranda me besa y se acuesta a mi lado luego de dejar a nuestra hija en su cunita. Nos quedamos mirándonos, diciéndonos todo en silencio, porque no somos nada sin nuestro amor, ahora sobran las razones para ser felices, solo tuvimos que luchar un poquito para encontrar el camino.

Fin...

Agradecimientos

A Dios y la Virgen, por estar en mi vida guiando mis pasos y llevando con cada respiro, mi musa que siempre llega gracias a ustedes.

A mi familia por el apoyo infinito. Quiero agradecerle a mi mamá por leer esta historia y dedicar su tiempo para barrer los primeros errores, por darme la calma que muchas pierdo y ser mi todo.

A Kramer, necesito quince mil líneas para estar agradeciendo todo lo que haces por mí. TQM, infinito y lo sabes loquillo.

A Cecilia Pérez por una vez nada subirse al unicornio conmigo, eres un sol y sé que eres un ser de luz.

Esta vez tengo que agradecer a mis lectoras cero, no puedo negar que esta historia de asustaba y luego de leer sus recomendaciones, sus palabras y su apoyo infinito sé que puedo contar con ustedes siempre, por eso gracias a Irene Pérez, Jessica Sánchez, Flor Morales, Lilibeth Ramírez, Melina Rivera, Ker Olvera. También a mis niñas preciosas de Encantamiento de las palabras, por unirse al staff de lectoras ceros, Nela y Angie mil veces gracias. También a Aura por leer esta historia y sus palabras, fue lindo leer cada una de ellas.

No puedo dejar pasar por el alto el trabajo de las cuentas de Instagram que me apoyan dando todo el por el todo. En especial a: LQDH, Book Lovers Spanish, Libros Mentirosos, Leer es Increíble, Locas por la lectura, BookImperial, El teorema de libros, Viviendo entre Libros, Books Pasion and Soul, Encantamiento de las Palabras, Kinkybookshenry.

No por último a ustedes que se suben en la magia de los unicornios, este es mi decimo libro y espero que puedan soñar, sé que es un amor lleno de drama, pero un amor que se hace sentir.

Otros títulos

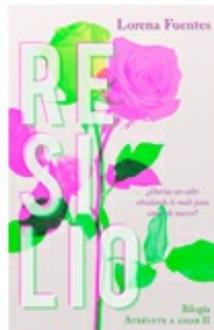
Unitarios:



Serie Nos Pertenece:



Bilología Atrévete a Amar:



Bilología en llamas:



Disponibles en Amazon: <https://www.amazon.com/Lorena-Fuentes/e/B00VANH93M/>

[1] **Baipás coronario**, que es la castellanización del término en inglés *coronary artery bypass surgery*, es la derivación vascular o revascularización en el corazón usada para tratamiento de obstrucciones en su irrigación o arterias coronarias generalmente por ateromas, mediante la cual se toma una parte de otra vena o arteria corporal, un extremo se une a la arteria aorta para conseguir aporte de sangre y el otro al sector coronario que se encuentra más allá de la obstrucción. Es la cirugía de derivación o bypass vascular más usada.

[2] El término **postprandial** se utiliza para referirse al **estado** fisiológico inducido por la ingesta de alimentos, y se caracteriza por presentar un alto nivel de azúcar en sangre (hiperglicemia), así como otros macronutrientes que hayan sido digeridos y absorbidos.

[3] **Pseudoquiste** Pancreático se conoce como al proceso que se desarrollan dentro del páncreas o sobre el mismo y dentro de los cuales, se albergan colecciones de secreciones pancreáticas o materia semisólida producto de la destrucción tisular.

[4] La tomografía axial computarizada o **TAC**, también conocida como escáner o TC (tomografía computarizada), es una prueba diagnóstica que, a través del uso de rayos X, permite obtener imágenes radiográficas del interior del organismo

[5] Se denomina **gastrostomía** o gastrostomía endoscópica percutánea a una intervención quirúrgica que consiste en la apertura de un orificio en la pared anterior del abdomen para introducir una sonda de alimentación en el estómago.

[6] Una **endoprótesis (stent)** es un tubo pequeño fabricado de metal o tela. Este se inserta en una arteria coronaria cuando hay un bloqueo o cuando la arteria es estrecha. Una arteria coronaria es un vaso sanguíneo que transporta oxígeno al músculo del corazón.

[7] El **octreótido** es un fármaco análogo de la somatostatina natural y, por tanto, con efectos farmacológicos parecidos a ésta.

[8] Adenocarcinoma: Tumor maligno de un epitelio glandular.

[9] TNM: La estadificación del cáncer es una manera de describir cuánto cáncer hay en su cuerpo y en qué partes de está localizado. Algunos, como el sistema TNM de estadificación, se usan para muchos tipos de cáncer. Otros son específicos para un tipo determinado de cáncer.

Table of Contents

Dedicatoria:

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

[36](#)

[37](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos](#)